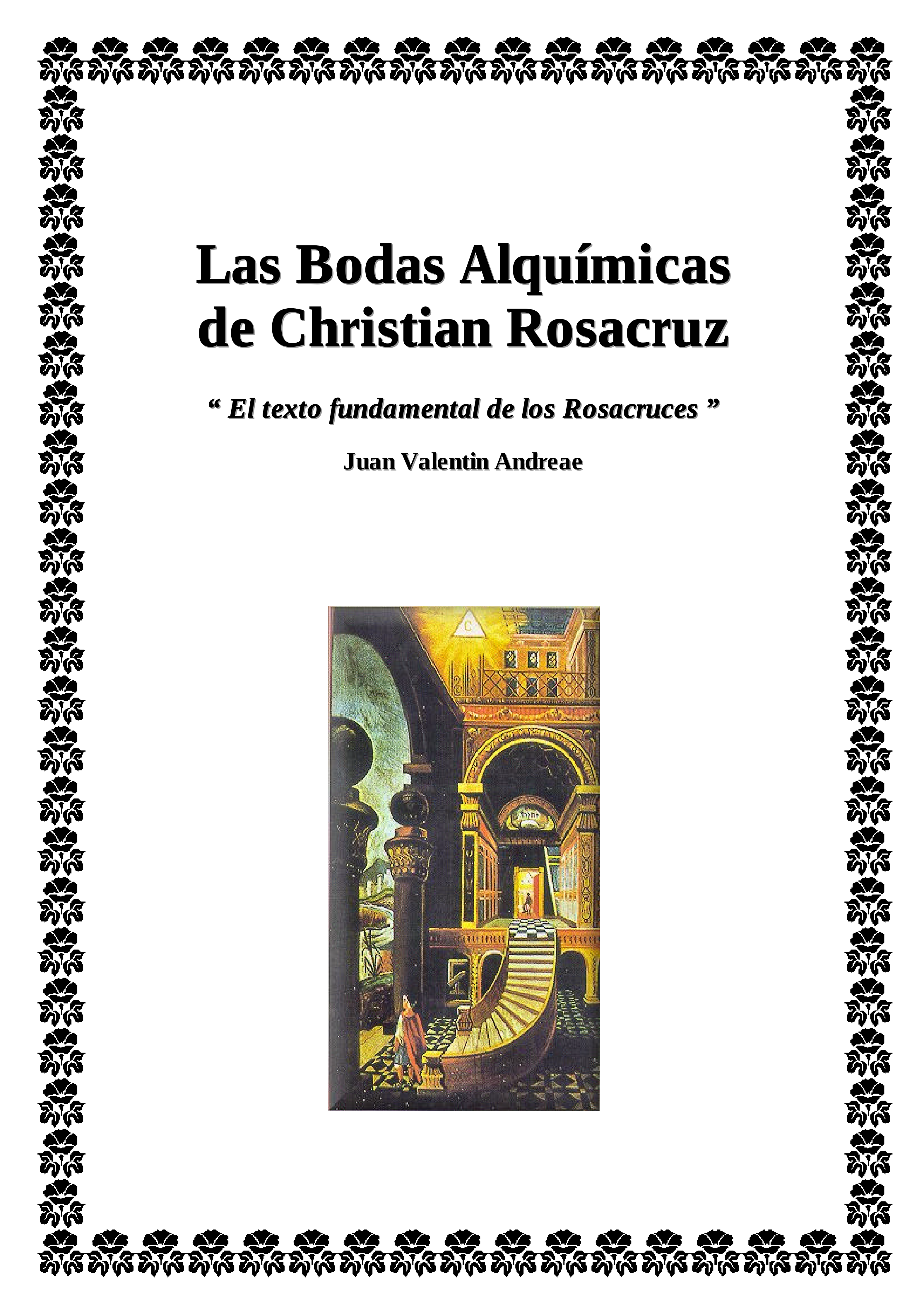
Las Bodas Alquímicas de Christian Rosacruz

“ El texto fundamental de los Rosacruces ”

Juan Valentin Andreae



Los secretos pierden su valor;
la profanación destruye la gracia.
Así pues, no arrojes perlas a los puercos
ni hagas lechos de rosas para los asnos.[1]

[1] Ver Mateo VII-6. “No déis las cosas santas a los perros ni arrojéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y, revolviéndose, os destrocen”.

INTRODUCCIÓN

Orígenes y documentos fundamentales de la Rosa-Cruz

Recibe el nombre de *Rosa-Cruz* una hermandad oculta de buscadores espirituales que surgió en Alemania hacia el siglo XVII; sin embargo, las primeras noticias de unos ”Hermanos de la Rosa-Cruz” en Europa son fechables en el siglo XIV[1].

Por otra parte, la primera manifestación pública de la Rosa-Cruz como escuela constituida parece haber tenido lugar en París cuando, en agosto de 1623, aparecieron fijados en algunas paredes de esta ciudad unos carteles que decían:

“Nosotros, diputados del Colegio principal de los Hermanos de la Rosa ✝Cruz, tomamos morada visible e invisible en esta ciudad por la Gracia del Altísimo, hacia el que se vuelve el corazón de los Justos. Enseñarnos sin libro ni máscara a hablar toda clase de lenguas de los países donde queremos estar, para liberar a los hombres nuestros semejantes de errores de muerte.”[2]

“Nosotros, diputados del Colegio de la Rosa ✝ Cruz, asesoramos a todos aquellos que deseen entrar en nuestra Sociedad y Congregación. enseñándoles el perfecto conocimiento del Altísimo [...], advertirnos al lector que conocemos sus pensamientos, que si su voluntad es vernos únicamente por curiosidad, nunca comunicará con nosotros; pero si la voluntad le lleva realmente a inscribirse en el registro de nuestra confraternidad, nosotros, que juzgamos los pensamientos, le haremos ver la verdad de nuestras promesas, de tal modo que no damos la dirección de nuestra morada, ya que los pensamientos unidos a la voluntad real del lector serán capaces de hacer que nos conozca y de que le conozcamos.”[3]

Nueve años antes de estas manifestaciones públicas había aparecido en Cassel un curioso opúsculo de unas 15 páginas in l2° que trataba de la Rosa-Cruz: La *Fama Fraternitatis*.[4] El término latino “fama” designa un rumor público, una voz común,

---

[1] “Lo que en Occidente se han llamado Rosa-Cruces a partir del siglo XIV, y que ha recibido otras denominaciones en otras épocas y en otros lugares, porque el nombre no posee aquí más que un valor puramente simbólico y tiene él mismo que adaptarse a las circunstancias, no es una asociación cualquiera, es la colectividad de los seres que han alcanzado un mismo estado superior al de la humanidad ordinaria, un mismo grado de iniciación efectiva... Por esta razón, no tienen otro lugar de reunión que ‘El Templo del Espíritu-Santo, que está en todas partes’". René Guénon, Aperçus sur l’Initiation, París 1976.

[2] Ver Gabriel Naudé, *Instruction à la France sur la vérité de l’histoire des Fréres de la Rose-Croix,* París 1623.

[3] Ver Anónimo, *Efroyables pactions faites entre le Diable et les prétendus invisibles,* París 1623.

[4] El título completo de esta obra es *Allgemeine und General REFORMATION. Der gantzen kreutzes... Gedruet and Cassel durch Wilhelm Wesell,* Anno N.DC.XIV. Se cree. sin embargo, que este libro circulaba en forma de manuscrito unos veinte años antes de su publicación.

una noticia que va de boca en boca. Se trata de una "Común y general reforma de todo el vasto mundo, seguida de la *Fama Fraternitatis* de la loable orden de la Rosa-Cruz".
Todo lo que se ha podido averiguar a propósito de los orígenes de la Rosa-Cruz procede de este libro, donde se encuentra la narración de la vida de Christian Rosacruz. Como veremos más adelante, este personaje, que en el fondo es simbólico, estuvo en contacto con el mundo islámico. Esto ha llevado a muchos autores, entre ellos René Guénon y Emile Dantinne, a ver un origen islámico en la fraternidad Rosa-Cruz.

La *Fama Fraternitatis* alude a una fraternidad secreta fundada por Christian Rosacruz que, a lo largo de sus viajes por el Oriente musulmán, obtuvo la revelación de los secretos de "la ciencia armónica universal". Basándose en estas enseñanzas, concibió un plan para reformar filosófica, religiosa, artística, científica, política y moralmente el mundo, para cuya realización se rodeó de algunos discípulos.

Según Emile Dantinne,[5] Christian Rosacruz habría entrado en contacto con "Los Hermanos de la Pureza", sociedad filosófica formada en Basra en la primera mitad del siglo IV de la Hégira (622). Las doctrinas de esta sociedad no estaban del todo de acuerdo con la ortodoxia islámica, sino que se apoyaban en gran parte en los antiguos filósofos griegos y en los neopitagóricos.

Los "Hermanos de la Pureza" difieren de los *sufíes* en algunos puntos, aunque están de acuerdo en muchos otros. Ambas son "místicas que derivan de la teología coránica. El dogma está aquí suplantado por la fe en la Realidad divina".[6]

Basándose sobre todo en sus precursores griegos y alejandrinos, los sabios del Islam estudiaron y desarrollaron la astrología y la alquimia que, a través de las Cruzadas, volverían a Europa. Muchas de las ideas principales de estas dos ciencias aparecen no sólo en la *Fama Fraternitatis*, sino también en las "Bodas Alquímicas".

Los verdaderos Rosa-Cruces que, como veremos, no hay que confundir con los rosacruces del siglo XVII o, menos aún con los actuales, permanecieron siempre en el anonimato. Si alguno de ellos jugó un papel importante en la historia, se guardó bien de presentarse como Rosa-Cruz. Como los *sufíes* en el esoterismo islámico, los Rosa-Cruces auténticos no utilizaron nunca en público este título. Como escribe Guénon de un modo tajante, "Si alguien se ha declarado a sí mismo Rosa-Cruz o *Sufí*, se puede afirmar, sin necesidad de examinar las cosas más profundamente, que

---

[5] Ver Emile Dantinne, "De Forigine Islamique des Rose-Croix" en la revista *Innconnues*, n° 4, pág. 8 y ss. Henry Corbin parece estar de acuerdo con este autor. Ver *L'imagination créatrice dans le soufisme d'Ibn Arabi*. Ed. Flammarion, pág. 20, París 1977.

[6] Ver R. A. Nicholson, *Studies in Islamic mysticin*, pág. 79, 1921.

realmente no lo era".[7] Afirmación lo suficientemente clara para darse cuenta de qué son, en el fondo, los rosacruces actuales que se anuncian en la prensa.

Es innegable que hubo, en los orígenes de la Rosa-Cruz, una colaboración entre iniciados en los dos esoterismos: el cristiano y el islámico; esta colaboración continuaría realizándose, bajo otras formas, ya que su razón de ser es precisamente mantener el lazo entre las iniciaciones de Oriente y Occidente.

---

[7] Ver René Guénon, *op. cit.,* pág. 246.

La Fama Fraternitatis

El breve texto de la *Fama Fraternitatis* está precedido de un prefacio "al avisado y entendido lector" en el que se exponen las ideas fundamentales de la doctrina Rosa-Cruz.

"La Sabiduría, soplo del poder divino y rayo de la magnificencia del Altísimo, es para los hombres un tesoro infinito."

"Nuestro padre Adán poseía en su totalidad este tesoro antes de la caída, y gracias a él pudo nombrar a los animales de los campos y a los pájaros del cielo que el Señor Dios puso delante suyo."[1]

"La triste caída en el pecado ha mermado esta joya magnífica de la Sabiduría y propagado la orgullosa oscuridad e incomprensión por el mundo. Sin embargo, Dios la ha desvelado por instantes a sus amigos. pues el sabio rey Salomón nos da testimonio de este hecho: ha accedido, por su oración aplicada a su aspiración, a esta sabiduría, de modo a conocer cómo fue creado el Mundo, la fuerza de los elementos, el medio y el final de los tiempos, cómo comienza y acaba el día, cómo se transforman las estaciones, cómo evoluciona el año, etcétera."[2]

"Todo cristiano ha de ser un verdadero Jesuita, o sea, ha de caminar. vivir, ser, permanecer en Jesús."

"Aquí está el verdadero rubí real, la noble, brillante piedra roja de la que se ha dicho produce en las tinieblas un resplandor luminoso, que es un medicamento perfecto para todos los cuerpos, que transforma en oro puro a los metales, que deja atrás todas las enfermedades, angustias, penas y melancolías de los hombres."

El texto prosigue comentando el sacramento de la Eucaristía, comparando las enseñanzas de la Biblia con las de Platón, Aristóteles y Pitágoras y arremetiendo contra los "aventureros y malandrines" que vanamente pretenden fabricar oro.

Desde los primeros párrafos, la *Fama Fraternitatis* se presenta como portavoz de un cristianismo gnóstico que pretende ir más al fondo que el catolicismo oficial de Roma. El nombre del protagonista de la obra que, como veremos, es Christian Rosacruz, evoca ya la idea de un "cristianismo rosacruz". No puede negarse que se trata de un modo de abordar las doctrinas cristianas que goza de una gran falta de rigor en lo concerniente a la mitología, el simbolismo o la alquimia. Si esta elasticidad pudo ser causa de herejía, como frecuentemente lo ha sido, hay que admitir, no obstante, que permite acercarse con una perspectiva más amplia el problema del esoterismo cristiano.

---

[1] Ver a este respecto nuestra introducción a *Las Enseñanzas de Jesucristo a sus Discípulos,* Ed. Obelisco.

[2] Ver Sabiduría VII-7 a 21.

En la segunda parte de este opúsculo aparece el relato de la vida del hermano C. R. Si hemos de creer a la *Confessio*, el segundo libro rosacruz que apareció al año siguiente de la publicación de la *1Fama Fraternitatis*, se trataría de Christian Rosacruz.

Nacido en 1378, en el seno de una familia noble, Christian perdió a sus padres cuando era todavía niño. Fue educado en un convento en el que entró a los cuatro años y del que no salió hasta los dieciséis (o sea doce años simbólicos), para realizar los viajes que nos narra la *Fama Fraternitatis* En el convento adquirió un conocimiento bastante aceptable del latín y el griego, trabando amistad con un hermano, el P. a. e., con el que emprendería una peregrinación al Santo Sepulcro. C. R. desembarcó en Damcar, donde entró en contacto con los sabios de esta ciudad, "capaces de grandes maravillas". No se ha podido averiguar dónde está esta ciudad que, por otra parte, no puede estar muy lejos de Jerusalén, pero que no corresponde ni a Damasco ni a ninguna otra ciudad cuyo nombre pueda parecérsele.

En Damcar aprendió árabe con tanta celeridad que al cabo de un año tradujo al latín el famoso libro M.[3] que se llevaría con él.

Habiendo permanecido unos tres años en Damcar, pasando por Egipto, se dirigió a Fez[4] donde se puso en contacto con los iniciados de esta ciudad, pasando luego por España antes de regresar a Alemania, donde formaría el primer núcleo de la cofradía de la Rosa-Cruz.

Los sabios que encontró en Fez estaban en contacto con los iniciados de los otros países islámicos y conocían todas las llamadas "Ciencias Ocultas", que C. R. estudiaría con ellos.

Si meditamos en los breves extractos de la *Fama Fraternitatis* que acabamos de leer, veremos que se trata de una filosofía cristiana profundamente ligada al hermetismo. Se ha hablado de sincretismo entre las enseñanzas herméticas y el cristianismo. En efecto, en la *Fama Fraternitatis* (así como en la *Confessio* y en las "Bodas Alquímicas"), se recogen con toda naturalidad doctrinas herméticas y

---

[3] Se trata, sin duda, del *Liber Mundi,* el "Libro del Mundo", por oposición al *Liber Gratiæ,* el "Libro de la Gracia". Este libro no ha sido encontrado aunque, según la *Fama Fraternitatis,* Christian Rosacruz lo habría traducido al latín. Tanto los historiadores como los pseudorosacruces de principios de siglo se partieron la cabeza intentando identificarlo con algún libro existente, a alguna obra de Magia o de Alquimia conocida. No lograron esclarecer nada, pues se trata de un libro simbólico, del "Libro" por excelencia, que el Adepto ha de ir a buscar a Oriente. No hablamos aquí del Oriente situable en nuestros mapas, sino del Oriente místico. Para más precisiones, remitimos al lector a toda la obra del ilustre filósofo, ya fallecido, Henry Corbin, especialmente su *L'Homme de Lumière dans le Soufisme Iranien,* Ed. Présence, París 1971. Es el *Liber Mundi,* porque se trata del mundo espiritual que, según la feliz definición de Corbin es "la totalidad concreta que el hombre alimenta con su propia sustancia, por encima de los límites de esta vida", como si fuera un libro que permanece intacto eternamente.

4 Recordemos que esta ciudad santa de Marruecos fue, durante la Edad Media, uno de los centros más florecientes en lo que a la práctica de la alquimia se refiere.

kabalísticas junto a las cristianas. Pero el autor de la *Fama Fraternitatis,* como ocurre con muchos de los llamados alquimistas y kabalistas cristianos de la época, no intenta poner de acuerdo doctrinas diferentes, ni aprovechar elementos pertenecientes a culturas distintas. Como escribe Henry Corbin, "se abusa con facilidad del empleo de la palabra 'sincretismo'". Casi siempre, esta palabra sirve como argumento para no tomar en serio algún generoso proyecto que pone en *presente* doctrinas que se convenía pertenecían al "pasado resuelto". Sin embargo, nada hay más fluctuante que esta noción de "pasado"; de hecho, depende de una decisión o de una predecisión que pueden estar *superadas* por otra que vuelva a dar futuro a este pasado".[5]

El autor de la *Fama Fraternitatis* utiliza el lenguaje y la cultura cristianos para exponer unas doctrinas que se encuentran en todas las tradiciones y en todas las épocas. No inventa nada; no remodela nada, se limita a decir de nuevo lo que ha sido dicho ya, pero se ha olvidado. El mito de la caída y la excelsitud de la sabiduría no son monopolio de Roma; los libros de los kabalistas contienen alusiones constantes a éstos y otros temas; es más, la llamada "filosofía hermética» de los alquimistas se basa en gran parte en estos presupuestos.[6]

Pero la originalidad con la que estas verdades universales, sin estar las más de las veces en contradicción con la ortodoxia, son presentadas, es mucha; algunas afirmaciones resultaron ser un poco fuertes y suscitaron el odio en los medios eclesiásticos. Entre sus numerosos calumniadores, dos jesuitas, el padre Gaultier y el padre Goelessius, llegaron a hablar de ateísmo y relacionaron a la fraternidad Rosa-Cruz con el pensamiento de Lutero, lo cual, en la época y en ciertos medios era casi como hablar del diablo.[7] De todos modos, no hay que olvidar que Juan Valentín Andreae, supuesto autor de las "Bodas Alquímicas", era nieto de Jacobo Andreae, conocido por "El Lutero de Würtemberg", que fue uno de los más ardientes defensores del luteranismo.

---

[5] Ver Henry Corbin, *L'Homme de Lumiére..., op. cit.*- pág. 29.

[6] Ver nuestra introducción a *Cuatro Tratados de Alquimia,* pág. 11, Ed. Visión Libros, Barcelona 1979.

[7] Ver Jean-Pierre Bayard, *La Symbolique des Rose-Croix,* Payot, París 1976, pág.23.

La Confessio

Al año siguiente de la publicación de la *Fama Fraternitatis,* aparece, al mismo tiempo en Cassel y en Frankfurt la *Confessio,* el segundo libro básico de la literatura Rosa-Cruz. Anónimo como el anterior, este libro exhala la misma exaltación mística y apocalíptica que se podía apreciar en la *Fama Fraternitatis,* apoyándose a menudo en la Astrología y presentando algunos nexos evidentes con la Kabala.

Una de las ideas más curiosas que encontramos en él, denotadora de un profundo conocimiento del esoterismo kabalístico, es que los caracteres o letras que Dios ha incorporado en la Santa Biblia, están también netamente impresos en la maravillosa criatura que son los cielos y la tierra. Adivinarnos aquí que la Biblia es un símbolo, una suerte de arquetipo del *Liber Mundi* al que aludía la *Fama Fraternitatis.*

Las referencias a este misterioso libro dentro de la literatura esotérica, kabalística o alquímica son constantes, podríamos decir que sólo hablan de él, pero resultan tan terriblemente oscuras que habrá que esperar cuatro siglos para encontrarse con esta idea claramente expresada en "El Mensaje de Nuevo Encontrado":

"El libro donde Dios ha escrito su secreto es el cielo y la tierra. Por esto el hombre santo y sabio estudia la Ciencia del Señor en la paz del Jardín de Edén."[1]

No podemos extendemos aquí a propósito de este libro en el que la letra y el espíritu están unidos, en el que el Sol y la Luna están casados, pero no dudamos en afirmar que es el Libro de las Eternas Bodas que creemos queda perfectamente simbolizado por "Las Bodas Alquímicas".

Según su autor, el objetivo de la *Confessio* es completar la *Fama Fraternitatis,* "colmar sus lagunas", "formular en mejores términos los pasajes algo insondables". Debemos, pues, considerar esta obra como un complemento de la anterior.

El aspecto apocalíptico de la *Fama Fraternitatis* se encuentra también en la *Confessio,* que ofrece la felicidad de un siglo[2] que goza de la intervención divina, oponiéndose al actual que se caracteriza por la falsedad, la mentira y las tinieblas. Se trata del fin del mundo cantado en las diferentes evocaciones apocalípticas,[3] pero aquí no aparece tan terrible como en el Apocalipsis de San Juan. Se trata de "una nueva mañana".

---

[1] Ver Louis Cattiaux, *El Mensaje de nuevo Encontrado,* Ed. Sirio, Málaga 1987, X. Vers. 64.

[2] Se trata del *Olam Habá,* o "mundo que viene", por oposición al *Olam Hatsé,* "este mundo"; el término latino *sæculum* es la traducción exacta de *Olam.* Ver nuestra introducción al *Apocalipsis de Esdrás,* publicado por Ediciones Obelisco.

[3] El Fin del Mundo, tal como lo entendían los antiguos, no es ni el fin del planeta, ni el fin del Cosmos. A menudo se refiere al final de una civilización; casi siempre se trata del fin del mundo que cada hombre se ha creado y ha vivido, y el advenimiento del que llevaba dentro de él. Ver nota 10.

El autor de la *Confessio* exhorta apasionadamente a sus discípulos a la "lectura aplicada y permanente de la Santa Biblia", ya que el verdadero Rosacruz hace del Libro Sagrado "la regla de oro de su existencia", "el objetivo y término de sus estudios" y "el resumen y quintaesencia del mundo entero" (Cap. X).

Estas breves apreciaciones serán suficientes para que el lector se explique el éxito de la Rosa-Cruz en una época en la que la Iglesia manifestaba tanta dureza e intolerancia. El odio que pudo llegar a tener hacia los Rosa-Cruz es, sin embargo, completamente lícito si pensamos que, frente a algún adepto verdadero que profesara estas doctrinas, nos encontramos con un sinfín de grupúsculos, más o menos aislados que, movidos por su fantasía, orgullosamente se creían Rosa-Cruces, sin serlo en realidad.

Los tres libros fundamentales del Rosacrucismo ofrecían, como hemos intentado hacer ver, un cúmulo de doctrinas e ideas que permitirían a los ávidos de esoterismo el formar, basándose en éstas, grupos de estudio y de búsqueda que, más tarde, dieron lugar a las asociaciones y fraternidades de buscadores que se autotitularían Rosacruces. Estas gentes, en su inmensa mayoría buenos cristianos, que desearon profundizar en el aspecto oculto de su religión, no serían nunca bien vistos por las autoridades eclesiásticas. Con la aparición de los manifiestos en las paredes de París, la cosa no hizo sino complicarse. Creemos, y en esto estamos completamente de acuerdo con Guénon, que la aparición pública de los Rosacruces coincidió, en cierto modo, con su desaparición. "Lo que se hace público se envilece", sabia máxima del hermetismo, podría aplicarse aquí a la famosa fraternidad.

Las Bodas Alquímicas

En 1616 aparecía en Estrasburgo una de las obras más relevantes de la literatura esotérica europea, "Las Bodas Químicas de Christian Rosacruz". Advirtamos, antes que nada que, en la época, "químico" era sinónimo de "alquímico", por lo cual podemos hablar aquí de unas "Bodas Alquímicas", e incluso considerar este libro como un tratado de alquimia. Pero "Las Bodas Alquímicas de Christian Rosacruz" son algo más que un simple tratado hermético, se trata de una obra multidimensional, en la que las nociones corrientes de espacio y tiempo se encuentran trascendidas desde las primeras líneas. La trama tiene lugar en un espacio y en un tiempo reales, pero distintos a los que normalmente conocemos. Se desarrolla en el sugestivo plano del símbolo, que está en un nivel de conciencia superior al nuestro, y no inferior como creen algunos psicólogos.

Este libro contiene la descripción simbólica, no podría serlo de otro modo, del proceso de la Iniciación. Lo aborda con una belleza y una precisión tales, que ha cautivado a la mayoría de esoteristas posteriores. A los sentidos alquímico e iniciático ha de añadírsele el místico. El equívoco término de mística no posee aquí, sin embargo, el significado inadecuado y desencarnado que se le atribuye desde hace algunos siglos. Si investigamos en la raíz *mystikos,* veremos que el místico es el "Iniciado a los Misterios". Este misterio es el del hombre mismo, el del hombre interior, ora prisionero en una torre, ora cautivo de una serpiente o reo de un feroz dragón.

Las "Bodas Alquímicas", divididas en siete días son, pues, una delicada y hermosa alegoría de las Siete Puertas que el místico ha de atravesar, de los siete órganos sutiles del hombre que según el sufismo van despertándose progresivamente a lo largo de su ascensión espiritual, o de los siete días de la Creación del Hombre Perfecto, el *Adam Kadmón* de los kabalistas. Siete días porque siete son las jornadas en las que se divide este libro, evocando sin duda los siete pétalos de la *rosa mystica.* Entre los egipcios el siete era el número de la vida eterna, y esta vida eterna no es sino la que sucede a la resurrección, el gran misterio hacia el que, como veremos, se dirige la trama de las "Bodas Alquímicas".

Hacemos estas comparaciones porque creemos que las "Bodas" aparecieron en un momento histórico-cultural muy especial, abarcando y, en cierto modo, conjugando los conocimientos esotéricos anteriores. En ellas encontramos la sabiduría ancestral de los egipcios, de los caldeos, los griegos junto a la perspicacia de los kabalistas y la simbólica poética del Islam. Todo ello, evidentemente, en el lenguaje típico de los esoteristas de la época, alimentado principalmente en el espíritu cristiano y la revelación hermética, evocador de una *gnosis* no desprovista de humor y de poesía.

El protagonista, Christian Rosacruz, relata su maravilloso viaje al "Palacio Cerrado del Rey", donde ha de asistir a las Bodas Reales. Una o vanas aventuras particulares ocupan cada una de las siete jornadas que componen el relato. La primera comienza la víspera de Pascua cuando, durante su meditación y sus oraciones, Christian Rosacruz recibe la visita de una mujer alada de extraordinaria

belleza que le entrega una carta invitándole a las Bodas Reales. Esta idea, expuesta de otro modo, aparecía ya en el Evangelio[1] o en un bellísimo escrito del cristianismo primitivo llamado "El Canto de la Perla". Para asistir a tan magno acontecimiento, Christian ha de revestir una túnica de lino blanco, colocar en su pecho una cinta roja en forma de cruz y fijar cuatro rosas rojas en su sombrero. Así emprende el fantástico viaje cuya lectura apasionará a más de un lector, despertando quizás en él una nostalgia misteriosa y cautivante, la del Banquete de las Bodas al que muchos están llamados, pero cuyo camino es por pocos elegido.

[1] Ver Mateo, XXII-9.

La Alquimia Cristiana y el Rosacrucismo

Al estudiar las *Bodas Alquímicas* es imprescindible, como hemos visto, referirse a la Alquimia, cuyas enseñanzas afloran a lo largo de sus siete jornadas. Toda la obra escrita y plástica atribuida a los miembros de la Rosa-Cruz rezuma el saber de los alquirnistas, hasta el punto de que la idea misma de la "Rosa" y la "Cruz" asociadas expresa ya una operación alquímica.

Los dos manifiestos Rosacruces y las *Bodas Alquímicas* se apoyan en numerosos puntos de las doctrinas alquímicas. Si bien es cierto que el hermetismo ejerció en la época una influencia notable en los medios artísticos y literarios, y su simbolismo se encuentra en casi todas las manifestaciones del espíritu humano, tenemos, con la trilogía rosacruz, un bellísimo ejemplo de lo que se ha convenido en llamar "Alquimia Cristiana".

Todos los autores, herméticos y profanos, hacen remontar el "Arte Regio" al Antiguo Egipto. A través de los griegos, cuya mitología, aparentemente contradictoria y confusa, es una de las exposiciones simbólicas más precisas y completas del Arte Hermético, y de los hebreos, la Alquimia se impuso en la Europa culta. No es desdeñable, sin embargo, la aportación árabe; fue decisiva, a través de los sabios instalados en la Península Ibérica y los intercambios culturales que facilitaron las Cruzadas.

Basándose en unos presupuestos que no están en contradicción con ninguna de las grandes religiones reveladas, la alquimia ha podido florecer en Egipto, Israel, India, Tibet, China o Grecia. Como escribía Emmanuel d'Hooghvorst: "la alquimia no es una de las ramas del esoterismo, es su llave o su Piedra Angular".[1] Es, por lo tanto, lógico que el Gran Arte se encuentre en las bases mismas de las doctrinas rosacruces.

Pero, ante todo, veamos qué es la alquimia. Para Pierre Jean Fabre se trata de "una ciencia verdadera y sólida que enseña a conocer el centro de todas las cosas, llamado en el Lenguaje Divino "Espíritu de Vida".[2] Para Roger Bacon se trataría de "la ciencia que enseña a preparar una cierta medicina o elixir que, proyectado sobre los metales imperfectos, les comunica la perfección".[3]

El alquimista es, ante todo, un filósofo que conoce a la perfección sus Escrituras Sagradas y que está dotado de la Sabiduría a la que ama (no olvidemos que, literalmente, filósofo significa "amante de la Sabiduría"). El alquimista es capaz de elaborar la "Piedra Filosofal" que regenerará al hombre y a la naturaleza caída.

---

[1] Ver su *Ensayo sobre el Arte de la Alquimia*, pág. 20. (Reeditado en LA PUERTA - ALQUIMIA, Ed. Obelisco.)

[2] Ver P. J. Fabre, *Abregé des Secrets Chymiques*, París 1636, pág. 10.

[3] Ver Roger Bacon, *Speculum Alchimiæ, septem Capitibus,* Norimbergæ 1614.

Los alquimistas árabes, que tanta importancia tuvieron en el shiismo, eran todos musulmanes. Los alquimistas chinos que, gracias a los trabajos de Mircea Eliade, el profesor Chkashige u otros, hemos podido conocer, profesaban la religión taoísta; es, pues, lógico que los adeptos europeos medievales hicieran una alquimia cristiana.

La alquimia cristiana floreció al mismo tiempo que la llamada "Kabala Cristiana". Nos encontramos con que algunos de los representantes más notables de ésta fueron también alquimistas (pensamos especialmente en Pico de la Mirandola y en Blaise de Vigenère). En todos ellos existe una constante: su profundo y original conocimiento de las Escrituras, que interpretan bajo una hermenéutica kabalística o alquímica.

En la trilogía rosacruz podemos apreciar también un profundo conocimiento del Libro Sagrado, así como una inmensa cultura mitológica. El autor de las "Bodas Alquímicas", por ejemplo, que comienza su libro inspirándose en los evangelios (ver nuestras notas a la primera jornada), manifiesta también una cierta erudición en lo que a la mitología grecorromana se refiere. Este mismo autor parece también tener un gran conocimiento de los escritos de los autores herméticos, como podemos ir observando a lo largo de la obra.

Christian Rosacruz

Según la *Confessio y las* "Bodas Alquímicas", el héroe de la trilogía rosacruz, el mítico personaje al que debe su nombre y acaso su existencia esta enigmática fraternidad, nació en 1376 y murió en 1484. Para Miguel Maier, Christian Rosacruz habría sido contemporáneo de Raimundo Lulio, lo que situaría su nacimiento algo más de un siglo antes de lo que declara la *Confessio.* Para algunas de las escuelas que actualmente se autodefinen como "Rosacruces", Rosacruz sería un maestro, un "superior invisible", que se va reencarnando a lo largo de los siglos con nombres distintos y personalidades diferentes. Notemos, sin embargo, que en ninguno de los auténticos tratados rosacruces que comentarnos se habla en ningún momento de "reencarnación".

Sea como fuere, su nombre es demasiado revelador, Christian Rosacruz es un personaje mítico, simbólico, sin origen histórico. Pero decir mítico no es decir irreal. La realidad de Rosacruz, como la de los *avatares* hindúes o la del *Kezr* islámico es transhistórica. Si bien Whittemans,[1] un autor de filiación teosofista, se ha esforzado en hacer corresponder al protagonista de la *Fama Fraternitatis* con un miembro de la familia Von Roesgen Germelhausen, sus afirmaciones carecen de la documentación adecuada donde apoyarse y están en contradicción con los datos aportados por rosacruces de la época de los manifiestos.

Poco hay que decir de los delirios teosofistas de madame Blavatsky o Annie Besant que, sin aportar ningún tipo de prueba aceptable, afirman que Rosacruz vivió en el siglo XIV y se reencarnó sucesivamente en Francis Bacon (1561-1626) y, posteriormente, en el enigmático Conde de Saint-Germain (1696-1784).

Sólo hay que detenerse en su nombre y su apellido para adivinar que Christian Rosacruz se refiere a algo concreto, a una realización espiritual precisa. Christian indica que se trata de la realización crística, y Rosacruz alude al camino que conduce a ella: la cruz. Uno de los adagios rosacruces más evocadores, que comentaremos más adelante, *per crucem ad rosam,* aporta quizá la clave para comprender lo que acabamos de afirmar. Por otra parte, las mismas siglas C. R. pueden interpretarse como *Christi Resurrectio* (resurrección del Cristo), rememorando el misterio máximo de las religiones reveladas, la realización precisa a la que nos hemos referido.

René Guénon no se cansa de repetir que el estado de Rosa-Cruz es el estado primordial del hombre, restaurado. Deducimos de ello que han existido Rosacruces auténticos en otras épocas y en otras latitudes, recibiendo otras denominaciones. Christian Rosacruz es, en cierto modo, su arquetipo.

---

[1] Ver Fr. Wittemans, *Histoire des Rose-Croix,* Ed. Adyar París 1925.

La Rosa-Cruz es, pues, una *gnosis* en el verdadero sentido de esta palabra[2] tal como lo entendía T. Basilide, o sea, el estado en el que se conoce al "Verbo Redentor que nos hace volver a encontrar la Palabra Perdida, que es uno de los aspectos del misterio de la Cruz".[3]

Esta *gnosis*, repitámoslo, no ha sido nunca patrimonio de una época o de un lugar. Se la encuentra en todos los pueblos y en todas las épocas.

---

[2] *Gnosis* procede de *gignere*, engendrar y se refiere a la regeneración y al conocimiento que ésta permite que tenga lugar. Como ha ocurrido con muchas otras palabras, este término se aplica en la actualidad en un sentido abstracto muy desviado del original.

3 Ver T. Basilide en "Le Voile d'Isis", agosto-septiembre. de 1930, págs. 128 y 219.

Jean Valentin Andreae

Jean Valentin Andreae, el supuesto autor de las "Bodas Alquímicas" nació en Herrenberg en 1586; siguiendo la tradición familiar, se consagró ardientemente al estudio y a la difusión del luteranismo, alcanzando diversas dignidades eclesiásticas concedidas por el duque Augusto de Brunswick.

Siendo su padre abad de Königsbrom, Jean Valentin recibió en este convento su primera educación, y se hizo notar por su extraordinaria sensibilidad y sutil inteligencia. Este episodio de su vida nos recuerda a la de Christian Rosacruz, cuya infancia también transcurrió en un convento hasta los dieciséis años. Esta semejanza es tanto más curiosa, y no entendemos cómo ninguno de los especialistas en el tema lo ha señalado, si pensarnos que la edad en la que Christian Rosacruz abandona el convento e inicia su peregrinación hacia el Santo Sepulcro, es la misma en la que Jean Valentin Andreae declara haber escrito su libro: dieciséis años.

Gracias a su inacabada autobiografía póstuma, conocemos algunos detalles íntimos de la vida de este hombre, que confiesa que su existencia estuvo llena "de extravíos, cambios, tempestades, obstáculos, calumnias, persecuciones, luchas, opresiones, enfermedades y mala suerte".

Jean Valentin Andreae, asustado quizá por el inesperado éxito de las "Bodas Alquímicas" y por la enorme influencia que tuvo esta obra sobre grupúsculos de esoteristas que rápidamente se declararon "Rosa-Cruces", afirmó que las "Bodas Alquímicas" no eran más que "un divertimento de juventud" escrito a los quince años.[1]

Para algunos estudiosos posteriores, esto tendría que interpretarse "quince años después de su iniciación", lo cual no es tan descabellado si pensamos en la edad en la que Ireneo Filaleteo escribió su "Entrada Abierta al Palacio Cerrado del Rey"[2] o en que, por ejemplo, las edades masónicas son también simbólicas.

Utilizando el seudónimo de *Florentius de Valentia,* Andreae publicó una *Invitación a la Fraternidad de Cristo, la Rosa Florida*[3] exhortando a la práctica de la vida cristiana, la simplicidad, el amor fraternal y la oración en común.

Entre las numerosas obras de este autor se cuenta también una *Descripción de la República de Cristianopolis*[4] en la que intenta describir la ciudad y la sociedad

---

[1] Otros autores, por ejemplo Auriger *(Les noces Chimiques de Christian Rosenkreutz,* pág. VI*)* afirman que fue a los dieciséis.

[2] Ver nuestra edición de esta obra, publicada por Ediciones, Obelisco.

[3] *Invitario ad Fraternitaten Christi Rosa Florescens,* Argentorati 1617.

[4] *Republicae Christianopoliae Descriptio,* Estrasburgo 1619

ideales, manifestando ideas muy cercanas a las de la *Fama Fraternitatis y la Confessio.*
Inspirándose en sus obras, se formaron varias sociedades o fraternidades que tanto por su exaltación como por su número, llegaron a asustar a las autoridades eclesiásticas.

La Masonería y la Rosa-Cruz

Reconocido en 1787 y plenamente aceptado en 1804, tenemos, en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la Masonería, el grado 18, llamado "Soberano Príncipe Masón de Rosa-Cruz, Caballero del Águila y del Pelícano". Según algunos autores, al ir desarrollándose y adquiriendo poder la Masonería, los miembros de los grupos rosacruces fueron entrando en ella y, con ellos, se introdujeron sus ritos y su simbolismo. El grado de "Caballero Rosa-Cruz" fue introducido por el Barón de Tschoudy, famoso por sus conocimientos relativos al hermetismo, más o menos hacia 1765.

El "Sapientísimo", o sea, el presidente de un capítulo que trabaja en este grado 18, recibe el nombre de *Athirsatha.* Según Jean-Pierre Bayard,[1] *Elaz Athirsatha,* que en hebreo significa "fundidor de Dios", correspondería a Elías Artista de los Rosa-cruces. Este autor cita un ritual del grado 18 del Rito Escocés para el "Caballero Rosa-Cruz" del que traducimos a continuación un pasaje muy revelador:

***El Sapientísimo:* Caballero primer Guardián, ¿qué objetivo se proponen los Caballeros Rosa-Cruz?**
***Primer Gran Guardián:* Combatir el orgullo, el egoísmo y la ambición, para hacer que en su lugar reinen la abnegación y la caridad.**
***El Sapientísimo:* ¿Quién os ha recibido?**
***Primer Gran Guardián:* El más humilde de todos.**
***El Sapientísimo:* ¿Por qué era el más humilde?**
***Primer Gran Guardián:* Porque era el más alumbrado y sabía que toda inspiración viene de arriba.**

En otros rituales de los Caballeros de la Rosa-Cruz recogidos por Le Forestier[2] nos encontramos con algunos detalles sumamente curiosos, relacionados todos ellos con la Pasión y Resurrección de Jesucristo. Uno de los más significativos es una cruz con un letrero en el que está escrito I.N.R.I., de la que cuelgan un paño y una rosa. En la misma sala hay también tres columnas en las que constan los nombres de las tres virtudes teologales. El recipiendario, que ha de encontrar la Palabra Perdida, es conducido sucesivamente ante cada una de estas tres columnas y se le hace leer en voz alta las inscripciones: "Fe, Esperanza, Caridad" hasta llegar a la Palabra Perdida: I.N.R.I. Si algunos autores han comparado la cruz al crisol de los alquimistas,[3] para otros la rosa sería el fuego renovador, interpretando la divisa I.N.R.I. como *Igne Natura Renovatur Integra* (Por el Fuego la Naturaleza se renueva integralmente).

---

[1] *Op. cit., pág.* 244.

[2] *La F. M. Templière et Occultiste au XVIIIème et XIXème siècles. Publié et préfacé par Antoine Faivre.* Ed. Aubier-Montaigne, París 1970.

[3] Crisol procede del latín *crucibulum,* de la misma raíz que *crux-cis.*

Según evoca otro ritual masónico, influenciado por el rosacrucismo, durante el cual se van alumbrando siete velas (no olvidemos que las "Bodas Alquímicas" se componen de siete jornadas), al encender la última el Sapientísimo exclama:

"¡La Palabra de Vida, la Palabra de Regeneración ha sido reencontrada, sepamos, como el Maestro, proclamar el peligro de nuestras vidas!"

No deja de ser casual que esta ceremonia tuviera lugar el domingo de Pascua, después de la ceremonia de la Cena, o sea, en la misma época del año en que comienzan las Bodas Alquímicas. Autores como Paul Naudon, que tanto han investigado acerca del origen de este grado 18 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, opinan que con él "se sale del desarrollo del simbolismo masónico en el sentido estricto para alcanzar otra forma de tradición, síntesis ésta de la vasta corriente hermética".[4] Este mismo autor, que ha sabido ver en la francmasonería una vía iniciática que enseña la ascensión del hombre al plano divino, afirma que hubieron interferencias importantes entre los grupos rosacruces y masones. "Hay que pensar que hubo, por las dos partes, mutuos intercambios rituales, ya que los dos simbolismos están ligados entre sí por estrechas afinidades mutuas con el hermetismo y la alquimia mística... entre la Francmasonería y la Rosa-Cruz las fuentes y las vías iniciáticas eran demasiado vecinas para que ocurriera de otro modo".[5]

Como iremos señalando en el texto de las "Bodas Alquímicas" mediante notas al pie de página, los símbolos que aparecen con una profusión sorprendente a lo largo de toda la obra, a menudo están relacionados con la masonería. No olvidemos que en sus orígenes esta Orden perseguía fines espirituales, siendo su objetivo la "edificación del Templo" que no es, en el fondo, más que una alegoría de la edificación del hombre interior a partir de la "Piedra Bruta", que ha de ser tallada para contribuir a tan noble fin. Si en la actualidad sus objetivos y trabajos están más orientados hacia el mundo profano y la política, hemos de pensar que se trata, en el fondo, de la misma desacralización o secularización que está experimentando la Iglesia. No deja de ser curioso que estas dos entidades, la Iglesia de Pedro y la Iglesia de Juan, que tanto se critican entre sí, cometan el mismo error. Se trata, sin lugar a dudas, de un "signo de los tiempos" y como tal hay que verlo.

---

[4] Paul Naudon, *Histoire et Rituels des Hauts Grades Maçoniques,* Dervy-Livres, París 1966, pág. 50.

[5] Paul Naudon, *La Franc-Maçonerie Chrétienne,* Dervy-Livres, París 1970, págs. 64 y 65.

Las Bodas Alquímicas y el Tarot de Marsella

Al estudiar el simbolismo de las "Bodas Alquímicas" es importante, casi imprescindible, referirse al Tarot. A algunos les chocará que comparemos aquí estos dos libros; hasta la fecha, aparte de algunas notas poco convincentes de Auriger, que manifiestan tanta buena voluntad como incomprensión. creemos que nadie ha publicado ningún estudio más o menos acertado y documentado en el que se ponga frente a frente el Tarot y las "Bodas Alquímicas". No vamos a hacerlo nosotros aquí, estaría tan fuera de nuestras posibilidades como de los objetivos habituales de una introducción, pero sí vamos a adelantar algunas constataciones que creemos serán útiles a la hora de leer las "Bodas Alquímicas". Señalemos también que nos hemos basado en el Tarot de Marsella, el único a nuestro parecer que conserva en casi su totalidad los nombres, colores y detalles del Tarot auténtico.

Las "Bodas Alquímicas" comienzan una noche en la que Christian Rosacruz está sentado ante su mesa, después de realizar sus oraciones. El mismo texto nos indica en qué época del año[1] ocurre esto: en primavera. Esta escena tiene su contrapartida en la carta n° 1 del Tarot, "Le Bateleur" o "El Mago". Éste está también tras una mesa. El color verde del interior de su sombrero y de un arbusto que se ve entre sus piernas (lo que está arriba es como lo que está abajo), evocan también el verdor primaveral. El sombrero en cuestión, que más parece un recipiente, parece indicar que el Mago está recogiendo la virtud de la primavera, que le permitirá comenzar su trabajo. Notemos que en la mesa del Tarot hay exactamente doce objetos, el número de los apóstoles que asistieron a la Santa Cena y el de los signos del Zodíaco. Esta primera carta se interpreta en cartomancia como el principio de algo, denotando las ideas de originalidad, de creatividad. Se trata del comienzo de la Obra de la Creación, que ha de restituir al hombre a su origen divino. La obra que ha de realizarse, el viaje que ha de emprenderse o el libro que es preciso abrir y leer es, en el fondo, lo mismo: aquello que conduce a la celebración de las Bodas Reales.

El simbolismo de la mesa, lugar en el que el Mago realiza su trabajo, puede asociarse a la del espejo o al de la tabla. (En latín *tabula-a.* es al mismo tiempo mesa y tabla). El Korán (Sura 85, 19 a 22) habla de la "Tabla preservada", la Tabla de Allah que es como un espejo en el que está escrito todo el Libro Sagrado. Observemos que esta Sura 85 precede a la famosa Sura del "Visitador Nocturno". Éste es "una estrella fulgurante", que atraviesa las tinieblas, guardián del alma. No es, pues, descabellado relacionar a la estrella, que volverá a aparecer en el Tarot, con el ángel femenino, hierofante de su propia alma, que se le aparece a Christian Rosacruz.

El famoso *Liber Mundi* del que hemos hablado y que aparece citado en varias ocasiones a lo largo de las "Bodas Alquímicas", nos recuerda al que sostiene la Papisa del segundo naipe del Tarot. Señalemos únicamente que este libro está abierto y la Papisa puede leerlo al descubierto, acaso porque se ha realizado ya la famosa unión de la Rosa con la Cruz, pues el color rojo del vestido de la Papisa está

---

[1] Ver nuestra segunda nota a las "Bodas Alquímicas".

unido a los tirantes dorados en forma de cruz. Recordemos que al iniciar sus aventuras, antes de penetrar en el Palacio, Christian Rosacruz ha de colocar en su pecho una cinta roja en forma de cruz y poner en su sombrero cuatro rosas rojas, y que la verdadera cruz. la cruz de resurrección, es una cruz de luz, una cruz dorada. Como escribíamos en un sucinto estudio sobre la alquimia[2] "Isis. madre naturaleza, se contempla a sí misma en el libro de la naturaleza..." Pero, ¿nadie ha pensado que quizás este enigmático libro no es diferente de la misteriosa tabla de la que hemos hablado?

El Emperador y la Emperatriz (Cartas números 111 y IIII) nos recuerdan al Rey y a la Reina de las Bodas.

Las dos columnas que podemos ver en el naipe n.° V del Tarot, aparecían en el segundo día de las "Bodas Alquímicas"[3]. Se trata de las dos columnas del Templo.

A Cupido, que con sus afilados dardos está siempre al acecho de los mortales, lo encontramos con frecuencia a lo largo de las "Bodas"; no es, pues, extraño verle también en el Tarot, en el arcano n.° VI, donde se dispone a disparar, precisamente en la mano, a uno de los personajes que en él aparecen. Al leer el quinto Día de las "Bodas Alquímicas", veremos que a Christian Rosacruz también le hirió en la mano, "por haber casi sorprendido a su madre", Venus.

Como ya comentaremos en una nota a pie de página a la segunda jornada, el naipe n.° VII o "El Carro" tiene también su relación con las "Bodas Alquímicas", ya que las misteriosas siglas S. M. aparecen en el centro de esta carta.

La ceremonia más misteriosa de las "Bodas Alquímicas", narrada en el tercer día, es aquella en la que los invitados van a ser pesados. El acto justiciero que va a tener lugar recibe, en el Tarot, el nombre de «La Justicia», a través del arcano n.° VIII en el que podemos apreciar la espada y la balanza. La figura que aparece en el naipe bien podría ser Astrea, diosa de la justicia en la mitología griega.

El arcano n.° XIII del Tarot, "La Muerte", es harto evocador en lo que a este misterio se refiere. Vemos en él las cabezas del Rey y de la Reina, que acaban de ser cortadas por la mortífera guadaña. Se trata de la separación del principio masculino del femenino.

El ángel alado del naipe n.° XIIII del Tarot, que recibe el nombre de "La Templanza", bien podría ser el mismo que se le apareció a Christian Rosacruz al principio de las Bodas y que volvió a ver en el interior del Palacio.

Uno de los pasajes más curiosos del primer día de las "Bodas Alquímicas" es aquel en el que Christian Rosacruz se encuentra, Junto con otros personajes, en el interior

---

[2] Ver *Mundo Desconocido*, n.° 6, pág. 46.

3 Ver notas 27 y 28 a las "Bodas Alquímicas".

de una torre. Todo el relato de lo que transcurre en el interior de la torre es sumamente simbólico. No olvidemos que en las litanías se relaciona a la Virgen con la Torre: "Turris Davídica", "Turris Ebumea"... Recordemos también la torre en la que, encadenada, estaba prisionera Danae. No pudo salir de ella hasta que cayó la lluvia fecundadora y liberadora de Zeus.

La Dama que ordena que lancen las cuerdas liberadoras a los prisioneros de la torre y que, bajo otra apariencia, es en el fondo la misma que se le apareció a Christian Rosacruz al principio de las "Bodas", está representada en el Tarot por "La Estrella" del naipe n.° XVII, En el XVI, "La Casa de Dios", aparecía una torre cuyo techo se ha abierto como veremos ocurre también en las "Bodas Alquímicas". Y ha dejado salir a dos personajes que saltan y bailan de alegría. Como tendremos ocasión de ver en el texto de las "Bodas", Christian Rosacruz "ha implorado la misericordia divina" para que le sacara de la torre. Las marcas que pueden apreciarse en las rodillas del pantalón de los personajes del naipe n.° XVI confirman que han sido desgastados por la plegaria, que en el fondo es quien hace descender la gracia liberadora, en la que han implorado su liberación.

El personaje femenino que aparecía en el arcano n.° XVII bien podría ser Isis, la Madre de las Aguas, Madre Naturaleza que colmaría de bienes a los hombres si "sus ambiciones no fueran tan desmesuradas", como indica uno de los poemas que aparecen en la primera Jornada.

El arcano n.° XX del Tarot, "El Juicio", no está tampoco sin relación con nuestro libro. La trompeta que tañe el ángel que en él aparece así como el mensaje que sostiene en su mano izquierda, son los mismos de los que nos hablará la primera jornada de las "Bodas Alquímicas". Este mensaje no está tampoco sin relación con el que recibe el protagonista del "Canto de la perla", cuyo contenido le es sumamente familiar, pues se trata de las palabras que ya tenía escritas en su corazón.

En la Quinta Jornada[4] haremos alusión a esta sugestiva carta que es "El Mundo". Como señalaremos en otra nota,[5] el Génesis habla, en el fondo, de la Obra Hermética que, según los alquimistas era comparable a la Creación del Mundo. El primer capítulo de la Biblia enseña más el génesis del microcosmos filosófico que el del mundo que nos rodea. Si consideramos, y ésta es la posición del esoterista, que este mundo es un velo, la Biblia o cualquier otro libro revelado nos hablarán de aquello que está detrás de él. Algo parecido ocurre con el Tarot con las "Bodas Alquímicas", que no colocaremos en la categoría de los libros revelados, pero cuyo objetivo es despertar en nosotros la nostalgia del Mundo de Luz que nuestro mundo de tinieblas recubre y oculta, e indicamos el camino que se dirige a él.

---

[4] Ver nota 88 a las "Bodas Alquímicas".

[5] Ver nota 100 a las "Bodas Alquímicas".

No podíamos dejar de citar, una vez hechas estas modestas apreciaciones sobre el Tarot, dos inspirados artículos que sobre el tema aparecieron en los números 8 y 9 de la revista belga *Le Fil d'Ariane,*[6] a la que tendremos ocasión de referimos.

[6] Dichos artículos fueron publicados en LA PUERTA - MAGIA (Ed. Obelisco, Barcelona).

El simbolismo de la Rosa-Cruz

Un análisis riguroso y completo del simbolismo Rosacruz exigiría de antemano el estudio de un gran número de documentos, grabados, textos, etcétera, muchos de los cuales no han sido publicados nunca. Con estas líneas finales sólo deseamos proponer algunas apreciaciones relativas a los dos elementos principales de este simbolismo: la Rosa y la Cruz, que creernos servirán de base a la hora de interpretar otros símbolos menos fundamentales.

Todo simbolismo es doble, y esto se verifica aún más en el caso de unas "Bodas" en las que, lógicamente, se casan dos elementos. Las letras C. R. que aparecían en la *Fama Fraternitatis y que* son verosímilmente lo mismo que R. C., siglas de la Rosa-Cruz, parecen indicar los dos elementos principales de este simbolismo. C. R., ya lo hemos señalado, designa tanto al protagonista de la trilogía rosacruz, Christian Rosacruz, como al misterio de la Resurrección de Cristo: *(Christo Resurrectio)* o la Cruz y la Rosa *(Crux-cis; Rosa-æ)*.

Nos encontramos con el motivo de la rosa en casi todos los escritos esotéricos, especialmente los de procedencia musulmana. Recordemos solamente la Rosa Cándida, la Rosa de la Jerusalén Celeste de *La Divina Comedia,* obra que, según ha demostrado Asín Palacios, manifiesta una profunda meditación e inspiración en fuentes árabes. En la mística iraní, la rosa se asociaba a la *Daena*, el ángel femenino hierofanía del alma del místico que, creemos, aparece también representado en la primera jornada de las "Bodas Alquímicas". Respirar el perfume embriagador de esta "Rosa mística", era una de las maneras de describir metafóricamente el arrebato místico o el despertar espiritual.[1]

En la iconografía cristiana, la rosa aparece algunas veces como la copa que recoge la sangre de Cristo, el Graal, y en otras como la transfiguración de estas gotas de sangre.

Según Frederic du Portal[2] "la rosa y su color eran símbolos del primer grado de la regeneración y de la iniciación a los misterios". Recordemos que la etimología de rosa-æ procede de ros-*ris*, rocío, lluvia, uno de los símbolos de la bendición que da entrada a los Santos Misterios. Se trata de la *Torah* de los hebreos, como nos deja entrever el *Zohar*[3] en sus primeras páginas.

Como la *Daena* iraní, perfectamente evocada en el atuendo luminoso del Canto de la Perla, la Rosa busca encamarse, fijarse en el mundo de la materia, reunirse con su contrapartida terrestre: la Cruz.

---

[1] Respecto al simbolismo de la rosa aconsejamos la lectura del excelente artículo de Raimón Arola publicado en el n.° 27 de *La Puerta*.

[2] *Des couleurs symboliques,* París 1837, págs. 218 y ss.

[3] Ver el *Zohar* publicado en esta misma colección.

Anterior al cristianismo, el simbolismo de la Cruz se ha enriquecido prodigiosamente con él. Si lo estudiamos un poco a fondo, el cristianismo primitivo nos dejará conocer el sugestivo tema de la “cruz luminosa”, especialmente en “Los Actos de Juan”. En ellos se narra la experiencia que este apóstol tuvo en la montaña “para oír lo que un discípulo ha de aprender de su maestro y un hombre de su Dios”, donde gozó de la visión de la cruz luminosa y pudo escuchar las siguientes palabras: “Juan, es necesario que algún hombre oiga de mí estas cosas; necesito que un hombre me entienda. Por culpa vuestra he llamado a esta cruz de luz ora palabra, ora inteligencia, ora Jesús, ora Cristo, ora puerta, ora camino, ora pan, ora semilla, ora resurrección, ora Hijo, ora Padre, ora Espíritu, ora vida, ora verdad, ora fe, ora gracia. Recibe todos estos nombres por culpa de los hombres. En realidad, concebida por sí misma y expresada exteriormente para vosotros, es la marca que distingue a todas las cosas, la fuerza que mantiene las cosas fijas...

“Esta cruz, pues, reúne a todas las cosas en ella por una palabra y las separa de las cosas inferiores y, siendo única, devuelve todas las cosas a la unidad. Pero no es la cruz de madera que verás yéndole de aquí...“ *(Actos de Juan* XCVIII-XCIX).

Jesucristo, en este párrafo tan poético como revelador, deja bien claro que su cruz no es la de madera, aquella que se ha ido idolatrando desde hace veinte siglos, sino una más real, que trasciende las nociones de espacio y tiempo a las que nos ha condicionado nuestro estado caído. El sentido profundo de la religión cristiana, su originalidad más genuina estriba, a nuestro entender, en la comprensión profunda y la realización del misterio de esta cruz luminosa.

Otros textos, entre ellos la *Epístola de Bernabé* (IX-9) relacionan la cruz con la letra Tau que, en griego tiene esta forma: T. Bernabé comenta un curioso pasaje del *Génesis* haciendo alarde de una perspicacia propia de un kabalista: “Y circuncidó Abraham, de su casa a trescientos dieciocho hombres”. Bernabé destaca que el texto “pone primero los dieciocho y, hecha una pausa, los trescientos”.[4] Esto se debe, según él, a que dieciocho se compone de 1 y que vale 10 y de H, que vale 8, luego: IH (óï õæ) (El nombre de Jesús). La T, que vale 300 representa a la cruz. Por otra parte, el 18 o 14 corresponden, como la Rosa, al aspecto volátil o celeste, mientras que la T, la Cruz o el 300 corresponden al terrestre o fijo.

Así como dijimos que la Rosa busca fijarse, encarnarse, la IH a la que alude Bernabé sería lo que los kabalistas llamarían la Sabiduría, que busca quien la reciba, quien la acoja y la fije. Es la bendición errante que grita a los hombres, pero éstos no la escuchan; no olvidemos la oración hebrea de las 18 Bendiciones. En esto estriba todo el sentido profundo de la hospitalidad, tan importante en las civilizaciones tradicionales.

[4] Recordemos que este autor se basaba en una traducción griega de las Escrituras. Ver Génesis XVII.

Como acabamos de ver en el magnífico pasaje de los *Actos de Juan,* la Cruz es la "fuerza que mantiene todas las cosas fijas"; no sin razón era, entre los alquimistas, el símbolo de la sal, capaz de fijar el rocío celeste. En la Rosa, recordemos su etimología, y la Cruz consiste, pues, todo el secreto de las "Bodas"...

Pero no sólo la Rosa busca a la Cruz... El ser humano, nostálgico de sus orígenes de luz, desea unirse y comulgar con esta *rosa mystica,* y el único camino para llegar a ello es a través de su vida encarnada, de su Cruz. Como afirma un texto musulmán oponiéndose a aquellos que creen ciegamente en una liberación *post mortem;* "¡Oh Amigo!, ten esperanza en él mientras vivas, pues en la vida reside la liberación".

Una de las obras más divertidas y edificantes de la antigüedad, *El Asno de oro o Las Metamorfosis* de Apuleyo nos relatan la historia de un hombre, Lucius, que pasa por una serie de desventuras bajo la forma de un asno, hasta que logra comer una rosa roja, consagrada a Isis. Es la historia de la Caída y de la Redención.

Esta historia sería la mejor explicación del adagio rosacruz: *Per Crucem ad Rosam.* Lucius, como su nombre indica, es la luz prisionera en el ser humano, el hombre interior caído que ha de comulgar con la Rosa para deshacerse de su piel de bestia y recobrar su dignidad perdida. Pero, ¿cuál es el papel del asno? Todo depende de donde nos situemos. Este animal, símbolo de Tifón entre los egipcios, representa al hombre exterior, a la piel de bestia que nos recubre y nos oprime;[5] pero si lo considerarnos desde un punto de vista más elevado, veremos que en su espalda se dibuja la forma de una cruz. Es, pues, a través de él, por horroroso que nos parezca, como podemos llegar hasta Isis y comer la Rosa. Esta "piel de bestia", cruz dolorosa, resultado de la Caída, va a ser, indirectamente, quien nos permita alcanzar la regeneración; por eso hemos de cantar, como lo ha hecho durante muchos siglos la Iglesia: *Felix Culpa* ¡Feliz Culpa!

Aquel que no lleve su cruz y no me siga,
no podrá ser mi discípulo.
Lucas X-28

JULI PERADEJORDI

[5] Ver nuestra introducción al Apocalipsis de Esdrás, obra publicada en esta misma colección. Como Adán y Eva, Lucius peca por curiosidad, pero del mismo modo, tal y como lo afirman varios santos padres, sin Adán, Cristo no habría sido posible, si Lucas no hubiera pecado, nunca habría llegado a comulgar con Isis.

JORNADA PRIMERA

Una noche, algo antes de Pascua,[1] estaba sentado a la mesa y,[2] como tenía por costumbre, conversaba con mi Creador en humilde oración. Ardiente por el deseo de preparar en mi corazón un pan ácimo[3] inmaculado con la ayuda del bienamado cordero Pascual, meditaba profundamente acerca de los enormes secretos que, en su majestad, el padre de la Luz me ha dejado contemplar en tan gran número. De pronto, el viento se puso a soplar con una violencia tal, que pareció que la montaña[4] en la que había excavado mi morada iba a hundirse bajo sus ráfagas.

Sin embargo, como esta tentativa del diablo, que con frecuencia me ha causado muchas penas, no tuvo éxito, proseguí con mi meditación. De pronto sentí que me tocaban en la espalda: me asusté tanto que, aunque al mismo tiempo sintiera un gozo como no puede conocer la flaqueza humana sino en parecidas circunstancias, no me atreví a volverme. Acabé, sin embargo, volviéndome, pues continuaban tirando de mis ropas reiteradamente, vi una mujer de extraordinaria belleza cubierta con un vestido

---

[1] Pascua significa "pasaje", "paso". La Pascua o "Pessaj" es la fiesta más solemne de los hebreos, que la celebraban a la mitad de la luna de marzo, en memoria de la libertad del cautiverio de Egipto. Los cristianos le han dado el mismo nombre el día que celebran en memoria de la Resurrección del Señor, el domingo siguiente al plenilunio posterior al 21 de marzo, o sea al equinoccio de primavera, según lo estipulado en el año 325 en el Concilio de Nicea. La Resurrección de Jesucristo evoca muy claramente el paso de la muerte a la Vida. Christian Rosacruz va a experimentar a partir de ahora un tránsito, un paso de su estado actual a otro que le permitirá asistir a las bodas. Observaremos, más adelante, que le será preciso revestirse de "una ropa de lino blanco".

[2] La expresión "a la mesa" resulta curiosa si observamos que Christian Rosacruz acaba de finalizar sus oraciones. ¿No se trataría de la mesa de trabajo donde "labora" el que antes ha "orado"? Ésta parece ser la mesa delante de la que está el "bateleur" o "Mago" del primer arcano mayor del Tarot.

[3] La expresión "a la mesa" resulta curiosa si observamos que Christian Rosacruz acaba de finalizar sus oraciones. ¿No se trataría de la mesa de trabajo donde "labora" el que antes ha "orado"? Ésta parece ser la mesa delante de la que está el "bateleur" o "Mago" del primer arcano mayor del Tarot.

[4] El simbolismo de la montaña es harto complejo. Participa al mismo tiempo de la idea de elevación. de cima que alcanzar, y de la de "centro", La "Montaña del Centro del Mundo" de la mitología Taoísta, morada de los inmortales, era el lugar donde crecía el melocotonero, cuyos frutos conferían la inmortalidad...
La montaña, uniendo el Cielo y la Tierra, une el inundo divino al de los hombres. Es en el plano que representa donde tienen lugar las hierofanías y las apariciones sobrenaturales. Para los Babilonios, El Jardín de Edén estaba en lo alto de una montaña. La Montaña del Centro del Mundo de los taoístas, el Olimpo griego, el Alborj persa, el Moriah masónico, el Montsalvat del Graal o la Montaña de Qaf musulmana evocan todos la misma realidad.
Entre los antiguos egipcios existía la creencia en la montaña del Amentí, la Montaña de la vida, del renacimiento, cuyo señor era Osiris. Allí se operaba la resurrección de los muertos. La ascensión a la montaña, que casi siempre es santa, era el verdadero camino de los dioses, que conduce a la salida a la luz del día.
Entre los alquimistas existía la creencia de que la materia se encuentra en la montaña. Para algunos, Christian Rosacruz en su montaña sería una manera de evocar a la materia en su mina. En un sueño del alquimista Colleçon podemos leer: "La verdadera materia de la Medicina perfecta, y esta única cosa, se encuentra solamente en esta Montaña, en el fondo de un pozo seco, de donde se extrae con una ágil y liante cuerda de fuego que causa más estragos en el fondo y en todos los lados de este pozo que todas las materias del mundo. No quiero negarte que sea dificultoso penetrar en esta Montaña, a causa de su opacidad, dureza y unión de las partes esenciales..."

azul delicadamente tachonado de estrellas de oro, como el cielo. En su mano derecha llevaba una trompeta[5] de oro en la que pude leer un nombre que luego me prohibieron revelar; en su mano izquierda apretaba un voluminoso paquete de cartas, escritas en todas las lenguas que, como supe después, debía distribuir en todos los países. Tenía unas grandes y hermosas alas cubiertas de ojos; con ellas volaba más rápido que el águila. Hubiera podido ver más cosas, pero como no se quedó junto a mí sino muy poco tiempo y como yo estaba aún aterrorizado y maravillado, no me fijé en nada más. Cuando me giré, buscó en su paquete de cartas y depositó una sobre mi mesa haciendo una profunda reverencia; después me abandonó sin pronunciar palabra. Al alzar el vuelo tocó su trompeta con tanta fuerza que resonó por toda la montaña y yo mismo fui incapaz de escuchar mi propia voz durante casi un cuarto de hora.

No sabiendo qué partido tomar ante tan extraordinaria aventura, caí de rodillas y rogué a mi Creador que me protegiera de todo lo que pudiera ser contrario a mi salvación eterna. Temblando de miedo cogí entonces la carta, y la encontré tan pesada como si toda ella fuera de oro macizo.[6] Examinándola con cuidado, descubrí el sello minúsculo que la cerraba y que contenía una cruz delicada con la inscripción: *In hoc signo ✝ vinces.*[7]

---

[5] Gracias a esta frase nos damos cuenta ya desde las primeras líneas de las *Bodas Alquímicas* del contenido apocalíptico y mesiánico de la obra. Para una mayor comprensión de la escena que aquí nos pinta el autor, será necesario recordar algunos pasajes evangélicos. El temblor de la montaña en la que está situada la morada de Christian Rosacruz, correspondería a "la tribulación de aquellos días" cantada en Mateo XXIV-29, Marcos XIII-24 o Lucas XXI-11. El versículo 31 del mismo capítulo de San Mateo explica que "el Hijo del Hombre enviará sus ángeles con resonante trompeta y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos"; lo mismo ocurre en las *Bodas*.
El tema del nombre que Christian lee en la trompeta, pero que no le está permitido repetir ha sido interpretado de diferentes maneras: para unos se trataría del "Verbum Dimissum", la "Palabra Abandonada" de la Masonería; para otros del nombre de la "materia prima de los alquimistas", aunque personalmente vemos una reminiscencia del misterioso nombre que aparece en el *Apocalipsis* XIX-12 y 13. Pero, ¿no se referirán todos estos nombres al mismo misterio?. Las alas del personaje son para indicar que se trata de un ángel. Por otra parte, la palabra ángel significa literalmente enviado, embajador. Del mismo modo que María recibió en primavera la feliz Anunciación, en esta importante época del año Christian es testigo de una aparición. El ángel femenino que se le aparece bien podría ser una hierofanía de su propia alma, pacientemente purificada a través de la plegaria, dotada de los ojos de la omnisciencia, semejante a la narrada en el *Canto de la Perla*.

[6] Iremos observando, a lo largo de todo el relato de las *Bodas Alquímicas* la importancia del peso. El mismo libro y lo narrado en él tiene también un gran peso, en el sentido de que no se trata de algo irreal, etéreo o fantástico. Todo se refiere a una realidad diferente, a un mundo material distinto al nuestro, en el que el peso y la calidad predominan sobre las apariencias y la cantidad. Es el sentido de la palabra hebrea *kavod = gloria*.

[7] *Por este signo vencerás.* Alusión a la famosa luz vista en sueños por el emperador Constantino, alrededor de la cual aparecieron estas proféticas palabras y que hizo pintar en su lábaro. La cruz es uno de los símbolos más antiguos, apareciendo en todas las tradiciones y religiones, anteriores o no al cristianismo. Recordemos únicamente la cruz ansada de los egipcios. Para los alquimistas, la cruz era uno de los símbolos del crisol; en efecto, *crucibulun,* crisol, procede de la misma raíz que *crux,* cruz. Aparte de muchas otras cosas, la cruz evoca el misterio de la Encarnación. Cristo pudo ser crucificado porque estaba encarnado, gozando de un cuerpo físico. Si la tradición popular nos enseña que el Diablo aborrece las cruces y huye de ellas, es también por esta razón. Su tendencia es separar, desencarnar, y de ningún modo podría soportar la presencia de un símbolo como la cruz, que no sólo evoca el misterio que tanto aborrece,

Cuando vi el signo volví a tomar confianza pues este sello no habría agradado al diablo que, ciertamente, no usaba de él. Abrí, pues, la carta y leí los siguientes versos escritos en letras de oro sobre campo de azur:

Hoy, Hoy, Hoy,
son las bodas del rey;
si has nacido para tomar parte en ellas
elegido por Dios para el gozo,
dirígete a la montaña
que tiene tres templos
a presenciar los acontecimientos.
Ten cuidado contigo,
examínate a ti mismo.
Si no te has purificado con constancia
las bodas te perjudicarán.
Infortunio para quien se retrasa allí abajo.
Que se abstenga quien sea demasiado ligero.[8]

Al pie y como firma: ***Sponsus y Sponsa.***



Leyendo esta epístola a punto estuve de desvanecerme; se me erizaron los cabellos y un sudor frío bañó mi cuerpo. Comprendía que se trataba de las bodas que me habían sido anunciadas siete años antes en una visión; las había esperado y deseado con ardor y había calculado su fecha estudiando minuciosamente los aspectos de mis planetas; pero nunca sospeché que se celebrarían en condiciones tan graves y peligrosas. En efecto, me había imaginado que no tendría más que presentarme a las bodas para ser acogido como huésped bienvenido y he aquí que todo dependía de la elección divina. No estaba muy seguro de encontrarme entre los elegidos; más aún, cuando me examinaba no encontraba en mí sino inteligencia e ignorancia de los

---

sino también prefigura el otro gran Misterio cristiano: la Resurrección. Por otra parte, el verbo "vencer" procede de una raíz que significa unir, vincular. Tal es el sentido de las *Bodas*.

[8] En forma de poema, esta bella carta invita a Christian Rosacruz a las Bodas Alquímicas después de pasar por unas pruebas de purificación y de lustración: la montaña a cuya cima ha de subir es, en el fondo, la misma en cuyo interior habita. Recordemos que la montaña de Qaf de los musulmanes envuelve sutilmente al mundo terrestre. Se trata de la Montaña de la Sabiduría Eterna cuya ascensión comienza a partir de la caverna. Los tres templos que la coronan podrían referirse tanto a las tres cruces del Gólgota, como a la santísima Trinidad o a los tres principios alquímicos, Azufre, Mercurio y Sal. Para el mismo Rosacruz los, tres templos constituyen un enigma que, a pesar de sus esfuerzos, no lograba aclarar en sus meditaciones. De nuevo aparece el tema del peso.

misterios, una ignorancia tal que no era capaz de entender ni el suelo que pisaban mis pies, ni los objetos de mis ocupaciones diarias; con mayor razón aún no debía estar preparado para profundizar y conocer los secretos de la naturaleza. A mi parecer, la naturaleza podría encontrar en cualquier parte un discípulo más preparado a quien confiar sus preciosos tesoros, aunque temporales y perecederos. Igualmente caí en la cuenta de que mi cuerpo, mis costumbres externas y el amor fraterno por mi prójimo, no eran precisamente de una pureza deslumbrante; así, el orgullo de la carne aún se manifestaba por su tendencia a la consideración y a la pompa mundanas y la falta de atención hacia mi prójimo. Estaba todavía constantemente atormentado por el pensamiento de actuar en provecho propio, por construirme palacios, por hacerme un nombre inmortal en el mundo y por otras veleidades de esta índole.

Pero fueron sobre todo las oscuras palabras referentes a los tres templos las que me sumieron en una gran inquietud; mis reflexiones no llegaron a esclarecerlas y tal vez no las hubiera comprendido nunca si no me hubiera sido otorgada la clave de una fórmula maravillosa. Dudando entre el temor y la esperanza, pesaba los pros y los contras sin llegar a constatar más que mi impotencia y mi flaqueza. Sintiéndome incapaz de tomar una decisión, temeroso ante esta invitación, traté de hallar una solución por mi camino habitual, el más seguro; me abandoné al sueño tras una oración intensa y ardiente,[9] en la esperanza de que mi ángel quisiera aparecérseme, con el permiso divino, para poner fin a mis dudas como ya me había ocurrido algunas veces. Y una vez más así fue, alabado sea Dios, para mi bien y para ejemplo y enmienda de mi prójimo.

Apenas me hube dormido, me pareció estar acostado en una torre sombría junto a una multitud de otros hombres; en ella, atados a pesadas cadenas, bullíamos como abejas sin luz, incluso sin el menor resplandor, lo que agravaba más nuestra aflicción. Ninguno de nosotros podía ver nada y, no obstante, oía a mis compañeros que se peleaban continuamente los unos con los otros porque la cadena de uno era quizás un poco más ligera que la de otro, sin considerar que no había razón para despreciarse, pues todos no éramos sino pobres idiotas.[10]

Tras padecer este dolor durante mucho tiempo, tratándonos recíprocamente de ciegos y de idiotas, oímos finalmente sonar numerosas trompetas y redoblar tambores, lo que nos sirvió de regocijo y apaciguamiento en nuestra cruz. Mientras escuchábamos, se levantó el techo de la torre y un poco de luz llegó hasta nosotros. Entonces se nos pudo ver cayendo los unos sobre los otros, pues todo el mundo se agitaba en desorden de manera que el que antes estaba arriba, ahora se encontraba abajo. En cuanto a mí, tampoco permanecí inactivo, sino que me deslicé entre mis compañeros y, a pesar de mis fatigantes ataduras, trepé a una roca, aunque también allí fui atacado por los otros, a los que respondí defendiéndome lo mejor que pude, con mis manos y mis pies.

---

9 El autor nos enseña aquí una técnica oculta sumamente importante. ¡Que el que pueda entender, entienda!

10 ¡Magnífica evocación del tragicómico estado del hombre caído!

Cuando los señores que nos miraban desde arriba por el agujero de la torre se hubieron divertido un poco con la agitación y los gemidos, un viejo canoso nos ordenó que nos calláramos, y cuando se hizo el silencio habló en los siguientes términos, si la memoria no me falla:

Si el pobre género humano
quisiera dejar de rebelarse,
recibiría bienes incontables
de una madre verdadera,
pero como se niega a obedecer,
permanece con sus inquietudes
y permanece prisionero.
Pese a todo, mi querida madre no desea
guardarle rencor por su desobediencia;
y permite que sus preciosos bienes
salgan a la luz con bastante frecuencia;
aunque los alcancen muy raramente
para que se les aprecie,
pues si no serían tomados como fábulas.
Por ello, en honor de la fiesta
que celebramos hoy,
para que se le den gracias más frecuentemente,
quiere hacer una buena obra.
Se hará bajar la cuerda;
quien se cuelgue de ella
hallará la libertad.

Apenas acabó este discurso cuando la vieja dama ordenó a sus servidores que lanzaran siete veces la cuerda al interior de la torre y que la subieran con los que hubieran podido asirla.¡Dios mío! Lástima que no pueda describir con mayor fuerza la angustia que se apoderó entonces de nosotros, ya que todos intentábamos apoderarnos de ella obstaculizándonos mutuamente por esa misma razón. Pasaron siete minutos, después sonó una campanilla; a dicha señal los servidores subieron la cuerda con cuatro de nosotros.[11] En estos momentos yo estaba bien lejos de poder alcanzarla pues, para mi desgracia, y como ya he dicho, me hallaba subido en una roca adosada al muro de la torre desde lo cual no se podía coger la cuerda que bajaba por el centro.

La cuerda fue tendida una segunda vez; pero muchos teníamos cadenas demasiado pesadas y manos muy delicadas para sujetarnos a ella y, al caer, arrastrábamos a otros que quizá se hubieran mantenido. Y éramos tan envidiosos en nuestra miseria que hubo quien, no pudiendo cogerla, arrancaba de ella a los demás.

---

[11] El cuatro parece ser una constante. Según el *Talmud* “Cuatro sabios penetraron en el Paraíso ...”

En cinco idas y venidas muy pocos se liberaron, pues ocurría que cuando sonaba la señal, los servidores se llevaban la cuerda con tal rapidez que la mayoría de los que la habían cogido caían unos sobre otros. La quinta vez subió completamente vacía, por lo que muchos de nosotros, entre ellos yo, perdíamos las esperanzas de vernos libres; imploramos, pues, a Dios para que tuviera piedad de nosotros y nos sacara de estas tinieblas ya que las circunstancias eran propicias; algunos fuimos escuchados.

Como la cuerda se balanceaba cuando la retiraban, pasó delante de mí, quizá por la voluntad divina; la cogí al vuelo agarrándome a ella por encima de todos los demás; y así fue como, contra toda esperanza, salí de allí. Fue tan grande mi alegría[12] que ni sentí las heridas que una piedra aguda me hizo en la cabeza mientras subía; sólo me di cuenta cuando tuve que ayudar a los otros liberados a retirar la cuerda por séptima y última vez. Entonces, y debido al esfuerzo que hice, la sangre se esparció por todas mis vestiduras sin que, en mi alegría me diera ni cuenta.[13]

Tras la última estirada, que traía un mayor número de prisioneros, la dama encargó a su viejísimo hijo (cuya edad me sorprendía enormemente) que exhortara al resto de los prisioneros que aún quedaban en la torre. Tras una breve reflexión, éste tomó la palabra de la siguiente manera:

Queridos hijos
que ahí abajo estáis,
se ha terminado
lo que hace largo tiempo estaba previsto.
Lo que la gracia de mi madre
le concedió a vuestros hermanos,
no lo envidiéis.
Pronto vendrán tiempos felices
en los que todos serán iguales;
no habrá más pobres ni ricos.
Aquel a quien se ha pedido mucho
deberá dar mucho.
Aquel a quien se ha confiado mucho
deberá rendir cuentas estrictas.
Que acaben, pues, vuestras amargas quejas,
¿qué son estos pocos días?

---

[12] Esta alegría se ve perfectamente expresada en el Arcano XVI del Tarot de Marsella, la "Maison Dieu", incorrectamente traducido por "La Torre de la Destrucción". Los dos personajes que en él aparecen están bailando de alegría. Se trata, en realidad. de la "Casa de Dios", del "Betel" de los hebreos, que corresponde a la "Puerta del Cielo". En Astrología, el signo de Cáncer recibe el nombre de "Puerta del Cielo". En medio de este signo está la estrella fija Sirio, que los egipcios identificaban a Isis. El arcano XVII del Tarot, el que sigue a la "Casa de Dios" corresponde a Isis, que bien podría ser la Dama que aparece en esta escena. Nos hemos referido a este Arcano en nuestra Introducción. Ver también Génesis XXVIII-17.
El tema de la salida de un pozo o de una fosa gracias a una o varias cuerdas es corriente en la Kabala. Ver a este respecto el Zohar I-112 b y el *Quijote.* segunda parte. cap. XXIII.

[13] Y sin que nos demos cuenta, he aquí el momento principal de la iniciación de nuestro personaje.

Cuando hubo acabado, fue colocado el techo de nuevo sobre la torre. Resonaron trompetas y tambores pero el esplendor de su sonido no logró silenciar los gemidos de los prisioneros que se dirigían a todos los que estaban fuera, lo que me hizo llorar.

La anciana dama se sentó junto a su hijo en el lugar dispuesto para ella e hizo contar a los que habíamos sido liberados. Cuando conoció el número y lo inscribió en una tablilla de oro, preguntó el nombre de cada cual, que fue anotado por un paje. A continuación nos miró, suspiró y dijo a su hijo (yo lo oía muy bien): "¡Ay!.. cómo compadezco a los pobres hombres de la torre; ojalá Dios me permita liberarlos a todos". El hijo respondió: "Madre, Dios lo ha ordenado así y no debemos desobedecerle. Si todos fuéramos señores y poseyéramos los bienes de la Tierra, ¿quién nos serviría cuando estuviéramos en la mesa?". Su madre no respondió nada.

Un momento después, dijo: "Libertad a éstos de sus cadenas". Lo hicieron con rapidez pero a mí me tocó ser de los últimos. Habiéndome fijado primero en cómo se comportaban mis compañeros, no pude resistirme a inclinarme ante la anciana dama y dar gracias a Dios quien, a través de ella, había tenido a bien en su gracia paternal, sacarme de las tinieblas a la luz. Los demás siguieron mi ejemplo y la dama se inclinó.

Cada cual recibió como viático una medalla conmemorativa de oro; había en el anverso una efigie del sol naciente y, en el reverso, si la memoria no me falla, tres letras: D. L. S.[14]

Luego nos despidieron exhortándonos a que sirviéramos al prójimo para gloria de Dios y a que mantuviéramos en secreto lo que nos había sido confiado; lo prometimos y nos separamos.

Yo no podía andar bien por culpa de las heridas[15] **que me habían hecho las argollas que habían aprisionado mis pies, y cojeaba de ambas piernas. La anciana dama se dio cuenta, se rió, me llamó y me dijo: "Hijo mío, no te entristezcas por esta enfermedad, recuerda tus flaquezas y da gracias a Dios por permitirte llegar a esa luz elevada pese a tu imperfección, mientras que aún vives en este mundo, sopórtalas en memoria mía".**

En este momento sonaron repentinamente las trompetas y me sobresalté tanto que desperté. Sólo entonces comprendí que había soñado. No obstante, este sueño me impresionó tanto que todavía hoy me inquieta e incluso me parece sentir las llagas en mis pies.

---

[14] Estas siglas podrían significar *Deus Lux Solis,* Dios, luz del Sol o *Deus Laus Semper,* loado sea siempre Dios.

15 Christian Rosacruz cojea porque es imperfecto: sin la gracia divina el hombre está cojo y no puede penetrar en el jardín de la Sabiduría, como indica la lámina XXVII de la "Atalanta Fugiens" de Miguel Maier.

Fuera como fuera, comprendí que Dios me permitía asistir a unas bodas ocultas y por ello le di gracias, en su divina majestad, en mi piedad filial, y le rogué que conservara en mí siempre su temor, que llenara día a día mi corazón de sabiduría y de inteligencia y que, a pesar de mis escasos méritos, me llevara con su gracia al fin deseado.

Después me preparé para el viaje; me puse mi ropa de lino blanco y me ceñí una cinta de color rojo sangre dispuesta en cruz que pasaba por mis hombros. Até cuatro rosas rojas[16] en mi sombrero, en la seguridad de que todas estas señales iban a servir para que se me distinguiera enseguida entre la multitud. Me alimenté con pan, sal y agua, y posteriormente, siguiendo los consejos de un sabio, me serví útilmente de ellos en varias ocasiones.

Pero antes de salir de la caverna, listo para la marcha y vestido con mi ropa nupcial, me arrodillé y rogué a Dios que permitiera que todo lo que iba a ocurrir sucediera para mi bien; después, le prometí servirme de las revelaciones que me pudieran ser hechas para extender Su nombre y para el bien de mis prójimos, pero no para alcanzar honores y una consideración banal. Una vez formulado este voto, salí de la celda lleno de alegría y también de esperanza.

[16] Las cuatro rosas nos recuerdan a los cuatro elementos, mientras que el pan, la sal y el agua podrían corresponder a los tres principios alquímicos.

JORNADA SEGUNDA

Al entrar en el bosque[1] me pareció que el cielo entero y todos los elementos ya se habían engalanado para las bodas;[2] los pájaros cantaban agradablemente y contemplé a los cervatillos saltar con tanta gracia que alegraron mi corazón y me incitaron a cantar. Por lo que canté en voz alta:

Sé feliz, amado pajarito,
que tu canto claro y fino
alabe a tu creador.
Poderoso es tu Dios,
te prepara el alimento
y te lo da en el momento en que te hace falta,
quédate, pues, satisfecho.

¿Por qué estarías triste,
por qué te irritarías contra Dios
porque te hizo pajarito?
¿Por qué razonar en tu pequeña cabeza
a causa de que no te hizo hombre?
Oh, calla; él lo ha meditado profundamente,
quédate, pues, satisfecho.

¿Qué haría yo, pobre gusano,
si quisiera discutir con Dios?
¿Trataría de forzar la entrada del cielo
para arrebatar el gran arte con violencia?[3]

---

[1] El simbolismo del bosque aparece con frecuencia en los cuentos, mitos y leyendas populares. Se lo ha comparado a menudo al Templo, ya que los druidas celebraban sus cultos en los claros de los bosques. La palabra latina *nemus*, bosque, dehesa, selva, está asociada etimológicamente a Nemí, bosque mitológico en medio del cual había un lago llamado "el espejo de Diana" *(Lacus Nemorensis).* Sin embargo, el bosque, como el mar, parece evocar más bien algo que el buscador ha de atravesar para llegar al claro donde encontrará el lago o la Isla, todos ellos símbolos del espejo que, en realidad. es a su vez un símbolo del Hombre en su pureza original.
El lector al que interese este misterio se dirigirá con provecho a la *Divina Comedia* de Dante, especialmente al primer canto, en el que se hace alusión a este "bosque oscuro". El contenido profundamente simbólico y escatológico de esta obra ampliará sin duda su comprensión del de las "Bodas Alquímicas".

[2] Puede parecer extraño que "el cielo entero se engalane" para las Bodas. Pero, ¿no se trata de las eternas Bodas del Cielo y de la Tierra? ¿No son todas las "Bodas Alquímicas" el relato simbólico de la hierogamia que une "lo que está arriba" con "lo que está abajo"?

[3] Todos los alquimistas coinciden, y no se cansan de repetirlo, en que su Arte es "un don de Dios". El Gran Arte no se puede, pues, arrebatar con violencia. No se puede forzar la Entrada del Cielo; como indica el Evangelio, el hombre debe llamar a la puerta (ver Marco VII-7); es el papel de la oración, del "ora" que, necesariamente, ha de preceder al "labora", pues sólo se puede laborar cuando se ha obtenido el "Don de Dios". No olvidemos que el relato de las *Bodas Alquímicas* comienza justo cuando Christian Rosacruz ha acabado sus oraciones.

Dios no se deja influenciar.
Que el indigno se abstenga.
Hombre, quédate satisfecho.
No te ofendas si no te ha hecho emperador,
tal vez hubieras olvidado su nombre
y sólo eso le preocupa.
Los ojos de Dios son clarividentes.
Ve en lo más hondo de tu corazón[4]
Así que no le engañarás.

Y mi canto, brotando del fondo de mi corazón, se expandió a través del bosque resonando por doquier. Las montañas me repitieron las últimas palabras cuando al salir de él entré en un bellísimo prado. Allí se entrelazaban tres preciosos cedros[5] **cuyas largas ramas proporcionaban una sombra soberbia. Aunque no había andado mucho, quise disfrutar de ella enseguida pues me encontraba agotado por el ardor de mi deseo; de modo que corrí a los árboles para reposar un poco.**

Pero al aproximarme, vi un cartel fijado en uno de ellos en el que, con trazos elegantes leí el siguiente escrito:

"Salud, extranjero: acaso has oído hablar de las Bodas del Rey; si así fuere sopesa exactamente estas palabras. A través nuestro, la Novia te ofrece cuatro caminos para elegir por todos los cuales podrás llegar al Palacio del Rey[6] **siempre que no te apartes de su vía. El primero es breve pero peligroso, atraviesa varios obstáculos que sólo podrás evitar con muchísimo trabajo; el otro, más largo, los bordea, es llano y fácil si ayudándote con el imán no te desvías ni a la izquierda ni a la derecha. El tercero es ciertamente la vía real: algunos placeres y espectáculos de nuestro Rey hacen tu camino agradable. Pero apenas uno de entre mil llegan por él al objetivo. Sin embargo, por el cuarto ningún hombre puede llegar al Palacio del Rey**[7] **por ser**

---

[4] Dios no juzga nunca por las apariencias. sino por la intención profunda de los actos humanos. Ver Proverbios XXI-2 y Lucas XVI-15.

[5] Estos tres bellísimos cedros podrían designar a la Santísima Trinidad. En la tradición hebrea, el cedro simboliza la fuerza divina y la inmortalidad, ya que sus hojas están siempre verdes. En algunos pasajes de la Biblia designa a la fe firme y fiel. Ver Salmos XCII-13 a 15. Podrían corresponder también a los tres ángeles y su sombra a su bendición.

[6] La sombra es una de las imágenes más usuales de la bendición. Si el árbol. que en este caso sería el cedro, designa al profeta (ver Salmos I-3 y Jeremías XVII-8 o Mateo VII-25 a 30), la sombra es su bendición. La bendición confiere un cobijo o una virtud que son el comienzo de una nueva generación. Las palabras de Gabriel a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas I-35) y un conocido refrán del *Quijote* ("Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija") ilustran este mismo misterio.

[7] Los cuatro caminos que se le ofrecen a Christian Rosacruz coinciden con los cuatro sentidos de la Escritura. No podemos desarrollar aquí como se merece este apasionante tema exegético. (El lector inquieto se dirigirá a los números 2 y 4 de la revista "Le Fil d'Arianne", 11. rue Des Combattants; 5865 Walhain-St. Paul, Bélgica). Sólo recordaremos la célebre doctrina kabalística del Pardes, el Paraíso. Las cuatro letras que componen esta palabra y que indican cuatro niveles de interpretación de la Escritura

impracticable, pues consume y sólo conviene a los cuerpos incorruptibles. Escoge, pues, de estos tres caminos el que mejor te parezca y síguelo con tenacidad. Debes saber, también, que sea cual fuere el que escojas, en virtud de un destino inalterable, no podrás renunciar a tu decisión y volverte atrás sin que tu vida peligre en grado sumo.

"Esto es lo que debes saber. Pero tampoco debes ignorar que llegarás a deplorar haber hecho esta elección llena de peligros. Efectivamente, si debes ser culpable del más pequeño delito contra las leyes de nuestro Rey, te ruego, ahora que aún puedes, que regreses a tu casa con la máxima rapidez por el mismo camino que has seguido para llegar aquí."

Mi alegría se esfumó al acabar de leer la inscripción; y tras haber cantado con tanta alegría me puse a llorar con gran desconsuelo pues veía nítidamente los tres caminos ante mí. Sabía que podía elegir uno, pero si escogía el de piedras y rocas corría el riesgo de matarme del modo más miserable por una caída; si escogía el camino largo podía perderme en los cruces o permanecer en él por cualquier otra razón siendo el viaje tan largo. Tampoco osaba esperar que, entre mil, fuera precisamente yo quien pudiera escoger la vía real. Ante mí también se abría el cuarto camino, pero tan lleno de fuego y vapor que no podía ni siquiera aproximarme a él.

En esta duda reflexionaba si no sería mejor renunciar al viaje. Por un lado, consideraba mi indignidad, mas por otro lado me consolaba la esperanza al recordar la liberación de la torre, sin que, no obstante, pudiera confiar en ella de una manera total. Vacilaba aún sobre qué resolución tomar cuando mi cuerpo, fatigado, reclamó alimento. Así, pues, cogí el pan y lo partí. En aquel momento, una paloma,[8] blanca como la nieve, posada en un árbol y cuya presencia no había advertido hasta aquel momento, me vio y descendió: tal vez estaba habituada. Se aproximó lentamente a mí y le ofrecí compartir la comida; la paloma aceptó y eso me permitió admirar detenidamente su belleza.

Pero nos vio un cuervo negro,[9] su enemigo, que se abatió sobre la paloma para apoderarse de su parte de comida sin prestar la menor atención a mi presencia. La

---

corresponden a los cuatro caminos. Moisés de León, el autor presumible del Zohar, afirmaba en su *Libro sobre el alma inteligente,* escrito en 1290, que "había escrito, con el título de *Pardes*, un libro sobre el misterio de los cuatro caminos... " para demostrar que "todos los relatos y hechos narrados en la Biblia se refieren místicamente a la vida eterna". Existe también una relación que tampoco podemos desarrollar aquí entre estos cuatro caminos y las cuatro puertas del Zodíaco.

[8] La paloma es siempre un buen presagio; su simbolismo es muy complejo. En algunas ocasiones, dentro del cristianismo, representa al Espíritu Santo; en general, simboliza la pureza, la gracia y la simplicidad. En algunos textos se refiere al alma pura. Prudencio relata que, al morir Santa Eulalia mártir, "una paloma más blanca que la nieve salió de ella y voló hasta el cielo". Su color blanco evoca la luz y sus alas la capacidad de volar; por ello, para algunos alquimistas, este animal era el símbolo de la parte volátil de la materia de los Sabios. Dar de comer a la paloma es, en cierto modo, fijar el Espíritu Santo.

[9] El cuervo aparece aquí como el principio contrario y el enemigo de la paloma. Este animal, tanto por su color característico como por su sistema de alimentación, evoca a las tinieblas y a la muerte. Ambos pájaros son alegorías usuales de Cristo y el Diablo. La paloma es también el pájaro de Venus (ver *Eneida* VI-190 y ss). Sin embargo, es curioso observar que a Diana se le asociaban dos palomas (Ver Ireneo

paloma no pudo hacer otra cosa que huir y ambos volaron hacia el sur. Me enojé y disgusté tanto que perseguí de manera atolondrada al insolente cuervo y corrí así, sin darme cuenta, un buen trecho en aquella dirección; asusté al cuervo y liberé a la paloma.

Sólo en ese momento caí en la cuenta de que había actuado irreflexivamente; me había adentrado por un camino del que en adelante me estaba prohibido salir a riesgo de un severo castigo. Hubiera llegado a consolarme de no lamentar haber olvidado el zurrón y el pan bajo el árbol sin que me fuera dado regresar para recogerlos: cada vez que quería girarme el viento me azotaba con tanta fuerza que me derribaba; si seguía hacia delante no sentía el vendaval. Entonces comprendí que oponerme al viento significaba perder la vida.

Continué el camino llevando mi cruz con resignación y, como la suerte estaba echada, decidí hacer cuanto pudiera para llegar a su final antes de que se hiciera de noche. Hallé muchos falsos caminos pero los pude evitar gracias a mi brújula[10] sin abandonar el meridiano ni un paso, aunque a veces el camino eran tan áspero y poco practicable que me parecía haberme perdido. Mientras andaba pensaba continuamente en la paloma y en el cuervo sin llegar a comprender su significado.

Finalmente, divisé, a lo lejos, en la cresta de una alta montaña, un espléndido pórtico; a pesar de que estaba aún muy lejos, me apresuré hacia él porque el sol acababa de posarse tras un monte sin que, ni aún de lejos, hubiera visto ciudad alguna. Atribuyo únicamente a Dios este descubrimiento, pues bien hubiera podido continuar mi camino sin abrirme los ojos, porque fácilmente hubiera podido pasar de largo sin verlo.

Me aproximé, pues, a él con la mayor premura y cuando llegué, las últimas luces del crepúsculo todavía me permitieron vislumbrar el conjunto.

Se trataba de un *Pórtico Real* admirable, lleno de esculturas que representaban espejismos y maravillosos objetos de los que algunos tenían un significado especial como supe más adelante. En lo más alto, el frontis lucía esta inscripción:

¡LEJOS DE AQUÍ, ALEJAOS, PROFANOS![11]

y otras inscripciones de las que severamente se me ha prohibido hablar.

Filaleteo, La *Entrada Abierta al Palacio Cerrado del Rey,* pág. 63, nota 4) y que en la figura XII del *Splendor Solis* de Salomón Trimosin encontramos dentro del matraz a dos palomas blancas luchando con un cuervo negro.

[10] Christian no quiere abandonar el meridiano ni de un paso. Esto nos revela que se dirige hacia el sur, acaso hacia aquel Sol cuya representación aparecía en la medalla conmemorativa que recibe en la primera jornada (ver nota 14).

[11] *Procul binc, procul ite prophani.* ¡Lejos de aquí, alejaos profanos!. De nuevo aquí nuestro autor se inspira en Virgilio (ver *Eneida* VI-250).

Al llegar al pórtico, salió a mi encuentro un desconocido luciendo una ropa azul cielo. Lo saludé amistosamente y me correspondió del mismo modo pidiéndome acto seguido mi invitación. ¡Oh!, qué alegría me dio haberla llevado conmigo, pues fácilmente hubiera podido olvidarla cosa que, según él, les había sucedido a otros.

Se la enseñé enseguida y no sólo se mostró satisfecho sino que, con gran sorpresa por mi parte, se inclinó ante mí y me dijo: "Ven, querido hermano, eres mi huésped bienvenido". A continuación me pidió que le dijese mi nombre y le respondí que era el hermano de la *Rosa-Cruz Roja* por lo que manifestó una agradable sorpresa. Luego me preguntó: "Hermano, ¿no has traído con qué comprar una insignia?" Le contesté que mi fortuna era escasa, pero que le ofrecía gustosamente lo que pudiera agradarle de los objetos que poseía. Me pidió mi cantimplora de agua que le regalé y a cambio me dio una insignia de oro que sólo llevaba grabadas dos letras: S. C.[12] Me exhortó a que me acordara de él por si pudiera serme útil. A petición mía me informó del número de invitados que habían entrado antes que yo. Finalmente me dio una carta sellada para el siguiente guardián.

Mientras estaba entretenido hablando con él cayó la noche; en la puerta encendieron un gran farol que servía de orientación para los que aún estaban en camino. Éste, que conducía al castillo, discurría entre dos muros y estaba bordeado por hermosos árboles frutales. Cada tres árboles habían colgado un farol a ambas orillas y una bellísima virgen tocada con un vestido azul encendía todas aquellas luces con una preciosa antorcha. Tal vez me entretuve más de lo debido en admirar aquel espectáculo de tan perfecta belleza.

Por fin acabó la charla y tras haber recibido las instrucciones adecuadas me despedí del primer guardián. Mientras caminaba me vino el vehemente deseo de saber qué contenía la carta, pero como no sospechaba ninguna mala intención del guardián, resistí a la tentación.

De este modo llegué a la segunda puerta que era casi idéntica a la primera; sólo difería en las esculturas y los símbolos secretos. Sobre el frontis se leía:

DAD Y OS SERÁ DADO[13]

Un feroz león encadenado bajo la puerta se irguió al verme e intentó saltar hacia mí rugiendo, de modo que despertó al segundo guardián que estaba acostado sobre una losa de mármol. Expulsó al león, cogió la carta que, tembloroso, le tendía, y me dijo mientras hacía una profunda reverencia: "Bienvenido es en Dios el hombre al que deseaba ver desde hace tanto tiempo". A continuación me mostró una insignia y me

---

[12] Estas siglas han recibido varias interpretaciones.
Servus Christii: Siervo de Cristo; *Santitate Constantia:* Santidad, Constancia; *Sponsus Carus:* Esposo Querido; *Spes Charitas:* Esperanza, Caridad.

[13] Ver Lucas VI-38.

preguntó si podía cambiarla. Como sólo me quedaba la sal se la ofrecí y la aceptó dándome las gracias. Esta nueva insignia tenía también sólo dos letras: S.M.[14]

Cuando me disponía a conversar asimismo con él tocaron las trompetas en el castillo y entonces el guardián me apremió a que corriera con toda la ligereza de mis piernas, ya que de otro modo mi trabajo y mis esfuerzos serían en vano ya que empezaban a apagarse todas las luces arriba. Me puse a correr de inmediato sin saludar siquiera al guardián, pues temía, no sin razón, llegar demasiado tarde.

Y efectivamente, aunque mi carrera era rápida, la virgen ya me alcanzaba y tras ella se iban apagando todas las luces. No hubiera podido seguir por el buen camino si ella no hubiera hecho llegar hasta mí un resplandor de su antorcha. En fin, acuciado por la angustia, conseguí entrar justo detrás de ella y en aquel mismo instante se cerraron las puertas con tal brusquedad que en ellas quedó asido el borde de mi vestido y allí tuve que dejarlo porque ni yo ni los que llamaban desde fuera pudimos lograr que el guardián de la puerta abriera de nuevo, excusándose en que había entregado las llaves a la virgen quien, según él, se las había llevado al patio.

Me volví para examinar la puerta: era una obra maestra digna de admiración y en el mundo entero no había otra que se le igualase. A cada lado de la puerta se alzaban dos columnas: una de ellas llevaba una estatua sonriente con la inscripción:

CONGRATULO[15]

En la otra, la estatua ocultaba su cara con tristeza y debajo se leía:

CONDOLEO[16]

Para abreviar diré que se veían imágenes y sentencias tan arcanas y misteriosas que los más sabios de la Tierra no hubiesen podido explicarlas. Mas, si Dios lo permite, pronto las describiré y explicaré.

Al atravesar la puerta tuve que decir mi nombre, que inscribieron al final del pergamino destinado al futuro esposo. Sólo entonces me fue entregada la verdadera

---

[14] Estas siglas misteriosas han sido también objeto de diferentes interpretaciones. *Studio Merentes:* Ocupación merecedora; Sponsus *Mittendus:* Esposo enviado. *Sal Mineralis:* Sal Mineral; *Sal menstrualis:* Sal menstrual. *Satan Musat:* Satán inspira; *Servus Mariæ* Siervos de María.
Ver la inscripción que aparece en el carro del Arcano VII del Tarot de Marsella.

[15] *Congratulo:* Felicito.

[16] *Condoleo:* Compadezco.
"Felicito" y "Compadezco" evocan las dos columnas del Templo: Boaz y loaquín. Boaz, pasiva, femenina, aérea corresponde a la Luna. Ioaquín, activa, masculina, ígnea corresponde al Sol. Estas dos columnas representan también a los dos aspectos de Dios según la Kabala, el "Dios, de Rigot", y el "Dios de Misericordia".

insignia de invitado: era algo más pequeña que las otras, pero mucho más pesada. Llevaba grabadas las siguientes letras: S. P. N.[17]

Seguidamente me calzaron unos zapatos nuevos pues todo el suelo del castillo estaba enlosado con mármol blanco. Como me agradaba dar mis zapatos viejos a uno de los pobres que, con compostura, frecuentemente se sentaban bajo la puerta, los regalé a un anciano.

Poco después, dos pajes portadores de antorchas me condujeron a una cámara rogándome que descansara en un banco, lo que hice mientras ellos depositaban las antorchas en dos agujeros abiertos en el suelo. Luego se marcharon dejándome solo.

De pronto oí a mi alrededor un ruido sin causa aparente y he aquí que varios hombres me cogieron a la vez; como no los podía ver me vi forzado a dejarlos hacer a su aire. No tardé en darme cuenta de que eran peluqueros; les rogué que no me zarandearan de aquel modo y declaré que me prestaría a lo que quisieran. Recobré la libertad de movimientos y uno de ellos, al que seguía sin poder ver, me cortó con destreza el pelo de la parte de la coronilla, respetando, no obstante, las largas mechas, canosas ya por la edad, de la frente y las sienes.[18]

Confieso que, al principio, estuve a punto de perder el sentido, pues al sentirme zarandeado tan terriblemente creí que Dios me había abandonado pos causa de mi temeridad.

Por fin, los peluqueros invisibles recogieron con cuidado los cabellos cortados y se los llevaron, entonces regresaron los dos pajes, quienes se rieron de mi terror. Pero apenas habían abierto la boca cuando sonó una campanilla y me dijeron que era para reunir a la asamblea.

A través de infinitos pasillos, puertas y escaleras, los pajes, con sus antorchas, me precedieron para conducirme a la gran sala. Una multitud de invitados se apretujaba en aquella sala. En ella podían verse emperadores, reyes, príncipes y señores, así como nobles y plebeyos, ricos y pobres y gentes de toda condición. Pensando en mí, quedé sorprendido. "¡Ah! ¡Bien loco estoy! ¿Porqué me he atormentado tanto con este viaje? Aquí hay compañeros a los que conozco bien y a los que nunca he apreciado; aquí están todos y yo, con todas mis súplicas y ruegos, he llegado el último y todavía a duras penas!"

Sin duda fue el diablo quien me inspiró estos pensamientos y muchos más, a pesar de mis esfuerzos por rechazarlos.

---

[17] . *Salus per Naturam:* La salvación por la Naturaleza.
Sponsi praestandum nuptiis: Ofrecido a las nupcias del novio.
[18] Con lo cual nuestro personaje es tonsurado, o sea, que es liberado del pelo que cubría su Sahasrura Chakra.

Quienes me conocían me llamaban de todos lados: "Hermano Rosacruz, ¿de modo que tú también has llegado?" "Sí, hermanos -respondí-, la gracia de Dios me ha permitido entrar". Se rieron de mi respuesta y encontraron ridículo que mencionara a Dios por una cosa tan simple. Cuando interrogaba a todos sobre el camino que habían seguido -algunos tuvieron que bajar por las rocas-, unas trompetas invisibles anunciaron la hora de la comida. Cada cual se colocó según la jerarquía a que tenía derecho y lo hicieron tan bien que yo y otros pobres apenas si encontramos un sitio en la última mesa.

Entonces aparecieron los dos pajes, uno de los cuales recitó oraciones tan admirables que al oírlas se me alegró el corazón. Sin embargo, algunos de los grandes señores no sólo no prestaron la menor atención sino que se reían entre ellos, hacían muecas, mordisqueaban sus sombreros y se divertían con otras bromas semejantes.

Después sirvieron. Aunque no pudimos ver a nadie hacerlo, los platos estaban tan bien servidos que me pareció que cada invitado tenía un criado particular.

Cuanto todos estuvieron hartos y el vino hizo desaparecer la vergüenza de sus corazones, cada cual se ufanaba presumiendo de su poder. El uno hablaba de probar esto, el otro aquello y los más necios eran quienes gritaban con mayor fuerza. Todavía hoy no puedo dejar de irritarme al recordar los actos sobrenaturales e imposibles que oí mencionar. Para finalizar, intercambiaron los asientos. Aquí y allá un cortesano se deslizaba entre dos señores y entonces éstos ideaban actos de tal envergadura que se hubiera precisado de la fuerza de Sansón o de Hércules para llevarlos a cabo; uno quería librar a Atlas de su peso, otro hablaba de sacar al *Cerbero* tricéfalo de los infiernos;[19] resumiendo, cada cual divagaba a su manera. La locura de los grandes señores llegaba a tal grado que acababan creyendo sus propios embustes y la audacia de los malvados rayó en lo infinito; de tal modo, que no prestaron ninguna atención a los golpes que como advertencia se les dio en los dedos. Cuando uno se jactó de haberse apoderado de una cadena de oro, los demás siguieron sus pasos. Vi a uno que pretendía oír zumbar los cielos, otro podía ver las *Ideas Platónicas;* un tercero quería contar los Átomos *de Democrito* y no pocos eran conocedores del movimiento perpetuo.

Según me pareció varios poseían una inteligencia despierta, mas, para su desgracia, tenían una opinión demasiado buena de sí mismos. Para finalizar, había uno que intentaba, lisa y simplemente, convencernos de que podía ver a los criados que nos atendían. Y habría discutido largamente sobre esto de no ser que uno de estos servidores invisibles le propinó un bofetón en su embustera boca, de modo que, no sólo él, sino varios de sus vecinos, quedaron mudos como ratones.

---

[19] Perro de tres cabezas que, según la Mitología griega, se encuentra en la entrada de los infiernos. Se lo ha equiparado al Savari de los hindúes, dios que personifica las tinieblas. El último de los trabajos de Hércules consistió en descender a los Infiernos para raptar a Cerbero. Pudo hacerlo gracias a la ayuda de Hermes y Atena.

Mas para gran satisfacción mía, todos a quienes estimaba guardaban silencio en medio de aquel bullicio; se guardaban muy mucho de elevar la voz, pues se consideraban torpes, incapaces de penetrar los secretos de la naturaleza de los que, por añadidura, se creían del todo indignos. Por culpa del tumulto, casi hubiera maldecido el día en que llegué a tal lugar, pues veía que los malvados y los ligeros eran colmados de honores en tanto yo ni tan sólo podía estar tranquilo en mi humilde sitio: efectivamente, uno de aquellos canallas se burlaba de mí tachándome de loco incurable.

Como todavía ignoraba que hubiese una puerta que teníamos que atravesar pensé que permanecería así, víctima de las burlas y del desprecio, todo el tiempo que durasen las bodas; no obstante, no imaginaba valer tan poco a los ojos del novio y de la novia y estimaba que podrían haber encontrado otro para hacer de bufón en sus bodas. Pero, ¡ay!, esta falta de resignación a las desigualdades del mundo que empuja a los corazones simples, esta impaciencia fue la que mi sueño me había mostrado bajo el símbolo de la cojera.

El griterío aumentaba cada vez más. Algunos ya querían darnos por ciertas visiones completamente inventadas y vivencias a toda evidencia falsas.

Por el contrario, mi vecino era un hombre muy sosegado y de buenos modales. Luego de hablar de cosas sensatas, acabó por decirme: "Mira, hermano, si ahora algún recién llegado quisiera hace entrar en razón a todos esos endurecidos, ¿le escucharían?" "A fe que no", respondí. "Así es -dijo-, cómo el mundo quiere ser engañado a toda costa y hace oídos sordos a quienes no buscan otra cosa que su bien. Fíjate en ese adulador y observa con qué ridículas comparaciones y con qué insensatas deducciones capta el interés de quienes le rodean. Mira allí cómo otro se burla de la gente con palabras misteriosas e inauditas. Pero, créeme, un tiempo llegará en que les serán arrancadas las máscaras y los disfraces para que todos vean a qué bribones ocultaban; tal vez entonces se vuelva a quienes habían sido despreciados."

El bullicio se hacía cada vez más insoportable. De pronto, se elevó en la sala una música deliciosa, admirable, como no la había oído nunca en mi vida; toda la sala, presintiendo inesperados acontecimientos, enmudeció. La melodía brotaba de un conjunto de instrumentos de cuerda, con una armonía tan perfecta que quedé como absorto, completamente ensimismado, con gran sorpresa de mi vecino. Nos tuvo maravillados durante una media hora en el transcurso de la cual guardamos absoluto silencio, si bien algunos quisieron hablar, pero fueron rápidamente acallados por una mano invisible. Por lo que a mí respecta, renuncié a ver a los músicos, pero trataba de ver los instrumentos.

Habría pasado una media hora cuando la música cesó de repente sin que hubiésemos podido ver de dónde surgía.

Una fanfarria de trompetas y un redoble de tambores resonaron a la entrada de la sala con tal maestría que esperábamos ver entrar al emperador romano en persona. Vimos que la puerta se abría sola y entonces la magnificencia de las trompetas aumentó y resonó de tal modo que apenas pudimos soportarlo. La sala se inundó de luces, creo que por miles; se movían solas, según su rango, lo que nos asustó. Después vinieron los dos pajes con las antorchas, precediendo a una virgen de admirable belleza que se acercaba montada en un hermoso palanquín de oro. Me pareció reconocer en ella a la que anteriormente había primero encendido y después apagado las luces. También creí reconocer entre sus servidores a los guardianes que estaban bajo los árboles que orillaban el camino. Ahora no llevaba el vestido azul sino que su túnica era centelleante, blanca como la nieve,[20] chorreando oro y de tal brillo que no podía ser contemplada por mucho tiempo. Los vestidos de ambos pajes eran idénticos, pero su brillo era menor.

Cuando la virgen llegó al centro de la sala bajó de su trono y todas las luces disminuyeron de intensidad como saludándola. Todos nos levantamos enseguida pero sin abandonar nuestros sitios.

Ella se inclinó ante nosotros y tras haber recibido nuestro homenaje, comenzó el siguiente discurso con voz admirable:

El rey, mi gracioso señor
que ahora no está muy lejos,
así como su querida prometida
confiada a su honor,
han visto con gozo vuestra llegada.
A cada uno de vosotros os honran
con su favor, en todo momento,
y desde el fondo de su corazón desean
que siempre os logréis
para que la alegría de sus bodas
no se mezcle con la tristeza de nadie.

Después se inclinó de nuevo cortésmente, las luces la imitaron, y continuó del siguiente modo:

Por la invitación sabéis
que no ha sido llamado aquí hombre alguno
que no haya recibido todos los preciosos dones
de Dios, desde hace mucho,
y que no estuviese lo suficiente preparado.
Como conviene a esta circunstancia
mis dueños no quieren creer

---

[20] La túnica centelleante, blanca como la nieve, cuyo resplandor es insoportable es una evocación de la Daena, del cuerpo de luz o de las "túnicas de luz", del cuerpo glorioso de resurrección. Se trata de la túnica que reviste el protagonista del Canto de la Perla.

que nadie pueda ser bastante audaz,
teniendo en cuenta, las severas condiciones,
para presentarse, a menos
de estar preparado para sus bodas.
Después de largos años
conservan la esperanza
y os destinan a todos, todos los bienes;
se alegran de que en estos difíciles tiempos
encuentren aquí reunidas a tantas personas.
No obstante, los hombres son tan audaces
que su grosería no los retiene.
Se introducen en lugares
a los que no han sido llamados.
Para que los bribones no puedan engañar,
para que ningún impostor pase desapercibido
y para que pronto se puedan celebrar, sin cambiar nada,
las puras bodas,
mañana será instalada
la balanza de los *Artistas;*[21]

Entonces, cada uno se dará fácilmente cuenta
de lo que ha descuidado adquirir en él.
Si ahora, alguno en esta multitud
no está del todo seguro de sí mismo,
que se vaya presto
pues si se queda
le será negada toda gracia
y mañana será castigado.
En cuanto a los que quieran sondear su conciencia
permanecerán hoy en esta sala,
serán libres hasta mañana,
pero que no vuelvan aquí jamás.
El que esté seguro de su pasado
que siga a su servicio
quien le mostrará su apartamento.
Que repose hoy
en espera de la balanza y de la gloria.
A los demás, el sueño traería ahora gran dolor.
Que se contente, pues, con quedarse aquí
pues más valdría huir
que emprender lo que supera sus fuerzas.
Se espera que cada cual actúe de la mejor manera.

[21] Una de las denominaciones que con más frecuencia se daba a los alquimistas es la de Artista, ya que practican el Gran Arte. En la Balanza de los Artistas no se pesa lo que tiene alguien, sino lo que le falta.

Cuando finalizó este discurso se inclinó de nuevo y se dirigió graciosamente a su asiento; las trompetas resonaron otra vez aunque no pudieron ahogar los ansiosos suspiros de muchos. Después, los invisibles la condujeron de nuevo; no obstante, aquí y allá, algunas luces permanecieron en la sala, incluso una vino a colocarse detrás de uno de nosotros.

No es fácil describir nuestros pensamientos y gestos, expresión de tantos y tan contradictorios sentimientos. Sin embargo, la mayor parte de los invitados se decidió finalmente a intentar la prueba de la balanza para luego, en caso de fracaso, irse de allí -lo que creían posible- en paz.

Muy pronto tomé yo mi decisión; como mi conciencia me demostraba mi ignorancia y mi indignidad resolví quedarme en la sala con los otros y contentarme con el banquete al que había asistido, antes de continuar y exponerme a los tormentos y peligros futuros. Después de que algunos fueron llevados por las luces a sus apartamentos (cada uno al suyo como supe más tarde), quedamos *nueve,* entre ellos mi vecino de mesa, que antes me había dirigido la palabra.

Pasó una hora sin que nos abandonase la luz; vino uno de los pajes de los que ya he mencionado, cargado con un paquete de cuerdas y de entrada nos preguntó si estábamos decididos a quedamos allí. Como respondimos afirmativamente entre suspiros, nos condujo a cada uno a un lugar fijado, nos ató[22] y después se retiró con nuestra luz, dejándonos en una profunda oscuridad, pobres y abandonados. Fue sobre todo entonces cuando varios de nosotros sentimos la opresión de la angustia, y yo mismo no pude impedir que unas lágrimas se deslizaran por mis mejillas. Guardamos un profundo silencio abrumados por el dolor y la aflicción, si bien nadie nos había prohibido hablar. Por lo demás, las cuerdas estaban anudadas con tanta eficacia que nadie pudo cortarlas y menos desatarlas y quitarlas de los pies. No obstante, me consolé pensando que, mientras que a nosotros nos era permitido expiar nuestra temeridad en una sola noche, muchos de los que saboreaban el reposo esperaban una retribución justa y una gran vergüenza.

Pese a todos mis tormentos, dormí roto de fatiga. Sin embargo, la mayor parte de mis compañeros no pudo descansar. Yo tuve un sueño, y aunque su significado no sea muy importante, creo que pueda ser útil contarlo.

Me pareció estar sobre una montaña y que un ancho valle se extendía ante mí. En este valle se había reunido una muchedumbre innumerable y cada persona estaba suspendida por un hilo atado a su cabeza; los hilos bajaban del cielo. No obstante,

---

[22] En los rituales iniciáticos de los Antiguos Misterios, los mixtos aparecían ante un tribunal en el que eran juzgado,, atados de pies y manos.
Ver *Les Mystères d'Eleusis* de Maurice Brillant, París 1920 *y Les Mystères d'Eleusis* de Victor Magnien, París 1950. En los rituales iniciáticos de los Antiguos Misterios, los mixtos aparecían ante un tribunal en el que eran juzgado,, atados de pies y manos.
Ver *Les Mystères d'Eleusis* de Maurice Brillant, París 1920 *y Les Mystères d'Eleusis* de Victor Magnien, París 1950.

unos estaban colgados muy altos y otros muy bajos y varios tocaban la misma tierra. Por los aires volaba un hombre con unas tijeras en la mano, que iba cortando los hilos por doquier. Los que estaban cerca del suelo caían sin ruido, pero la caída de los más altos hacía temblar la tierra. Algunos tenían la suerte de que su hilo bajase de modo a tocar el suelo antes de que fuera cortado.

Las caídas me pusieron de buen humor. Cuando vi que algunos presuntuosos, llenos de ardor por asistir a las bodas, se arrojaban al aire y planeaban un momento, para caer vergonzosamente, arrastrando al mismo tiempo a algunos vecinos, me alegré de todo corazón. También me sentí contento cuando alguno de los modestos que se había contentado con la tierra, era desatado sin ruido, de modo que sus vecinos no se dieron cuenta. Saboreaba este espectáculo con la mayor dicha cuando uno de mis compañeros me empujó con tan mala suerte que me desperté sobresaltado y disgustado. No obstante, reflexioné sobre mi sueño[23] y lo conté a mi hermano que, igual que yo, estaba acostado a mi lado. Me escuchó con satisfacción y deseó que fuera el presagio afortunado de alguna ayuda. Pasamos el resto de la noche charlando sobre esta esperanza y deseando con todas nuestras fuerzas que llegara el día.

---

[23] Se trata del sueño de la marionetas que acaba de explicar, bellísima evocación del Destino que rige la vida de los hombres. El hombre de las tijeras representa el Adepto que, como Hermes, libera a los mortales de los influjos astrales.

JORNADA TERCERA

Se levantó el día, y en cuanto se elevó el Sol por detrás de las montañas para cumplir su trabajo en lo alto del cielo, nuestros valerosos combatientes empezaron a salir de sus lechos y a prepararse para la prueba. Uno tras otro llegaron a la sala, se desearon los buenos días mutuamente, se apresuraron a preguntamos si habíamos dormido bien y, al vernos atados, muchos de ellos se burlaron de nosotros; les parecía ridículo que en vez de haberlo intentado como ellos por ver lo que ocurría, nos hubiésemos sometido por temor. Sin embargo, algunos, cuyo corazón no había dejado de palpitar con fuerza, se guardaron de aprobar tales reproches. Nosotros nos disculpamos por nuestra ignorancia, manifestando la esperanza de que pronto nos dejarían ir libres y que la burla nos serviría de lección para el futuro; luego les hicimos ver que, por el contrario, no era seguro que ellos estuvieran libres y que podría ocurrir que les amenazasen graves peligros.

Por fin, cuando todos estuvieron reunidos, oímos, como en la víspera, la llamada de las trompetas y los tambores.[1]

Esperábamos ver al novio, pero lo cierto es que muchos no lo vieron ni entonces ni nunca.

Se trataba de la misma virgen del día anterior, totalmente vestida de terciopelo rojo con un cinturón blanco y cuya frente estaba admirablemente adornada por una corona verde de laurel.[2] Ahora su cortejo no se componía de luces, sino de unos doscientos hombres armados, completamente vestidos de rojo y blanco como ella. Levantándose elegantemente, avanzó hacia los prisioneros y, después de saludarnos, dijo brevemente: “Mi severo dueño se muestra satisfecho de comprobar que algunos de entre vosotros os habéis dado cuenta de vuestra miseria, así que seréis recompensados por ello”. Y cuando me reconoció por mi vestido se rió y dijo: “¿Tú también te has sometido al yugo? ¡Yo creía que estabas bien preparado!” Al oír estas palabras me eché a llorar.

Dicho lo cual, hizo que desataran nuestras cuerdas y, acto seguido, ordenó que nos ataran de dos en dos para ser conducidos al sitio que nos había sido reservado y desde el que podríamos ver con facilidad la balanza. Después añadió: “Podría ser que la suerte de ésos fuera preferible a la de tantos audaces que aún estáis libres”.

La balanza, toda de oro, fue colgada en el centro de la sala y a su lado dispusieron una mesa con siete pesas. La primera era bastante grande y sobre ella había

---

[1] Quintiliano, en su tratado *De la Música* habla de esta música “deliciosa, admirable, como no la había oído nunca en su vida” Christian Rosacruz.

[2] Como todas las plantas que permanecen verdes en invierno, el laurel se asocia a la idea de la inmortalidad. Para los romanos era el emblema de la gloria. Consagrado al dios Apolo, se utilizaban coronas de laurel para coronar a los héroes. La “Corona de Gloria” tiene, sin embargo, en la Tradición Hebrea, un significado más sagrado Corresponde a la *Kether* de los kabalistas, que está relacionada con un pasaje del Libro de los Proverbios (ver Prov. I-9 y 9).

colocadas otras cuatro más pequeñas; aparte, se encontraban otras dos pesas grandes. Eran todas tan pesadas en relación a su volumen que ningún espíritu humano podría creerlo ni comprenderlo. La virgen se volvió hacia los hombres armados, quienes llevaban cada uno una cuerda al lado de su espada, y los dividió en siete secciones, tantas como pesas había.[3] Escogió a un hombre de cada sección para poner cada una de las pesas en la balanza y después regresó a su elevado trono.

A continuación, inclinándose, pronunció las siguientes palabras:

Si alguno entra en el taller de un pintor
y sin entender de pintura
pretende discurrir sobre ella con énfasis
será el hazmerreír de todos.

Quien penetra en la Orden de los Artistas[4]
y, sin haber sido elegido
se ufana de sus obras,
será el hazmerreír de todos.

Así pues, quienes suban a la balanza
sin pesar lo que la pesa
que, por lo mismo, les levantará con estrépito,
serán el hazmerreír de todos.

Cuando la virgen hubo acabado, uno de los pajes invitó a quienes habían de intentar la prueba a que se colocaran según su categoría y a que subieran uno tras otro al platillo de la balanza. Al momento, uno de los emperadores lujosamente vestido, se decidió: en primer lugar se inclinó ante la virgen y después subió. Entonces, cada encargado colocó su pesa en el otro platillo y, ante la sorpresa general, resistió. Sin embargo, la última pesa fue demasiado para él y lo levantó, lo que le afligió tanto que incluso la misma virgen pareció compadecerse, así que hizo a los suyos un ademán para que se callaran. Después, el buen emperador fue atado y entregado a la sexta sección.

Tras él ocupó el sitio otro emperador que se plantó con fiereza sobre el platillo. Como escondía un voluminoso libro bajo sus vestidos, estaba seguro de alcanzar el peso requerido, pero apenas compensó la tercera pesa, y la cuarta lo levantó sin compasión. Aterrado, se le escapó el libro y todos los soldados se echaron a reír. Lo ataron y fue confiado a la tercera sección. Le siguieron varios otros emperadores,

[3] Para el poeta latino Prudencio, las siete pesas son el símbolo de las siete virtudes. El que una virtud no pese en nosotros, quiere decir que carecemos de ella, por lo que, necesariamente, tenemos el vicio que se le opone.

[4] Los Artistas son, ya lo hemos visto, los alquimistas. Es, ridículo pretender ser alquimista sin gozar de la bendición divina, sin haber sido "elegido".

todos con la misma suerte. Su fracaso provocó grandes risotadas y también fueron atados.

A continuación avanzó un emperador de corta estatura luciendo una enorme y crespa perilla. Tras la reverencia de rigor subió y dio el peso tan cumplidamente que a no dudar no lo hubiera podido alzar ni aún con más pesas.

La virgen se levantó prestamente, se inclinó ante él, e hizo que le pusieran un vestido de terciopelo rojo;[5] además, le dio una rama de laurel de las que tenía una buena provisión a su lado y le rogó que se sentase en los peldaños de su trono.

Muy largo de contar sería cómo se comportaron los demás emperadores, reyes y señores, pero no puedo dejar de decir que fueron muy pocos los que salieron airosos de la prueba. No obstante, contra lo que yo esperaba, quedaron de manifiesto muchas virtudes: unos resistieron a tal o cual peso, otros a dos u otros a tres, hasta cuatro y cinco. Pero muy pocos tenían la verdadera perfección y al fracasar éstos eran el hazmerreír de los soldados rojos.

Cuando hubieron pasado la prueba los nobles, los sabios y otros, encontrándose en cada estamento únicamente un justo, o dos, y con frecuencia ninguno, le tocó el turno a los señores bribones y aduladores, hacedores de *Lapis Spitalauficus*.[6] Se les colocó en la balanza con tales burlas que, pese a mi triste estado de ánimo, estuve a punto de reventar de risa e incluso los prisioneros no pudieron evitar las carcajadas. A la mayor parte de ellos ni siquiera se les concedió un severo juicio; fueron expulsados de la balanza a latigazos y conducidos a sus secciones con los otros prisioneros.

De tan gran multitud quedaron tan pocos que hasta me sonroja decirlo. Entre los elegidos también había altos personajes pero todos fueron honrados con un vestido de terciopelo rojo y la consabida rama de laurel.

Cuando todos hubieron pasado la prueba, menos nosotros, pobres perros encadenados de dos en dos, avanzó un capitán y dijo: "Señora, si pluguiese a vuestro Honor, podríamos pesar a esta gente que confiesa su ineptitud, sin riesgo para ellos, sino sólo para nuestra diversión; tal vez encontremos algún justo".

Esta proposición me afligió, pues, en mi pena, al menos había tenido el consuelo de no haber sido expuesto a la vergüenza ni sacado a latigazos de la balanza. Estaba

---

[5] El rojo es el color de la vida y de la encarnación; el terciopelo evoca un tipo de piel o tercer pelo que, después de la piel y del pelo que conocemos, puede revestir el hombre. Se trata del "vestido de gloria" del que hablan el *Libro de Henoch* (LXII-15 y 16) y el *Canto de la Perla*.

[6] Piedra panacea, *Lapis Spitalauficus* es la falsa piedra filosofal que pretendían hacer y vender los "Sopladores de Carbones"; la prometían a ingenuos a los que engañaban a cambio de grandes sumas de dinero.
Piedra panacea, *Lapis Spitalauficus* es la falsa piedra filosofal que pretendían hacer y vender los "Sopladores de Carbones"; la prometían a ingenuos a los que engañaban a cambio de grandes sumas de dinero.

seguro de que muchos de los que ahora eran prisioneros, hubiesen preferido pasar diez noches en la sala en la que habíamos dormido antes que sufrir un fracaso tan lamentable. Pero como la virgen dio su aprobación, tuvimos que someternos. Así que fuimos desatados y colocados juntos. Aunque lo más frecuente fue el fracaso de mis compañeros se les ahorraron los sarcasmos y los latigazos y fueron apartados en paz.

Mi compañero pasó el quinto. Dio el peso admirablemente con gran satisfacción de muchos de nosotros y con gran alegría del capitán que había propuesto la prueba; la virgen le honró según la costumbre.

Los dos siguientes fueron demasiado livianos.

Yo era el octavo.[7] Cuando, temblando, me coloqué en la balanza, mi compañero, ya vestido de terciopelo, me lanzó una mirada afectuosa e incluso la virgen sonrió ligeramente. Resistí todas las pesas. La virgen ordenó entonces que se empleara la fuerza para levantarme y tres hombres se pusieron en el otro platillo: todo fue en vano.

Entonces uno de los pajes se levantó y clamó con voz poderosa: "*Es é1*". El otro paje respondió: "Que goce, pues, de su libertad".

La virgen asintió y no sólo fui recibido con las ceremonias habituales, sino que fui autorizado a elegir a uno de los prisioneros para liberarlo. Sin pensarlo demasiado, escogí al primero de los emperadores cuyo fracaso me había entristecido desde el principio. Lo desataron y le concedieron todos los honores colocándolo entre nosotros.

Cuando el último se colocaba en el platillo de la balanza -cuyas pesas fueron demasiado para él- la virgen vio las rosas que yo había cogido de mi sombrero y que tenía en la mano y me honró pidiéndomelas por mediación de su paje y se las di con gozo.

De este modo, a las doce del mediodía se terminó el primer acto, siendo marcado su final por un toque de trompetas invisibles para nosotros en aquel momento.

Las secciones se llevaron a los prisioneros en espera del juicio. El Consejo estaba compuesto por cinco encargados y nosotros mismos; la virgen, que presidía, expuso el asunto. A continuación se pidió a cada uno su parecer sobre el castigo que había que infligir a los prisioneros.

---

[7] Número sagrado de los Templarios, recordemos que la torre templaria tenía ocho lados, el ocho posee un simbolismo apasionante, expresa lo que está más allá de los siete planetas, lo que trasciende el determinismo astral. Si en el Antiguo Testamento vemos que el siete aparece constantemente, en el Nuevo el número clave es el ocho, que anuncia la beatitud del sæculum venturum, del mundo que viene. Esa es la razón por la que entre los gnósticos el ocho simbolizaba la resurrección.

La primera opinión dada fue la de castigarlos a todos con la muerte, a unos con más dureza que a otros, puesto que habían tenido la audacia de presentarse a pesar de conocer las condiciones requeridas, muy claramente enunciadas.

Otros propusieron retenerlos prisioneros. Pero estas proposiciones no fueron aprobadas ni por la presidencia ni por mí. Finalmente, se tomó una decisión de acuerdo con el parecer del emperador a quien yo había liberado, con el de un príncipe y con el mío propio: los primeros, señores de elevado rango, serían conducidos discretamente fuera del castillo; los segundos serían despedidos con mayor desprecio; los que seguían a éstos serían desnudados y expulsados de esta manera; los cuartos serían azotados o echados por los perros. Pero los que habían reconocido su indignidad y renunciado a la prueba, podrían volverse sin castigo. Finalmente, los atrevidos, que se habían comportado tan vergonzosamente, serían castigados con prisión o muerte según la gravedad de sus felonías.

La virgen aprobó este veredicto, que fue aceptado definitivamente, además, se concedió una comida a los prisioneros, siéndoles comunicada esta merced, y el juicio quedó fijado para las doce del mediodía. La asamblea fue disuelta una vez tomada la resolución.

La virgen se retiró con los suyos a su morada habitual. Nos sirvieron un refrigerio en la primera mesa de la sala rogándonos que nos contentásemos con ello hasta que el asunto estuviera zanjado por completo. Luego nos conducirían ante los santos novios, cosa que nos alegró saber.

Trajeron a los prisioneros a la sala y los colocaron según su categoría con la recomendación de que se comportaran con mayor cordura que antes, petición superflua pues habían perdido su arrogancia. Y he de decir, no por adular, sino por no faltar a la verdad que, en general, las personas de alto rango se resignaban mejor a este inesperado fracaso pues el castigo, aunque duro, era justo. Los servidores continuaban invisibles para ellos pero se habían vuelto visibles para nosotros, cosa que comprobamos con gran alegría.

Aunque la suerte nos había favorecido, no nos considerábamos superiores a los otros y los animábamos diciéndoles que no iban a tratarlos con demasiada dureza. Querían conocer la sentencia pero como se nos había obligado a guardar el secreto, no pudimos decirles nada. No obstante, los consolábamos lo mejor que podíamos invitándoles a beber con la esperanza de que el vino los alegrara.

Nuestra mesa estaba cubierta por un terciopelo rojo y las copas eran de oro y plata, lo que sorprendía y humillaba a los otros. Antes de que nos sentáramos, los dos pajes nos presentaron a cada uno, de parte del novio, un Vellocino de oro[8] con la figura de

[8] Alusión al célebre Vellocino de Oro de la historia de los Argonautas. En otro lugar hemos señalado el sentido profundamente alquímico del Vellocino o Toisón de Oro (ver La *Entrada Abierta... op, cit.*, pág. 31). Ver también el Apéndice que aparece al final de esta edición de las “Bodas Alquímicas”.

un León volador[9] rogándonos que nos vistiéramos con él para la comida. Nos rogaron que mantuviésemos cumplidamente la reputación y la gloria de la Orden, pues S. M. nos la confería en aquel instante y pronto iba a confirmar tal honor con la solemnidad adecuada. Aceptamos el Vellocino con el mayor respeto y nos comprometimos a ejecutar con fidelidad lo que Su Majestad gustara ordenamos.
Además, el paje tenía la lista de nuestras casas; no traté de ocultar la mía, temeroso de que se me acusara de orgulloso, pecado que no puede pasar la prueba del cuarto peso.

Como éramos tratados espléndidamente, preguntamos a uno de los pajes si nos estaba permitido hacer llegar alimentos a nuestros amigos prisioneros y, al no oponer ningún reparo, se los hicimos llegar en abundancia por medio de los servidores que continuaban siendo invisibles para aquellos. Por dicha razón ignoraban de dónde les venían los alimentos, así que quise llevárselos yo en persona a uno de ellos, aunque rápidamente el servidor que se encontraba a mi espalda me disuadió de ello de un modo amistoso. Me aseguró que si algunos de los pajes se hubieran dado cuenta de mis intenciones. habría sido informado de ello el Rey y, en verdad, me hubiera castigado. Pero como nadie se había dado cuenta de mis intenciones excepto él, no iba a decir nada. A pesar de ello, me exhortó a que en adelante guardase mejor el secreto de la Orden. Y mientras me hablaba así me empujó con tal violencia contra mi asiento que caí en él como paralizado y así estuve largo tiempo. Sin embargo, en la medida en que el miedo y la turbación me lo permitieron, le agradecí la amable advertencia.

Enseguida sonaron las trompetas; como teníamos sabido que dichos toques anunciaban a la virgen, ¡los dispusimos a recibirla. Apareció sobre su trono con el ceremonial de costumbre precedida por dos pajes que llevaban, el primero una copa de oro, y el otro un pergamino. Se levantó con su acostumbrado donaire, tomó la copa de manos del primer paje y nos la entregó por orden del Rey para que nos la pasáramos en su honor. La tapa de aquella copa representaba una Fortuna labrada con un arte perfecto; tenía en su mano un banderín rojo desplegado. Bebí, pero la visión de dicha imagen me llenó de tristeza pues ya había sufrido la perfidia de la fortuna.

La virgen iba vestida, como nosotros, con el Vellocino de oro y el León, por lo que deduje que debía de ser la presidenta de la Orden. Cuando le preguntamos el nombre de la Orden nos respondió que nos lo revelaría después del juicio de los prisioneros y la ejecución de las sentencias, pues los q1os de éstos estaban aún cerrados y los felices acontecimientos que nos ocurrían, aunque no eran nada en comparación con los que nos aguardaban, no serían para ellos más que obstáculos y motivo de escándalo.[10]

---

[9] El león, a través del signo astrológico de Leo, evoca la fijeza. El león volador indica que lo que era fijo ha sido hecho volátil; es un término bastante usual entre los alquimistas, que lo identificaban al disolvente universal de la Naturaleza.
[10] Ver I *Corintios* X-32.

Después, cogió el pergamino de manos del segundo paje. Estaba dividido en dos partes. Dirigiéndose al primer grupo de prisioneros, leyó poco más o menos lo siguiente: que los prisioneros debían confesar que habían creído muy fácilmente las engañosas enseñanzas de falsos libros; que se habían considerado con tan excesivos méritos, que tuvieron la osadía de presentarse en el palacio al que no habían sido invitados jamás; que, tal vez, la mayor parte de ellos contaba con encontrar allí el modo de vivir con mayor pompa y ostentación; además, se habían incitado mutuamente a hundirse en la vergüenza y que, por todo ello, merecían un severo castigo.

Todos lo confesaron sumisos y con humildad.

A continuación, el discurso se dirigió aún con mayor dureza a los prisioneros de la segunda categoría. Eran convictos en su interior de haber compuesto falsos libros y engañado al prójimo, rebajando así el honor real a los ojos del mundo.[11] **No ignoraban de qué figuras falaces e impías se habían servido. Ni siquiera habían respetado la *Trinidad Divina,* sino que, por el contrario, habían intentado servirse de ella para engañar a todos. Pero ahora habían sido descubiertos los manojos que empleaban para tender viles asechanzas a los verdaderos invitados y poner en su lugar a insensatos. Por otra parte, nadie ignoraba cuánto se complacían en la prostitución, el adulterio, la embriaguez y otros vicios, todos contrarios al orden público en aquel reino. En resumen, sabían que habían envilecido ante los humildes a la misma Majestad Real, y por lo tanto, debían confesar que eran pillos, mentirosos y notorios canallas y que merecían ser apartados de la gente honrada y castigados con gran severidad.**

Nuestros bravos no asintieron con facilidad a todo esto, pero como la virgen los amenazaba con la muerte, y el primer grupo los acusaba con vehemencia y se quejaban todos de haber sido engañados, acabaron confesando para evitarse males mayores.

No obstante, pretendían que no se les debía tratar con excesivo rigor pues los grandes señores, deseosos de penetrar en el castillo, los habían seducido con bellas promesas para obtener su ayuda y eso los llevó a valerse de mil argucias para hacer más apetitoso el cebo y, de mal en peor, habían llegado a la situación actual. Así pues, a su parecer, *no habían desmerecido más que los señores* si no habían logrado triunfar. También los señores debían comprender que, si hubieran podido entrar con seguridad, no se habrían arriesgado a escalar los muros con ellos por una escasa remuneración. Por otro lado, se habían editado tan fructuosamente determinados libros que, aquellos que se encontraban necesitados, se creyeron autorizados a explotar dicha fuente de ingresos. Por todo ello, esperaban que se examinara su caso con atención si el juicio había de ser equitativo y a petición insistente suya; en vano se buscaría una acción condenatoria que pudiera imputárseles, pues habían actuado al servicio de los señores. Con tales argumentos trataban de excusarse.

---

[11] Este pasaje concuerda perfectamente con el duodécimo capítulo de la “Confesión”. Ver Apéndice.

Pero se les replicó que su Majestad Real estaba decidida a castigarlos a todos, si bien con mayor o menor severidad; que, efectivamente, las razones que aducían eran ciertas en parte, *por lo que de ningún modo los señores escaparían al castigo.* Pero aquellos que habían ofrecido sus servicios por propia iniciativa y aquellos que habían engañado y arrastrado a ignorantes en contra de su voluntad, deberían prepararse para morir. La misma suerte estaba reservada a los que habían despreciado a su Majestad Real con sus mentiras, de lo que ellos mismos podían convencerse por sus escritos y libros.

Entonces aparecieron lamentables quejas, llantos, súplicas, ruegos y humillaciones que, no obstante, no surtieron efecto. Quedé sorprendido al ver que la virgen los soportaba con valentía, en tanto que nosotros, llenos de conmiseración, no pudimos retener nuestras lágrimas aunque muchos nos habían causado penas y sufrimientos incontables. En vez de enternecerse le dijo a su paje que buscara a los caballeros que estaban junto a la balanza. Se les ordenó apoderarse de los prisioneros y conducirlos en fila al jardín, cada soldado al lado de su prisionero. Observé, sorprendido, con la facilidad con que cada cual reconoció al suyo. Seguidamente, mis compañeros de la noche anterior fueron autorizados a salir libremente al jardín para asistir a la ejecución de la sentencia.

Cuando hubieron salido, la virgen bajó del trono y nos invitó a sentarnos en los peldaños para comparecer en el juicio. Obedecimos prestamente abandonándolo todo en la mesa, salvo la copa que la virgen confió a un paje. Entonces el trono se elevó por entero y avanzó tan suavemente que nos pareció estar planeando en el aire, llegando así al jardín donde nos levantamos.

Este jardín no presentaba peculiaridad alguna; no obstante, los árboles estaban distribuidos con cierto arte y un delicioso manantial brotaba de una fuente decorada con bellísimas imágenes y con inscripciones y signos extraños; si Dios lo permite hablaré de esta fuente en el próximo libro.

En el jardín había sido levantado un anfiteatro de madera adornado con admirables decorados. Presentaba cuatro gradas superpuestas. La primera, de un lujo deslumbrante, se encontraba cubierta con una cortina de tafetán blanco; no sabíamos si en aquel momento había alguien allí. La segunda estaba vacía y al descubierto; las dos restantes también se encontraban ocultas a nuestras miradas por cortinas de tafetán rojo y azul.

Cuando llegamos junto al edificio, la virgen se inclinó profundamente; aquello nos impresionó pues significaba claramente que el Rey y la Reina estaban cerca y saludamos igualmente. Después, la virgen con condujo por los escalones a la segunda grada ocupando ella el primer sitio mientras que los demás conservábamos nuestro orden.

A causa de la maledicencia no puedo contar cómo se comportaba conmigo tanto en este lugar como antes en la mesa el emperador al que liberé, que bien se daba cuenta

con qué tormentos y angustias habría esperado la hora del juicio, si bien ahora, gracias a mí, se veía en tales dignidades.

En aquel momento, la virgen que al principio me había traído la invitación y a la que no había vuelto a ver desde entonces, se aproximó a nosotros; tocó la trompeta y con vigorosa voz abrió la sesión con las siguientes palabras:

Su Majestad Real, mi Señor, hubiera deseado de todo corazón que los aquí presentes, por el solo hecho de haber sido invitados, hubieran venido con suficientes cualidades para asistir en buen número a la fiesta nupcial dada en Su honor. Pero habiéndolo Dios todopoderoso dispuesto de otro modo, Su Majestad no debía murmurar, sino continuar conforme a las costumbres y usanzas antiguas y encomiables de este reino, fuesen cuales fuesen sus deseos. Para que Su natural clemencia sea celebrada en el mundo entero, ha llegado, con ayuda de sus consejeros y de los representantes del reino, a paliar sensiblemente la sentencia habitual. Así, deseando en primer lugar que los señores y los gobernantes no solamente salvaran la vida sino que incluso se les devolviera la libertad, Su Majestad les transmitía el amistoso ruego de que se resignasen sin ira alguna a no poder asistir a la fiesta en Su honor; que meditasen sobre el hecho de que, sin eso, Dios todopoderoso les había confiado una carga que eran incapaces de llevar calmosamente y con sumisión y que, además, el Todopoderoso repartía sus beneficios según una ley incomprensible. Tampoco su reputación se vería menoscabada por el hecho de haber sido excluidos de nuestra Orden ya que no se les otorga a todos el poder realizar todas las cosas. Además, los cortesanos perversos que les habían engañado, no quedarían impunes. Por otra parte, Su Majestad deseaba comunicarles en breve un *Catálogo de Herejes* y un *Index Expugatiorum*[12] para que en adelante pudiesen discernir con mayor facilidad el bien del mal. Además, como Su Majestad tenía la intención de clasificar su biblioteca, sacrificando bs escritos falaces a Vulcano,[13] les pedía su amistosa ayuda a dichos efectos. Su Majestad también les recomendaba que gobernaran a sus súbditos de modo a reprimir el mal y la impureza. Igualmente les exhortaba a resistir los deseos de volver sin consideración para que no fuera falsa la excusa de haber sido engañados y para que ellos mismos no fuesen objeto de burlas y de desprecio

---

[12] Ya antes del siglo IV las autoridades eclesiásticas condenaron las obras consideradas heréticas y prohibieron su lectura. El llamado *canon Muratori,* que data de finales del siglo II o principios del III, además de la enumeración de los libros sagrados, propone una lista de los libros heréticos prohibidos a los fieles. La invención de la imprenta y la Contrarreforma no hicieron sino acentuar y desarrollar estas medidas. En 1571, poco después del Concilio de Trento, fue creada la Congregación del índice, con el fin de censurar corregir las obras sospechosas. El Código de Derecho Canónico prohíbe la lectura de versiones de la Escritura no aprobadas, libros que fomenten la irreligiosidad o las herejías, libros contrarios a las buenas costumbres, libros anticatólicos, libros editados sin autorización eclesiástica, libros de erotismo, etcétera.
El *índice Expurgatorio.* resultado de estas medidas, era un catálogo de libros cuya publicación y venta estaban prohibidas provisionalmente, hasta que fueran corregidos. Expurgatorio, de *purgare,* purgar, limpiar, indica que estos libros no van a ser prohibidos, sino que algunos pasajes, cláusulas o palabras van a ser borrados, limpiados o censurados.

[13] Hijo de Júpiter y de Juno. Vulcano era el Dios de los herreros, y simbolizaba, para los alquimistas al Fuego de los Filósofos. Sin embargo, es bastante usual decir Vulcano en vez de fuego.

por parte de todos. Finalmente, si los soldados les pedían un rescate, Su Majestad esperaba que nadie pensase en quejarse por ello ni negarse a la redención bien con un colgante o con cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Después, sería deseable que se despidieran amistosamente de nosotros y que, acompañados de nuestros mejores deseos, regresaran con los suyos.

Los segundos, que no habían podido resistir a las pesas una, tres y cuatro, no tendrían tan fáciles las cuentas. Pero para que se beneficiaran asimismo de la clemencia de Su Majestad el castigo consistiría en desnudarles por completo y ser despedidos acto seguido.

Aquellos que habían sido más ligeros que las pesas dos y cinco serían desnudados y marcados, con uno, dos o más estigmas, según hubieran sido más pesados o más ligeros.

Los que habían sido levantados por las pesas dos y siete, mas no por las otras, serían tratados con menos severidad.

Y así sucesivamente, para cada una de las combinaciones se dictaba una pena específica. Sería demasiado largo enumerarlas todas.

Los humildes, que por propia voluntad habían renunciado el día anterior a pasar la prueba, quedarían libres sin ningún castigo.

Y para terminar, los canallas que no habían podido levantar ni un solo peso, serían castigados con la muerte, por la espada, el agua, la cuerda o los vergajos, según fueran sus crímenes. Y la ejecución de la sentencia se cumpliría de modo inexorable para escarmiento de los otros.

Entonces, la virgen rompió el bastón. Después, la segunda virgen, que había leído la sentencia, tocó la trompeta y aproximándose a la cortina blanca efectuó una profunda reverencia.

No puedo dejar de revelar aquí al lector una particularidad que hace referencia al número de prisioneros. Los que pesaban un peso eran siete; los que pesaban dos, veintiuno; de tres pesas había treinta y cinco; para los de cuatro, treinta y cinco: para cinco, veintiuno y para seis, siete.[14] Pero para la pesa siete no había más que uno que había sido levantado y con esfuerzo; era el que yo había liberado; los que habían sido levantados con facilidad se contaban en gran número. Los que habían dejado bajar todas las pesas eran menos numerosos.

Fue de este modo como yo los conté y anoté en mis tablillas mientras se presentaban uno a vino. Ahora bien, y curiosamente, todos los que habían dado algún peso se encontraban en distintas condiciones. Los que pesaban tres pesos eran efectivamente treinta y cinco, pero uno había pesado 1, 2, 3, otro 3, 4, 5, el tercero 5, 6, y, y así

[14] Aquí y ss. se exponen el binomio de Newton y las bases del cálculo binario.

sucesivamente. De modo que, milagrosamente, no había dos parecidos entre los ciento veintiséis que habían dado algún peso. Y gustosamente los nombraría a todos, cada uno con su peso, si no lo tuviera prohibido de momento. Aunque espero que este secreto, junto con su interpretación, será revelado muy pronto.

Después de la lectura de la sentencia, los señores de la primera categoría experimentaron gran satisfacción, ya que, después de una prueba tan rigurosa, no esperaban un castigo tan leve. Dieron más de lo que se les pedía y se redimieron con colgantes, joyas, oro, plata y en fin, con todo lo que llevaban encima.

Aunque los servidores reales tenían prohibido burlarse de ellos mientras se iban, algunos no pudieron reprimir la risa. Y, ciertamente, fue muy divertido ver con qué prisas se iban. Algunos, no obstante, pidieron que se les diera el catálogo prometido para poder clasificar los libros según el deseo de Su Majestad Real, promesa que se les había reiterado. En la puerta se dio a cada uno una copa llena del *licor del olvido*[15] para que el recuerdo de aquellos incidentes no atormentara a nadie.

A continuación siguieron los que se habían retractado antes de la prueba; se les dejó pasar sin impedimento alguno por su franqueza y honestidad. Pero se les conminó a que no volvieran nunca en tan deplorables condiciones. No obstante, si una revelación más profunda les invitaba a hacerlo, serían, al igual que los demás, bienvenidos como huéspedes.

Mientras tanto, los prisioneros de las categorías siguientes fueron desnudados. También con ellos se hizo distinción según los crímenes de cada uno. A algunos los despidieron completamente desnudos sin más castigo; a otros les ataron campanillas y cascabeles; hubo algunos, incluso, que fueron expulsados a latigazos. En resumen, sus castigos eran muy variados para que pueda contarlos todos.

Al fin llegó el turno de los últimos. Su condena exigió más tiempo, pues, según los casos, fueron o bien ahorcados, o decapitados, o ahogados, o ejecutados de otras maneras. Durante las ejecuciones no pude contener el llanto, no tanto por compasión hacia los desgraciados, que en justicia merecían el castigo por sus crímenes, sino porque me conmovía la ceguera humana que nos lleva a preocupamos antes que nada por aquello en lo que hemos sido sellados tras la primera caída.

De este modo fue vaciándose el jardín que momentos antes rebosaba de gente, hasta el punto de que no quedaron más que los soldados.

Después de estos acontecimientos se hizo un silencio que duró cinco minutos. Entonces, un hermoso unicornio, blanco como la nieve y llevando un collar de oro

[15] Se trata del agua de Leteo. el río del olvido, río de los infiernos cuya agua tenían que beber los muertos olvidándose de todo lo pasado.
Se trata del agua de Leteo. el río del olvido, río de los infiernos cuya agua tenían que beber los muertos olvidándose de todo lo pasado.

grabado con algunos caracteres, se aproximó a la fuente[16] donde, doblando las patas delanteras, se arrodilló como si quisiera honrar al león[17] que estaba de pie sobre la fuente.
Este león, que a causa de su completa inmovilidad[18] me había parecido de piedra o de acero, cogió inmediatamente una espada desnuda que sostenía en sus garras y la partió en dos trozos; creo que ambos fragmentos cayeron en la fuente. Después, no dejó de rugir hasta que una paloma blanca, llevando una rama de olivo en el pico[19] se acercó a él de un vuelo. La paloma dio la rama al león, que se la tragó, lo que le devolvió la calma. Entonces el unicornio regresó a su lugar con unos cuantos saltos alegres.

Un instante después la virgen nos hizo bajar de la grada por una escalera de caracol y nos inclinamos una vez más ante los cortinajes. Luego nos ordenó que nos vertiéramos agua de la fuente en las manos y sobre la cabeza,[20] y que volviésemos a nuestras filas tras la ablución hasta que el Rey se retirara a sus aposentos por un corredor secreto. Se nos condujo entonces desde el jardín a nuestras habitaciones con gran pompa y al son de los instrumentos, mientras hablábamos entre nosotros amistosamente.

Para ayudarnos a pasar el tiempo agradablemente, la virgen ordenó que cada uno de nosotros estuviese acompañado por un paje. Estos pajes, ricamente ataviados, eran muy instruidos y discurrían sobre cualquier tema con tal arte que teníamos vergüenza de nosotros mismos. Se les había ordenado que nos acompañaran en una visita al castillo, aunque sólo algunas partes, y que nos distrajeran teniendo en cuenta nuestros deseos en la medida que fuese posible.

---

[16] El Unicornio, como el león, es uno de los símbolos de Mercurio. En francés, Unicornio se llama Licorne, palabra formada por *lion*, león y *corne*, cuerno.
Según el Talmud (*Zebahim*, 113 b), el Unicornio se salvó del Diluvio a pesar de no haber podido entrar en el Arca, a causa de su gran tamaño, gracias a su cuerno, con el que se fijó a ésta.
Dentro del simbolismo cristiano, el Unicornio y el león son símbolos de Cristo. Según el Talmud (*Zebahim*, 113 b), el Unicornio se salvó del Diluvio a pesar de no haber podido entrar en el Arca, a causa de su gran tamaño, gracias a su cuerno, con el que se fijó a ésta.
Dentro del simbolismo cristiano, el Unicornio y el león son símbolos de Cristo.

[17] En la astrología, Leo es un signo fijo y de fuego; por eso el león se ha asociado siempre al fuego, al Sol. Como el Unicornio, el León indicaba entre los alquimistas uno de los dos aspectos del Mercurio de los Sabios.
En la astrología, Leo es un signo fijo y de fuego; por eso el león se ha asociado siempre al fuego, al Sol. Como el Unicornio, el León indicaba entre los alquimistas uno de los dos aspectos del Mercurio de los Sabios.
[18] Aquí se confirma que el León simboliza lo fijo, de allí "inmovilidad completa". Observemos que en este pasaje se le relaciona con la espada, símbolo alquímico del fijador.

[19] Ver Génesis VIII-11.

[20] Se trata de una alegoría al bautismo por el agua, así como a las abluciones purificadoras de los Misterios o al disolvente hermético.
Se trata de una alegoría al bautismo por el agua, así como a las abluciones purificadoras de los Misterios o al disolvente hermético.

Después, la virgen se despidió de nosotros prometiéndonos asistir a la cena. A continuación se iban a celebrar las ceremonias de la *Suspensión de las pesas*[21] y luego tendríamos que tener paciencia hasta el día siguiente pues sólo hasta mañana no seriamos presentados al Rey.

Cuando nos dejó, cada uno de nosotros trató de estar ocupado según sus preferencias. Unos admiraban las hermosas inscripciones, las copiaban y meditaban sobre el significado de los extraños caracteres; otros se reconfortaban comiendo y bebiendo. Yo me hice conducir por mi paje a varios lugares del castillo y me alegraré por el resto de mi vida de haber dado este paseo, pues me fueron mostrados, sin mencionar numerosas y notables antigüedades, los panteones de los reyes, en los que aprendí más de lo que enseñan todos los libros. En ellos se encuentra el maravilloso fénix, acerca del cual publiqué un pequeño tratado hace dos años.[22] ¡Ahora tengo la intención de publicar tratados especiales concebidos con el mismo plan y con un desarrollo similar, sobre el león, el águila, el grifo, el halcón y otros temas!

Todavía estoy compadeciendo a mis compañeros por haber desdeñado tan precioso tesoro; no obstante, todo me inclina a pensar que tal ha sido la voluntad de Dios. Saqué más provecho que ellos de la compañía de mi paje, pues éstos conducían a cada uno siguiendo sus tendencias intelectuales, a los lugares y por los caminos que le convenían. Ahora bien, era a mi paje a quien habían confiado las llaves y fue por esta causa qœ saboreé esta felicidad antes que los otros. Y ahora, aunque los llamase, se figuraban que estas tumbas sólo podían encontrarse en los cementerios y allí siempre tendrían tiempo de verlas si es que valía la pena. Sin embargo, estos *monumentos,*[23] de los que ambos sacamos una copia exacta, no serán un secreto para nuestros discípulos más aventajados.

Después los dos visitamos la admirable biblioteca que estaba tal y como era antes de la Reforma. Aunque mi corazón se llene de gozo cada vez que pienso en ella, no la describiré, no obstante; además, el catálogo aparecerá dentro de poco. Junto a la entrada de esta sala se encontraba un libro enorme como no había visto nunca otro igual, que contenía la reproducción de todas las figuras, salas y puertas, así como los *enigmas* e inscripciones que hay en todo el castillo. Pero aunque haya empezado a divulgar estos secretos, me detengo aquí pues no debo decir nada más en tanto el mundo no sea mejor de lo que es.

---

[21] El autor se refiere aquí a la última escena de este tercer día.

[22] No se conoce ninguna obra de Andreae consagrada especialmente al ave Fénix; sin embargo. otro rosacruz, Miguel Maier, publicó en 1622 unas *Cantilenæ Spirituales de Phoenice Redivivo* (Canciones intelectuales acerca de la resurrección del Fénix). de gran belleza e interés. Es, posible que existan ediciones anteriores de esta obra que, como era costumbre, circuló largo tiempo en forma de manuscrito antes de publicarse.

[23] Los Filósofos Herméticos han utilizado a menudo el término “tumba” para alegorizar la putrefacción de la materia de la obra. Son corrientes en sus libros expresiones como “coge tierra de la tumba” o “poner a nuestro Rey, en su tumba”. Para otros, la tumba o el sepulcro son el símbolo del vaso hermético. Por otra parte, místicamente hablando, la tumba es un símbolo de la memoria profunda.

Junto a cada libro vi el retrato de su autor; creí entender que muchos de estos libros serán quemados para que entre los hombres de bien desaparezca incluso su recuerdo.

Al terminar esta visita, en el mismo umbral de la puerta se nos acercó corriendo otro paje que dijo algunas palabras en voz baja al oído del mío. cogió las llaves que éste lo entregó y desapareció por la escalera. Al ver que el paje que me acompañaba palidecía espantosamente le interrogué y tanto insistí que acabó por informarme que Su Majestad prohibía que nadie visitase ni la *biblioteca* ni el panteón y me rogó que mantuviese estas visitas en el más riguroso secreto de modo a salvarle la vida, puesto que nuestro paso por dichos lugares ya había sido negado. Estas palabras me estremecieron de espanto pero al mismo tiempo me alegraron. El secreto fue guardado celosamente y, además, aunque habíamos pasado más de tres horas entre las dos salas, nadie se preocupó por ello.

Sonaron las siete, pero no fuimos llamados a la mesa. Las renovadas distracciones nos hacían olvidar el hambre y con un régimen así ayunaría con gusto toda la vida. Esperando la cena nos mostraron las fuentes, las minas y varios talleres cuyo equivalente no podríamos fabricar ni con todos nuestros conocimientos reunidos. Las salas estaban dispuestas en semicírculos en todos los lugares de tal manera que se podía ver fácilmente el precioso Reloj establecido en el centro sobre una elevada torre: dicho reloj se acomodaba a la posición de los planetas que en él se reproducían con una precisión admirable. Ello nos mostró con la evidencia en qué pecan nuestros artistas, pero no me incumbe a mí instruirlos.

Finalmente, llegué a una espaciosa sala que ya había sido visitada por otros; contenía un *Globo terrestre* cuyo diámetro medía treinta pies. Casi la mitad de la esfera estaba bajo el suelo excepto una barandilla rodeada de escaleras. El *Globo* era movible y dos hombres lo hacían girar cómodamente de modo que nunca se podía ver lo que quedaba bajo el *Horizonte.* Si bien supuse que debía servir para algún uso determinado, no llegaba a comprender la finalidad de unos anillitos de oro que estaban fijos por doquier sobre la superficie. Mi paje sonrió y me invitó a contemplarlos con mayor detenimiento. Por fin descubrí que *mi patria estaba marcada con un anillo de oro;* entonces mi compañero buscó la suya y halló una señal similar, y como esta constatación se verificó también con otros que habían pasado la prueba, el paje nos dio la siguiente explicación, asegurándonos la veracidad de la misma.

Ayer, el viejo *Atlas*[24] -éste es el nombre del *Astrónomo*- había anunciado a Su Majestad que todos los puntos dc oro correspondían con gran exactitud a los países

[24] Nos hemos referido ya a Atlas en la nota 18 de la Jornada segunda. Vemos que aquí se le relaciona con el Globo terrestre y la cartografía. El simbolismo del Globo terrestre es muy misterioso y resulta curioso y significativo observar que casi todas las vírgenes negras tienen en su mano uno de estos globos. No pudiendo decir aquí más que Christian Rosacruz, aconsejamos al lector que medite este párrafo. La visita al interior del Globo ilustra el conocido adagio hermético que dice: "Visita el interior de la tierra, rectificando hallará la piedra oculta. medicina universal" *(Visita interiore teerrum rectificando invenies occultum lapidem universalem medicinam):* V.I.T.R.I.O.L.U.M.

de algunos de los invitados. Había visto que yo no intentaba la prueba.. ***aunque mi patria estaba marcada por un punto;*** **entonces ordenó a uno de los capitanes que solicitara que nos pesaran por lo que pudiera ocurrir, sin peligro para nosotros, y esto porque** ***la patria de uno de entre nosotros se distinguía por un signo bien visible.*** **El paje añadió que era el que disponía de más poder entre los otros pajes y que si había sido puesto a mi disposición era por una razón especial. Le expresé mi agradecimiento y después examiné con más atención mi patria, comprobando que** ***al lado del anillo también había bellos centelleos. No*** **es por vanagloriarme ni por presunción que relato esto.**

Aquel ***globo*** **me enseñó bastantes cosas más que, no obstante, no publico.**

Que el lector intente averiguar por qué razón no todas las ciudades tienen un ***Filósofo.***

Después nos hicieron visitar el interior del ***Globo,*** **en el que entramos de la siguiente manera: en el espacio que representaba el mar, que obviamente ocupaba una gran parte, se encontraba una placa con tres dedicatorias y el nombre del** ***autor.*** **Esta placa podía levantarse fácilmente y abría la entrada por la que podíamos penetrar hasta su centro abatiendo una plancha movible; había sitio para cuatro personas. En el centro sólo había una plancha redonda, pero cuando se llegaba a ella podíamos contemplar las estrellas en pleno día aunque a aquella hora ya estaba oscuro. Me pareció que eran puros carbunclos[25] que realizaban en orden su curso natural y estas estrellas brillaban con tal belleza que no podía dejar de contemplar el espectáculo. Más tarde el paje le contó a la virgen que se rió de mí por esta razón varias veces.**

Llegó la hora de la cena y me había entretenido tanto en el ***globo*** **que iba a llegar a la mesa en último lugar, así que me apresuré a volverme a poner mis vestidos -que me había quitado antes- y me dirigí hacia ella. Los servidores me acogieron con tantas reverencias y muestras de respeto que, muy confuso, no me atrevía a levantar la mirada. Sin darme cuenta pasé de esta guisa al lado de la virgen que me esperaba: enseguida se dio cuenta de mi turbación, me tomó por el vestido y de este modo me condujo a la mesa.**

Pido disculpas por no hablar ahora de la música y de otras maravillas pero no solamente me faltan palabras para describirlas del modo más conveniente sino que no sabría añadir nada a las alabanzas que ya hice de ellas anteriormente: en resumen, allí no había más que el producto del más excelso arte.

Durante la cena contamos nuestras ocupaciones de la tarde, aunque callé la visita a la biblioteca y a los monumentos. Cuando el vino nos hizo más comunicativos, la virgen tomó la palabra y dijo:

---

[25] El carbunclo. que en la Edad Media recibía el nombre de “granate noble”, era una piedra imaginaria, de gran luminosidad, “capaz de iluminar una habitación”.

“Queridos señores: en estos momentos estoy en desacuerdo con mi hermana. Tenemos un águila en nuestros apartamentos y cada una de las dos quisiera ser su preferida: hemos discutido frecuentemente al respecto. Para concluir el asunto hemos decidido finalmente mostrarnos a ella las dos juntas y acordarnos que pertenecería a aquella a quien testimonia mayor amabilidad. Cuando acordamos el proyecto llevaba. según es mi costumbre. un ramo de laurel en las manos, mientras que mi hermana no lo llevaba. Al vernos. el águila tendió a mi hermana el ramo que sujetaba con el pico y. a cambio, me pidió el mío. que yo le di. Las dos dedujimos que cada una era la preferida. ¿Qué opináis de esto?”

La pregunta que, por modestia, nos hizo la virgen picó nuestra curiosidad y a todos nos hubiera agradado hallar la respuesta. Pero las miradas se dirigieron hacia mí y me pidieron que fuera el primero en manifestar mi opinión. Me turbé de tal modo que no pude responder sino planteando la misma cuestión de un modo diferente y dije:

“Señora: sólo una dificultad se opone a la solución a la pregunta que, sin ella, tendría una fácil respuesta. Yo tenía dos compañeros muy apegados a mí, pero como ignoraban a cuál de ellos otorgaba mi preferencia decidieron llegarse a mí corriendo convencidos de que aquel a quien yo acogiose antes, sería mi predilecto. Sin embargo, como uno no podía seguir al otro, se quedó rezagado y lloró; al que llegó primero lo acogí con sorpresa. Cuando lile explicaron la finalidad de la carrera ***no pude decidirme a dar solución a su problema y tuve que postergar mi decisión*** **hasta que yo mismo tuviera claros mis sentimientos.”**

La virgen se mostró sorprendida ante mi respuesta. Comprendió muy bien lo que quería decir y respondió: “¡Vaya!.. estamos en paz”
.
Después pidió el parecer de los otros. Mi historia les había instruido y el que siguió habló así:

“No hace mucho fue condenada a muerte en mi ciudad una virgen: pero como el Juez tuvo piedad de ella, proclamó que quien quisiera entrar en liza por defenderla probando su inocencia mediante un combate, sería admitido a la prueba. La virgen tenía dos pretendientes, uno de los cuales se armó inmediatamente y se presentó en el palenque en espera de su contrincante. Poco después entró el otro, pero como había llegado tarde tomó el partido de combatir y dejarse vencer para que la virgen salvara la vida. Cuando el combate acabó, ambos reclamaron la virgen. Decidme ahora, señores: ¿a quién la otorgáis?”

La virgen no pudo dejar de decir: “Creía que os enseñaba y me tenéis cogida en mi propia trampa; no obstante, desearía saber si todavía otros tomarán la palabra”.

“En efecto -respondió un tercero-. Nunca me contaron aventura más sorprendente que la que me ocurrió. En mi juventud amaba a una joven honrada y, para que mi amo pudiera lograr su finalidad, tuve que servirme de la ayuda de una anciana gracias a la cual por fin alcancé mi objetivo. Pero ocurrió que los hermanos de la joven nos

sorprendieron cuando estábamos los tres reunidos. Se encolerizaron de forma tan violenta que quisieron matarme. Finalmente, a fuerza de ruegos, me hicieron jurar ***que las tomaría a ambas alternativamente como mujeres legítimas, cada una por un año. Y decidme, señores, ¿por cuál debería comenzar, por la joven o por la vieja?”***

Este enigma nos provocó la hilaridad por un buen rato y, aunque algunos cuchicheaban. nadie quiso pronunciarse.

A continuación, el cuarto comenzó del siguiente modo:

“En una ciudad vivía una honesta dama de la nobleza, querida por todos y en especial por un joven gentilhombre. Como éste se hacía demasiado insistente, creyó desembarazarse de él prometiéndole acceder a sus deseos si la llevaba en pleno invierno a un jardín exuberante de verdor y lleno de rosales florecidos, ordenándole que no apareciese más ante ella hasta el día que conviniese. El gentilhombre recorrió el mundo buscando a un hombre capaz de realizar semejante milagro. Por fin encontró a un anciano que prometió hacerlo a cambio de la mitad de su fortuna. Llegados a un acuerdo en este punto, el anciano cumplió lo prometido y el galán invitó a la dama a acudir a su jardín. En contra de sus esperanzas, la dama lo halló todo lleno de verdor, ameno, con una temperatura agradable y recordó su promesa, aunque no expresó más que un deseo: que se le permitiera volver una sola vez con su esposo. Cuando se reunió con éste, le confió sus cuitas, llorando y suspirando. El señor, muy tranquilo sobre la fidelidad de los sentimientos de su esposa, la envió a su amante estimando que, a semejante precio, la había ganado. El gentilhombre, conmovido ante tal rectitud y temeroso de pecar si tomaba esposa tan honesta, la devolvió con todos los honores a su señor. Pero cuando el anciano supo de la probidad de ambos, decidió, aun siendo pobre como era, devolver todos los bienes al gentilhombre. Así que, queridos señores, yo ignoro cuál es la más honesta de estas personas.”

Callamos todos y la virgen, sin responder nada, pidió que siguiera algún otro.

El quinto continuó así:

“Queridos señores, no haré grandes discursos. ¿,Quién es más dichoso, el que contempla el objeto que ama o el que no deja de pensar en él?”

“El que lo contempla”, dijo la virgen.

“No”, repliqué. E iba a iniciarse una discusión cuando un sexto intervino:

“Queridos señores, tengo que contraer un enlace. Puedo elegir entre una joven, una casada y una viuda. Ayudadme a escoger y os ayudaré a resolver la cuestión anterior.”

El séptimo respondió:

“Cuando la cosa se puede elegir es aceptable, pero mi caso fue distinto. En mi juventud amaba a una hermosa y honrada joven con todo mi corazón y ella me correspondía. No obstante esto, no podíamos unirnos a causa de los obstáculos interpuestos por sus amigos. Fue dada en matrimonio a otro hombre que era igualmente recto y honrado. La rodeó de cariño hasta que el día del parto ella cayó en un desvanecimiento tan profundo que todos la creyeron muerta y la enterraron entre la aflicción general. Pensé que tras su muerte podría abrazar a esta mujer que no había sido mía en vida y con la ayuda de mi sirviente la desenterré a la caída de la tarde. Cuando abrí el ataúd y la estreché en mis brazos, me di cuenta de que su corazón palpitaba, aunque débilmente, pero cada vez con más fuerza a medida que yo la calentaba. Cuando estuve seguro de que vivía la llevé a escondidas a mi casa, reanimé su cuerpo con un delicioso baño de hierbas y la confié a los cuidados de mi madre. Dio a luz un hermoso niño al que cuidé con tanta diligencia como pudiera hacerlo una madre. Dos días después, con gran sorpresa por su parte, le conté lo que había ocurrido y le pedí que en adelante se quedara en mi casa como si fuera mi esposa.

“Muy apenada, declaró que su esposo siempre la había amado fielmente, que debía de estar muy apesadumbrado, pero que por lo ocurrido, el amor la entregaba tanto a uno como a otro. Al regresar de un corto viaje invité a su esposo y le pregunté si acogería bien a su difunta mujer si ella apareciera. Cuando me respondió de modo afirmativo llorando con amargura le traje a su esposa e hijo, le conté todo lo que había ocurrido y lo pedí que ratificara con su consentimiento mi unión con ella. Después de una larga discusión tuvo que renunciar a discutir mis derechos sobre la mujer y a continuación nos querellarnos por el niño.”

En este punto intervino la virgen del modo siguiente:

“Me sorprende saber que hayáis podido aumentar el dolor de ese hombre.”

“¡Cómo! -respondió aquél-. ¿No estaba en mi derecho?”

Empezó una discusión entre nosotros; la mayor parte era del parecer de que había hecho bien.

“No --dijo-, le devolví ambos, su mujer y su hijo. Decidme ahora, señores, ¿fue mayor la rectitud de mi acción o la alegría del esposo?”

Estas palabras agradaron tanto a la virgen que hizo circular la copa en honor de ambos.

Los otros enigmas propuestos a continuación eran tan embrollados que no pude retenerlos todos, aunque aún recuerdo la siguiente historia contada por uno de mis compañeros:

Años atrás un médico le había comprado madera con la que se calentó durante el invierno, pero cuando llegó la primavera revendió la misma madera, con lo que resultó que la había usado sin haberla consumido.

“Sin duda, eso se hace por arte -dijo la virgen-, pero el tiempo pasa y hemos llegado al final de la cena.”

“Así es -respondió mi compañero-, y que el que no encuentre solución a estos planteamientos que la pregunte a cada cual; no creo que se la nieguen.”

Se recitó el acción de gracias y todos nos levantamos de la mesa más bien alegres y satisfechos antes que cebados de alimentos. Y deseamos con fervor que todos los banquetes y festines terminasen del mismo modo.

Cuando nos hubimos paseado un poco por la sala, la virgen nos preguntó si deseábamos asistir al inicio de las bodas. Uno de nosotros respondió: “Oh, sí, virgen noble y virtuosa”.

Entonces, mientras conversaba con otros, despachó a un paje en secreto. Se mostraba tan afable con todos nosotros que osé preguntarle su nombre. La virgen no se molestó en absoluto con mi atrevimiento y respondió con una sonrisa:

“Mi nombre contiene cincuenta y cinco y sin embargo sólo tiene ocho letras; la tercera es el tercio de la quinta; si la agregamos a la sexta, forma un número cuya raíz excede a la primera letra en una cantidad mayor que la tercera letra y que es la mitad de la cuarta. La quinta y la séptima son iguales. La última es asimismo igual a la primera y las dos, junto con la segunda, suman tanto como la sexta que, a su vez, no tiene sino cuatro más de lo que tiene la tercera tres veces. Y ahora, señores, ¿cuál es mi nombre?”[26]

El problema me pareció asaz difícil de resolver, pero no me amilané y pregunté:

“Noble y virtuosa virgen, ¿no podría conocer aunque sólo fuese una de las letras?”

“Evidentemente ---dijo--, es posible.”

“¿Cuánto tiene la séptima?”, pregunté.

“Tanto como señores hay en la sala”, respondió.

Esta respuesta fue suficiente y encontré fácilmente su nombre. La virgen se mostró muy contenta por ello y nos anunció que nos serían reveladas muchas más cosas.

[26] Debemos la solución de este enigma nada menos que a Leibniz, que también fue rosacruz (ver *La Entrada Abierta... op. cit.*, pág. 11, nota 6). Colocando el valor numérico de las letras (A= 1, C=3, L= 12, etcétera), este autor descubrió que se trataba de A.L.C.H.I.M.I.A.

Pero entonces vimos aparecer varias vírgenes magníficamente ataviadas, que iban precedidas por dos pajes que alumbraban su camino. El primero de estos pajes tenía una cara alegre, ojos claros y formas armoniosas; el aspecto del segundo era de irritación y, como después observé, todos sus deseos tenían que cumplirse. En primer lugar, los seguían cuatro vírgenes. La primera bajaba con castidad los ojos y sus gestos revelaban una profunda humildad; la segunda virgen era casta y púdica. La tercera se sobresaltó al entrar en la sala. Más tarde supe que no podía permanecer donde hubiese demasiada alegría. La cuarta nos trajo unas flores, símbolo de sus sentimientos de amor y abandono.

A continuación iban otras dos vírgenes engalanadas con mayor riqueza, que nos saludaron. La primera lucía un traje azul tachonado de estrellas doradas; la segunda llevaba un vestido verde con rayas rojas y blancas y ambas llevaban en sus cabellos cintas que flotaban al aire, que les sentaban a las mil maravillas.

La séptima virgen iba sola. Lucía una pequeña corona y sus miradas se dirigían con más frecuencia al cielo que a la tierra. Creímos que era la novia, en lo que errarnos de mucho, aunque su nobleza era grande tanto por la reputación como por la riqueza y su linaje. Fue ella quien en muchas ocasiones ordenó el desarrollo de las bodas. Imitamos a nuestra virgen y nos arrodillamos al pie de esta reina pese a que se mostraba humilde y piadosa. Nos tendió la mano a todos al tiempo que nos decía que no nos extrañáramos demasiado por este favor que no era más que el menor de sus dones. Nos exhortó a elevar nuestros ojos al Creador, a reconocer su omnipotencia en cuanto estaba sucediendo, a perseverar en el camino que habíamos emprendido y a emplear estos dones para gloria de Dios y el bien de los hombres. Estas palabras, tan distintas de las de nuestra virgen, más mundanas, me llegaron directamente al corazón. Después, se dirigió a mí diciéndome: “Tú has recibido más que los otros, intenta, pues, dar más”.

Quedamos todos un poco sorprendidos al escuchar estas palabras, pues cuando vimos a las vírgenes creímos que íbamos a bailar.

Las pesas de las que he hablado anteriormente, estaban aún en el mismo sitio. La reina -ignoro quién era- invitó a cada una de las vírgenes a que tomara una y después dio la suya, la última y más pesada, a nuestra virgen, indicándonos que nos colocáramos detrás. De esta forma fue como nuestra majestuosa gloria se vio un poco rebajada. Fácilmente advertí que nuestra virgen era demasiado buena con nosotros y que no inspirábamos tan alta estima como habíamos empezado a creer.

Así pues, la seguimos en fila y se nos condujo a una primera sala. En ella nuestra virgen colgó primero el peso de la reina, mientras cantaba una hermosa canción. No había en la sala nada especial, salvo algunos bellos libros de oraciones, fuera de nuestro alcance. En el centro, un reclinatorio en el que se arrodilló la virgen y nosotros hicimos lo propio a su alrededor al tiempo que repetíamos la oración que ella leía en uno de los libros. Pedimos con fervor que estas bodas se realizasen para gloria de Dios y para nuestro bien.

Después llegamos a la segunda sala donde la primera virgen colgó a su vez el peso que llevaba, y así seguimos hasta que se cumplieron todas las ceremonias. Entonces la reina tendió de nuevo la mano a cada uno de nosotros y se retiró acompañada de las otras vírgenes.

Nuestra presidente todavía permaneció unos instantes con nosotros, pero como eran casi las dos de la madrugada no quiso retenernos más tiempo, aunque me pareció observar que le agradaba nuestra compañía, y nos deseó buenas noches y nos dijo que durmiéramos tranquilamente y de este modo se separó de nosotros, amistosamente, casi de mala gana.

Nuestros pajes habían recibido instrucciones y nos llevaron a nuestras respectivas habitaciones, acostándose en un segundo lecho instalado en el mismo aposento, por si necesitábamos de sus servicios. Ignoro cómo estaban dispuestas las de mis compañeros, pero mi habitación se encontraba toda guarnecida con tapicería y maravillosos cuadros, y amueblada con propiedad. Aunque a todo ello prefería la compañía del paje, tan elocuente y versado en las artes, que le escuché con gusto durante una hora aún, antes de dormirme a las tres y media.

Fue mi primera noche apacible pese a que un angustioso sueño me impidió disfrutar del reposo enteramente a mi gusto, pues toda la noche soñé que me obstinaba en abrir una puerta que no cedía, hasta que finalmente logré abrirla. Esta fantasía turbó mi descanso hasta que por fin el día me despertó.

JORNADA CUARTA

Todavía descansaba en la cama contemplando tranquilamente los cuadros y las admirables estatuas cuando, de pronto, escuché los acordes de la música y el repiqueteo del triángulo; se diría que la procesión ya estaba en marcha. Mi paje saltó del lecho como un loco, con el rostro tan alterado que más parecía muerto que vivo. Fue mucha mi angustia cuando me informó de que en aquel momento mis compañeros estaban siendo presentados al Rey. Mientras me vestía con presteza maldije mi pereza y lloré a raudales. Mi paje estuvo listo bastante antes que yo y salió corriendo de la habitación para ver cómo andaba la cosa. Volvió inmediatamente con la feliz noticia de que nada se había perdido, que sólo había faltado al desayuno no habiendo querido despertarme debido a mi avanzada edad, pero que ya era el momento de seguirle a la fuente en la que estaban reunidos la mayor parte de mis compañeros. Esta noticia aplacó mi angustia, terminé de vestirme y seguí al paje hasta la fuente.

Tras los consabidos saludos, la virgen se mofó de mi pereza y me condujo a la fuente asiéndome de la mano. Comprobé que el león tenía una gran losa grabada en vez de la espada. La observé atentamente y descubrí que había sido sacada de entre los monumentos antiguos y colocada allí expresamente para aquella circunstancia. El grabado aparecía un poco borroso a causa de su antigüedad. Lo reproduzco para que cada cual pueda meditar sobre él.

HERMES[1] PRINCEPS,
POST TOT ILLATA
GENERI HUMANO DAMNA,
DEL CONSILIO:
ARTISTIQUE ADMINICULO,
MEDECINA SALUBRIS FACTOS;
HEIC FLUO.
BIBAT EX ME QUI POTEST;
LAVET QUI VULT;
BIBITE FATRES,
ET VIVITE.[2]



---

[1] Hijo de Zeus y de Mais, Hermes es la divinidad más importante del panteón alquímico. Recibía el nombre de Trismegisto, que algunos han interpretado como “el tres veces grande”. El Hermes mitológico, helenización del Toth egipcio, nació en la montaña Kíllene, en una cueva. Señalemos que fue el inventor de la cítara y el dios de la música, y que una de las denominaciones más corrientes de la alquimia es la de “Arte de Música”. Hermes o Mercurio era, para los alquimistas, tanto el inventor de la Ciencia Hermética, como el símbolo de la materia utilizada en ésta.

[2] “Príncipe Hermes / tras todo el daño hecho al género humano / dispuesto por Dios; / con la ayuda del Arte; / me he vuelto remedio de salvación; / aquí fluyo, / que beba de mis aguas quien pueda; / que en ellas se lave quien quiera, / bebed, hermanos, / y vivid. / 11378.
El criptograma de inspiración caldea que nos da la edad en que nació Christian Rosacuz, fue descifrado por P. Kienast *(Johann Valentin Andreae und sie vier echten Rosenkreutzer Schriften.* Leipzig 1925, pág. 68).

Esta inscripción era fácil de leer y de entender; la habían colocado allí porque era más fácil de descifrar que cualquier otra.

Tras habernos lavado en primer lugar en esta fuente, bebimos en una copa de oro.[3] Después, volvimos con la virgen a la sala para ponemos nuevas vestiduras. Estas vestiduras mostraban adornos dorados y bordados de flores, y además, cada uno recibió otro Vellocino guarnecido con brillantes. Todos estos Vellocinos difundían influjos según su poder operativo particular. En ellos colgaba una pesada medalla de oro en cuya cara se veían el Sol y la Luna enfrentados.[4] En el reverso había escritas estas palabras: “El resplandor de la Luna igualará al resplandor del Sol, y el resplandor del Sol se hará siete veces más brillante”. Nuestros anteriores adornos fueron depositados en cajas y confiados a cada uno de nuestros servidores. Después, nuestra virgen nos hizo salir en orden.

En la puerta nos esperaban los músicos vestidos con terciopelo rojo ribeteado de blanco. A continuación se abrió otra puerta, que antes había visto siempre cerrada, que daba a la escalera del Rey.

La virgen nos hizo entrar con los músicos y subimos trescientos sesenta y cinco escalones. En esta escalera había reunidos bellísimos trabajos artísticos y cuanto más ascendíamos más admirables eran: por fin llegamos a una sala abovedada repleta de pinturas.

Allí aguardaban las sesenta vírgenes, todas vestidas con opulencia; se inclinaron cuando nos acercamos y les devolvimos el saludo lo mejor que supimos; luego fueron despedidos los músicos que tuvieron que volver a bajar por la escalera.

Al sonar una campanilla apareció una hermosa virgen que nos dio a cada uno una corona de laurel; a nuestra virgen le entregó una rama. Después se alzó una cortina y vi al Rey y a la Reina.

¡Cuánto esplendor y majestad!

Si no hubiera recordado los sabios consejos de la reina de ayer, habría comparado, desbordando entusiasmo, esta inenarrable gloria con el cielo. Cierto es que la sala resplandecía de oro y pedrerías, pero el Rey y la Reina eran de tal manera que mis ojos no podían aguantar su brillo. Hasta aquel día había admirado muchas cosas bellísimas, pero ahora las maravillas se sobrepasaban unas a otras como unas a otras se sobrepasaban en el cielo las estrellas.

---

[3] Ver el Apocalipsis, de Esdrás XIV-39 y ss.

[4] Este motivo aparece con frecuencia en la iconografía alquímica. Estos dos planetas representan al oro y a la plata, así como a los dos principios.

Al aproximarse la virgen, cada una de sus compañeras tomó a uno de nosotros de la mano y nos presentó al Rey con una profunda reverencia; después, la virgen habló en estos términos:

"En honor de Vuestras Reales Majestades, Graciosísimos Rey y Reina, los señores aquí presentes han afrontado la muerte[5] para llegar hasta Vos. Vuestras Majestades se alegrarán de esto con razón, pues la mayor parte están calificados para engrandecer el reino y los dominios de Vuestras Majestades, con la humilde súplica de que mi misión se considere terminada y de que se conozca de cómo he cumplido interrogando a cada uno."

Después, depositó su rama de laurel.

En aquel instante hubiera sido conveniente que alguien de entre nosotros dijera algo. Pero como estábamos muy emocionados como para hablar, fue el viejo Atlas quien se adelantó y dijo en nombre del Rey:

"Su Majestad Real se alegra con vuestra llegada y os concede su gracia real a todos juntos e igualmente a cada uno en particular. Está muy satisfecha del cumplimiento de tu misión, querida virgen, y el Rey te reserva un don. Su Majestad piensa, no obstante, que aún deberías guiarlos hoy, pues no pueden dejar de tener una gran confianza en ti."

La virgen recogió con humildad su rama de laurel y nosotros nos retiramos por primera vez acompañados por nuestras vírgenes.

La sala era rectangular por delante, cinco veces más ancha que larga,[6] pero, en el otro extremo, tenía la forma de un hemiciclo y siguiendo la circunferencia del círculo habían dispuesto tres hermosos tronos; el central era un poco más alto.

El primer trono estaba ocupado por un anciano rey de barba gris, la esposa del cual, por el contrario, era muy joven y admirablemente hermosa.[7] Un rey negro en plena madurez ocupaba el tercer trono, y a su lado se veía una vieja madre, velada y sin corona.

El trono central estaba ocupado por dos adolescentes coronados con laurel y por encima de ambos había suspendida una enorme y hermosa diadema. En aquel momento no eran tan bellos como los imaginaba, pero no sin razón.

---

[5] Tendríamos que leer "han afrontado la muerte y la *han superado*... " El profundo mensaje escatológico de las *Bodas Alquímicas* será más claro si se medita en estas palabras.

[6] Según Auriger (*op. cit.*, pág. 68), se trataría de una descripción simbólica del Atanor u horno de los filósofos, visto en sección.

7 Tenemos aquí el eterno tema de Saturno y Venus. Saturno, viejo, seco, triste, feo y frío, precisa de la juventud, la frescura, la alegría, la belleza y la pasión de Venus.

Varios hombres, la mayor parte ancianos, estaban colocados tras ellos en un banco circular. Lo que sorprendía era que nadie llevaba espada ni arma alguna.[8] Además, tampoco vi guardia sino solamente determinadas vírgenes de las que nos acompañaron el día anterior, que se habían puesto a lo largo de los dos bascotés que llevaban al hemiciclo.

No puedo omitir que el pequeño Cupido[9] revoloteaba por allí. La gran corona le atraía de una forma particular y podía vérsele remolinear y dar vueltas preferentemente a su alrededor. A veces se colocaba entre los dos amantes enseñándoles su arco y sonriendo; incluso alguna vez hacía el gesto de apuntarnos a nosotros con su arco. En fin, era tan malicioso este pequeño dios que no dejaba tranquilos ni a los pájaros que, en gran número, revoloteaban por la sala. Era la alegría y la distracción de las vírgenes y cuando lo podían coger le costaba gran esfuerzo escapar. De modo que todo el regocijo y deleite venían por este niño.

Delante de la Reina había un altar de pequeñas dimensiones, pero de una belleza inconmensurable; sobre él había un libro tapado con terciopelo negro,[10] realzado sólo con algunos sencillos adornos de oro. Al lado del libro una luz en un candelero de marfil. Si bien pequeña, esta luz ardía siempre sin apagarse, con una llama tan inmóvil que no la hubiéramos supuesto un fuego de no ser porque el travieso Cupido soplaba encima de ella de vez en cuando. Junto a este candelero había una esfera celeste que giraba alrededor de un eje, después un pequeño reloj musical junto a una pequeñísima fuente de cristal de la que manaba un chorro continuo de límpida agua, de color rojo sangre. Al lado, una cabeza de muerto,[11] refugio de una serpiente blanca de tal longitud que, a pesar de que rodeaba otros objetos, tenía la cabeza en un ojo y la cola en el otro. De modo que nunca salía del todo de la cabeza de muerto. Pero cuando a Cupido le venía en gana pellizcarla, entraba en ella con una velocidad pasmosa.

---

[8] La mayoría de rituales iniciáticos señalan que, antes de entrar en el Templo, el iniciado ha de despojarse de todos los metales. Los siete metales, o los siete planetas, se trata de lo mismo. El iniciado ha de dejarlos atrás para penetrar en el "ocho", símbolo de la resurrección (ver nota 7 de la Jornada tercera). Recordemos que si en la astrología la casa del matrimonio o de las bodas es la VII, número que aparece a lo largo de todas las "Bodas Alquímicas", la Casa de la muerte y de la resurrección es la VIII.

9 Cupido es Eros. Algunos hermetistas han observado que colocando la "E" de Eros después de la "s", se obtiene "Rose" o sea, "Rosa".
Según Cicerón *(De Natura Deorum)* existen tres Cupidos: el primero de ellos nació de Mercurio y Diana primera, el segundo de Mercurio y Venus segunda y el tercero de Marte y Venus tercera. Simplificando, vemos que se trata siempre del hijo de Venus, la Diosa del Amor y que sus atributos son siempre los mismos: el arco, la aljaba, las flechas y las alas.

[10] Este libro que puede leerse a la luz eterna de un candelabro de marfil, simboliza el *Liber Mundi* del que hablamos al principio de nuestra introducción. Es el libro de la vida (ver Apocalipsis III-5; libro de Henoch, CVIII-3 y La Magia de Arbatel, 2.° Septenario. Aforismo XI).

[11] *Caput mortem*, la cabeza de muerto, aparece constantemente en la iconografía hermética. Según los alquimistas se refiere a uno de los regímenes de la Obra: la putrefacción. Ver La *Entrada Abierta al Palacio Cerrado del Rey*, cap. XX y XXV.

Aparte de este pequeño altar se observaban por doquier en la sala maravillosas imágenes que se movían como si estuviesen vivas, con una fantasía tan sorpresiva que me es imposible describirlas. Cuando salíamos, se elevó en la sala un *canto* de tal suavidad que no sabría decir si brotaba del corazón de las vírgenes que allí estaban, o de las mismas imágenes.

Salimos de la sala con las vírgenes, satisfechos y gozosos por el recibimiento. Los músicos nos esperaban en el descansillo y bajamos en su compañía; detrás nuestro cerraron la puerta cuidadosamente y echaron los cerrojos.

Cuando estuvimos de regreso en la sala, una de las vírgenes exclamó:

"Hermana mía, estoy admirada de que te hayas atrevido a mezclarte con tanta gente".

"Querida hermana -respondió la presidente-, éste da más miedo que ningún otro."

Y me señaló mientras lo decía. Estas palabras me apenaron pues comprendí que se burlaba de mi avanzada edad, pues en efecto, yo era el más viejo. Pero no tardó en consolarme con la promesa de desembarazarme de esta enfermedad con la condición de seguir gozando de su favor.[12]

Se nos sirvió la comida y cada uno tomó asiento al lado de una de las vírgenes, cuya instructiva conversación absorbió nuestra atención. Pero no me es dado revelar los temas de sus charlas ni de sus recreos. Las preguntas de la mayor parte de mis compañeros versaban sobre las artes, y de ello deduje que la preocupación primordial de todos, tanto ancianos como jóvenes, era el arte. Pero yo estaba obsesionado por el pensamiento de volver a ser joven y un poco apenado por ello. La virgen lo comprendió claramente y dijo:

"Sé bien lo que le falta a este jovencito. ¿Qué apostáis a que mañana estará más contento, si me acuesto con él esta noche?"

Estas palabras provocaron una carcajada general y aunque mi cara se cubrió de rubor, tuve que unirme a las risas que provocaba mi infortunio. Pero uno de mis compañeros se encargó de vengar esta afrenta, diciendo:

"Espero que no sólo los invitados, sino también las vírgenes que nos acompañan, no se nieguen a testificar en favor de nuestro hermano y certifiquen que nuestra presidente ha prometido de modo formal compartir su cama esta noche."

Esta respuesta me satisfizo grandemente, pero la virgen replicó:

---

[12] Para los alquimistas, la vejez era únicamente una enfermedad debida al estado caído del hombre. *Senium*, vejez, es también agotamiento, tristeza. Christian Rosacruz está obsesionado por la idea de ser eternamente joven porque éste es el resultado del Arte.

“Sí, pero también están mis hermanas, y nunca me permitirían guardar el más bello, sin su consentimiento.”

“Querida hermana -medió una de ellas-, estamos muy satisfechas al comprobar que tus altas funciones no te han vuelto altanera. Con tu permiso quisiéramos echar a suertes a los señores que aquí hay para repartirlos entre nosotras como compañeros de cama; pero tendrás, con nuestro consentimiento, la *prerrogativa* de guardar el tuyo.”

Seguimos la conversación dejando de bromear sobre este tema.

Pero nuestra virgen no quiso dejarnos tranquilos e insistió:

“Señores míos, ¿y sí dejamos a la suerte el cuidado de elegir a los que dormirán juntos hoy?”

“Bien ---dije-, si no hay otro remedio, no podemos rechazar esta oferta”.

Convinimos en hacer la experiencia inmediatamente después de la comida, y no queriendo nadie retrasarse por más tiempo, nos levantamos presto de la mesa, siendo imitados por nuestras vírgenes. Pero la presidente nos dijo:

“No, aún no ha llegado el momento. Veamos, no obstante, cómo nos unirá la suerte.”

Abandonamos a nuestras compañeras para *discutir* la manera de realizar dicho proyecto pero fue inútil porque las vírgenes nos habían separado de ellas ex profeso. Efectivamente, enseguida la presidente nos propuso colocarnos en círculo, sin orden concreto; nos contaría, empezando por ella misma, y el séptimo debería unirse con el séptimo siguiente, fuese quien fuese. No sospechamos ninguna trampa, pero las vírgenes eran tan listas que ocuparon sitios determinados mientras nosotros estábamos mezclados al azar. La virgen empezó a contar y después de ella la séptima persona fue una virgen, en tercer lugar otra virgen, y así siguió la cosa hasta que, con gran admiración por nuestra parte, salieron todas las vírgenes sin que nadie de nosotros hubiera podido dejar el círculo. Nos quedamos, pues, solos, expuestos a la risa de las vírgenes y tuvimos que admitir que habíamos sido engañados de forma muy hábil. Pues a buen seguro cualquiera que nos hubiera visto en el orden en que estábamos, antes hubiera supuesto que se desplomaría el cielo que no que todos íbamos a ser eliminados. Así terminó el juego y hubo que dejar que las vírgenes se mofaran a cuenta nuestra. Sin embargo, el pequeño Cupido vino a unirse a nosotros de parte de Su Majestad Real bajo cuya orden circuló entre nosotros una copa; pidió a nuestra virgen que se presentara al Rey y declaró luego que no podía quedarse entre nosotros más tiempo para distraemos. Como la alegría es contagiosa, mis compañeros organizaron enseguida un baile, con la aprobación de las vírgenes. Preferí quedarme aparte y tuve el grato placer de mirarlos, pues viendo a mis mercurialistas moverse con tanta cadencia, se les habría tomado por maestros consumados en dicho arte.

Pronto regresó nuestra presidente y nos anunció que los artistas y los *estudiantes* se habían puesto a disposición de Su Majestad Real para representar, antes de que se marchase, una alegre comedia en Su honor y para Su recreo; sería del agrado de Su Majestad Real y estaría graciosamente reconocida si asistíamos a la representación y acompañábamos a Su Majestad a la Casa Solar.[13] Agradeciendo respetuosamente el honor que se nos confería, *ofrecimos* humildemente nuestros servicios, no sólo en este caso sino en cualquier circunstancia. La virgen trasladó esta respuesta y regresó con la orden de que nos colocáramos en el camino de Su Majestad Real. Nos llevaron y no tuvimos que esperar a la procesión real pues ya se encontraba allí, aunque sin los músicos.

Al frente del cortejo avanzaba la desconocida reina que estuvo ayer entre nosotros, llevando una preciosa corona pequeña, forrada de raso blanco, que sólo tenía una minúscula cruz hecha con una perla colocada hoy mismo entre el joven Rey y su prometida. Seguían a esta reina las seis vírgenes nombradas antes que avanzaban en dos filas llevando las joyas reales que habíamos visto expuestas sobre el pequeño altar. Después venían los tres reyes, con el novio en medio. Iba mal vestido, de raso negro a la moda italiana, cubierto con un pequeño sombrero "redondo y negro" adornado con una pluma negra y puntiaguda. Para mostramos su benevolencia se descubrió amistosamente ante nosotros, que, como antes, nos inclinamos. Los tres reyes iban seguidos por tres reinas dos de las cuales iban ricamente ataviadas; por el contrario, la tercera, que iba en medio de las otras, vestía de negro y Cupido le llevaba la cola del vestido. Nos dijeron que debíamos seguir nosotros. Detrás venían las vírgenes y, finalmente, el viejo Atlas cerraba la procesión. Así llegamos, atravesando muchos lugares admirables, a la Casa Solar donde tomamos asiento para asistir a la representación en un estrado precioso no lejos del Rey y la Reina. Estábamos situados a derecha de los Reyes, si bien separados de ellos, y las vírgenes a nuestra derecha, salvo aquellas a quienes la reina había dado insignias. Estas tenían plazas reservadas arriba, mientras que los restantes servidores se contentaron con sitios entre las columnas, totalmente abajo.

La comedia sugiere muchas reflexiones particulares, de modo que no puedo omitir contar aquí el argumento aunque en brevedad.[14]

PRIMER ACTO

Aparece un anciano rey rodeado de sus servidores y lo entregan un cofrecito que dicen han encontrado sobre las aguas.[15] Al abrirlo descubren a una hermosa niña, a

---

[13] Se trata del Templo del Sol, ya que la Obra Hermética es la Obra del Sol.

[14] Los siete actos de esta comedia se superponen simbólicamente a las siete jornadas de las "Bodas Alquímicas". La carta en pergamino del primer Acto recuerda a la que Christian Rosacruz recibe de la mujer alada. El negro y la niña del segundo, al cuervo y a la paloma blanca de la Segunda jornada, etcétera.

[15] Este acto recuerda la leyenda babilónica de Sargón I que, hijo de un padre desconocido, es hallado en un cesto de mimbre en el Éufrates. Salvado por un campesino, cae en gracia a la diosa lshtar (que corresponde a Isis y a Venus) gracias a la cual llega a ser rey. La narración de Moisés hallado en el Nilo

su lado unas joyas y una carta en pergamino dirigida al rey. Este rompe el sello y una vez leída la carta se echa a llorar. Luego dice a sus cortesanos que el rey de los negros ha invadido y devastado el reino de su prima y que ha exterminado a toda la descendencia real, excepto a la niña.

El rey proyectaba unir su hijo a la hija de su prima; jura odio eterno al rey negro y a sus cómplices y decide vengarse. Entonces ordena que se eduque a la niña con esmero y que se hagan preparativos de guerra contra el negro.

Estos preparativos, así como la educación de la niña -una vez que hubo crecido un poco se confió su educación a un preceptor- llenan el primer acto desarrollado de modo muy agradable y con gran finura.

ENTREACTO

Hubo un combate entre un león y un grifo;[16] vimos perfectamente cómo venció el león.

SEGUNDO ACTO

Transcurre en casa del negro. Este pérfido acaba de saber, rabioso, que el asesinato ha sido descubierto y que, además, astutamente, se le ha escapado una niña. Medita sobre las artimañas que podrá emplear contra su poderoso enemigo, escucha a sus consejeros, gente acosada por el hambre, refugiados junto a él. Inesperadamente, la niña cae de nuevo en sus manos y la iba a matar inmediatamente de no haber sido engañado de modo singular por sus propios cortesanos.

Este acto termina, pues, con el triunfo del negro.

TERCER ACTO

El rey reúne un poderoso ejército y lo pone a las Ordenes de un viejo y valeroso caballero, quien irrumpe en el reino del negro, libera a la joven de su prisión y la viste ricamente.[17] Acto seguido se construye rápidamente un estrado admirable donde colocan a la virgen. Llegan doce enviados del rey.[18] Entonces, el anciano caballero toma la palabra y le dice a la virgen que su gracioso Señor, el Rey, no sólo la había

---

por la hija del Faraón (ver Éxodo II) parece simbolizar lo mismo. ¿No se trata de la eterna historia del hombre abandonado a merced de las olas del mundo caído que, gracias al amor de una diosa o un adepto, vuelve a recobrar su estado real?

16 Animal fabuloso, de medio cuerpo arriba águila y de medio cuerpo abajo león. Se trata de una evocación tradicional de la unión del fijo y del volátil.

17 De nuevo aquí el tema del vestido, que tan relacionado está con el de las Bodas. Ver *Mateo* XXII-12. Observaremos que también aquí el profano es atado de pies y manos. Ver nota 22 de la Jornada segunda.

18 Observemos que, como Cristo tiene doce apóstoles, el rey posee doce enviados. La importancia simbólica de este número resalta en el *Apocalipsis* con la Jerusalén Celeste.

librado por segunda vez de la muerte después de darle una regia educación, y eso a pesar de que ella no se había comportado siempre como era debido, sino que Su Majestad Real la había escogido como esposa para su joven señor e hijo y que había dado orden de preparar los esponsales. Después, da lectura a unas condiciones que merecerían ser contadas aquí si no fuese por su larga extensión.

La virgen jura observarlas con fidelidad y manifiesta graciosamente su reconocimiento por la ayuda y los favores que le han sido otorgados.

Este tercer acto acaba con cantos del Rey y de la virgen, alabando a Dios.

ENTREACTO

Se nos muestran los cuatro animales de Daniel[19] como se le aparecieron en su visión y del modo cómo los describe detalladamente. Todo esto tiene un significado muy preciso.

CUARTO ACTO

La virgen ha recobrado su perdido reino; la coronan y aparece en la plaza en todo su esplendor, entre gritos de alegría. A continuación entran muchos embajadores para transmitirle sus congratulaciones y para admirar su excelsitud. Pero ella no persevera demasiado tiempo en la piedad y empieza a dirigir miradas desvergonzadas a su alrededor, a hacer gestos a los embajadores y a los señores, no mostrando, ciertamente, discreción alguna.

El negro, sabedor de las costumbres de la princesa, saca hábilmente partido de esta situación. La princesa, burlando la vigilancia de sus consejeros, fácilmente se deja cegar por una falaz promesa y, desconfiando de su Rey, se entrega poco a poco y secretamente al negro. Éste acude y, cuando ella consiente en reconocer su dominio, subyuga a todo el reino por medio de la princesa. En la tercera escena de este acto el negro se la lleva, la desnuda por completo, la ata a la picota de un basto patíbulo y la azota. Finalmente, la condena a muerte.

Era tan penoso ver tales cosas que las lágrimas afluyeron a los ojos de muchos de nosotros.

A continuación, la virgen es arrojada del todo desnuda a un calabozo aguardando a que la maten envenenándola. Pero el veneno no la mata pero sí le produce la lepra.[20]

---

[19] Ver *Daniel* VII-3, así como *Apocalipsis* IV-6, V-8, XIV-3 y XV-7.

[20] Para los, alquimistas, la lepra era el conjunto de impurezas “superfluidades” terrestres que encontramos en los metales o en cualquier compuesto animado o inanimado en este mundo caído. Para ellos sólo el Polvo de Proyección es capaz de curar esta lepra, que si bien no es mortal en sí, conduce a la muerte de la que es en cierto modo el fermento, impidiendo que el hombre o la naturaleza se perpetúen.

En este acto ocurren sucesos lamentables.

ENTREACTO

Se expone un cuadro que representaba a Nabucodonosor llevando emblemas de toda clase, en la cabeza, en el pecho, en el vientre, en las piernas, en los pies, etcétera. Volveremos a hablar de él más adelante.

QUINTO ACTO

Le explican al joven rey lo que ha ocurrido entre su futura esposa y el negro. Se dirige a su padre rogándole que no le abandone en esta aflicción. Habiendo accedido el padre a su ruego, se envían embajadores para consolar a la enferma en su prisión y para reprenderla por su ligereza. Pero ella se niega a recibirlos y consiente, en cambio, en transformarse en la concubina del negro, todo lo cual es transmitido al rey.

Aparece ahora un coro de orates, todos ellos provistos de bastones. Con éstos se construye una gran esfera terrestre y la derriban a continuación. Fue una fantasía fina y graciosa.

SEXTO ACTO

El joven rey reta al negro en combate. El negro muere, el rey es asimismo dado por muerto. Sin embargo, recobra el sentido, libera a su prometida y regresa para preparar las bodas; entretanto, la confía a su intendente y a su capellán.

En primer lugar, el intendente la atormenta horrorosamente; después, le toca la vez al monje, que se vuelve tan arrogante que pretende dominar el mundo entero.

Cuando el joven rey se entera de esto manda con toda rapidez a un enviado que quiebra el poder del preste y empieza a preparar a la novia para las bodas.

ENTREACTO

Se presenta un enorme elefante artificial que transporta una gran torre llena de músicos, cual cosa miramos con agrado.

SÉPTIMO Y ÚLTIMO ACTO

El novio aparece con una magnificencia inenarrable -me pregunto cómo habrán podido realizarlo-. La novia acude a su encuentro con la misma solemnidad. A su alrededor el pueblo grita: *Vivat Sponsus, Vivat Sponsa.*[21]

[21] Viva el Novio, Viva la Novia.

Y así, con esta comedia, los artistas festejaban soberbiamente al Rey y a la Reina que, fácilmente me di cuenta de ello, fueron muy sensibles a su desarrollo.

Para finalizar, los artistas dieron varias veces la vuelta al escenario en una apoteosis y, por último, cantaron a coro.

I

Este día nos trae una inmensa alegría con las bodas del Rey: cantad todos, pues, para que resuene: Felicidad a quien nos la da.

II

La hermosa novia a la que hemos aguardado tanto tiempo está unida ahora con él. Hemos luchado pero llegamos al fin. Dichoso el que mira hacia delante.

III

Y ahora, recibid nuestros parabienes. Que vuestra unión sea próspera; largo tiempo estuvo en tutela. Multiplicaos en esta leal unión para que miles de vástagos nazcan de vuestra sangre.

Y la comedia acabó entre aclamaciones y alegría general así como con la satisfacción particular de las personas reales.

Finalizaba el día cuando nos retiramos en el mismo orden en que habíamos llegado pero, lejos de abandonar el cortejo, tuvimos que seguir por la escalera a las personas reales hasta la sala en la que habíamos sido presentados. Las mesas aparecían ya servidas con arte y, por primera vez, fuimos invitados a la mesa real. En el centro de la sala se encontraba el pequeño altar con las seis *insignias* **reales ya habíamos visto antes.**

El joven rey se mostró en todo momento muy afable con nosotros. No obstante, no se le veía alegre en modo alguno, pues, a pesar de hablarnos de vez en cuando, no podía retener los suspiros, por lo que el pequeño Cupido se burlaba de él. Los ancianos reyes y las ancianas reinas se mostraban con mucha gravedad; sólo la esposa de uno de ellos era ciertamente vivaz, comportamiento del que yo ignoraba la causa.

Las personas reales se sentaron a la primera mesa, nosotros lo hicimos en la segunda; en la tercera vimos a algunas damas de la nobleza. El resto, hombres y doncellas, aseguraban el servicio. Y todo transcurrió con gran corrección y de un modo muy sosegado y grave, de modo que dudaba en hablar por temor a decir

demasiado. Sin embargo, debo declarar que las personas reales vestían ropas de un blanco deslumbrante como la nieve y que se habían sentado a la mesa con dichos vestidos. La gran corona de oro estaba colgada encima de la mesa y el brillo de las piedras que la adornaban bastaría para alumbrar la sala sin precisarse otra luz.

Todas las luces se prendieron en la llamita colocada encima del altar, sin que pueda comprender la causa. Además, observé con atención cómo el joven rey cuidó de que varias veces llevaran alimentos a la serpiente blanca, y eso me hizo reflexionar mucho. Casi todo el gasto de la conversación en el banquete lo hizo el pequeño Cupido; no dejó a nadie tranquilo, especialmente a mí. A cada instante nos sorprendía con alguna novedad.

Pero todo sucedía con la mayor calma y no se veía ninguna alegría aparente. Intuí un grave peligro y la ausencia de música acrecentaba mi aprensión, que aumentó más aún cuando nos dieron la orden de contestar clara y brevemente si se nos preguntaba algo. En resumen, todo aquello tomaba un aire tan extraño que el sudor impregnó mi cuerpo y creo que hasta al más audaz de los hombres le habría faltado el valor.

Terminaba la comida cuando el joven rey ordenó que le trajeran el libro colocado sobre el altar. Lo abrió y luego nos preguntó una vez más, por medio de un anciano, si ciertamente estábamos firmemente decididos a acompañarle pasase lo que pasase. Y cuando, trémulos, contestamos afirmativamente nos volvió a preguntar con cierta tristeza si estábamos dispuestos a comprometernos por escrito. Negarse no era posible. Además, así debía ser. Entonces nos levantamos por turno y cada uno estampó su firma en el libro.

Cuando hubo firmado el último, trajeron una fuente y un cubilete, ambos de cristal. Todas las personas reales bebieron en él según su jerarquía. Después nos lo presentaron a nosotros y, por fin, al resto de los presentes, y eso fue *haustus silentii*.[22]

A continuación, todas las personas reales nos tendieron la mano declarando que, puesto que en adelante no dependeríamos más de ellas, no la veríamos nunca más; estas palabras nos provocaron el llanto, pero nuestra presidente protestó en nuestro nombre, y las personas reales se dieron por satisfechas con ello.

De pronto tintineó una campanilla y nuestros huéspedes reales palidecieron de un modo tan horrible que por poco perdemos el sentido de miedo. Cambiaron sus vestidos blancos por ropas enteramente negras; luego, la sala entera y el suelo fueron cubiertos con terciopelo negro y de idéntico modo la tribuna. Todo esto había sido preparado de antemano.

Retiraron las mesas y los presentes tomamos asiento en el banco. También nosotros nos vestimos con ropa negra. Nuestra presidente, que acababa de salir, regresó con seis cintas de tafetán negro y con ellas vendó los ojos de las seis personas reales.

[22] La prueba del silencio.

Una vez privadas de la vista, los servidores trajeron rápidamente seis ataúdes cubiertos y los depositaron en la sala. En el centro dispusieron un tronco negro y bajo.

Finalmente, entró en la sala un gigante, negro como el carbón, que llevaba en sus manos una afilada hacha. El viejo rey fue el primero en ser conducido al tajo; rápidamente le cortaron la cabeza y la envolvieron en una sábana negra. Su sangre fue recogida en un gran tarro de oro que dejaron en el ataúd a su lado. Cerraron el ataúd y lo dejaron aparte.

Los demás sufrieron la misma suerte y me estremecí al pensar que del mismo modo llegaría mi turno. Pero no fue así, pues el gigantesco negro se retiró una vez decapitadas las seis personas. Alguien le siguió para cortarle a su vez la cabeza justo delante de la puerta, y regresó con el hacha y la cabeza que fueron ambas depositadas en una caja.

Ciertamente, fueron unas bodas sangrientas. Pero, como ignoraba qué habría de suceder aún, dominé mis impresiones y me reservé emitir un juicio sobre todo aquello. Además, nuestra virgen, viendo que varios de nosotros perdíamos la fe y llorábamos, nos invitó a calmamos, añadiendo:

"La vida de éstos está ahora en vuestras manos, creedme y obedecedme; así su muerte dará vida a muchos."[23]

Después nos pidió que reposáramos y nos desentendiéramos de cualquier preocupación, pues lo que había ocurrido era por su bien. Nos deseó buenas noches y nos anunció que ella velaría a los muertos. Conforme con sus deseos, seguimos a nuestros pajes a los aposentos de cada uno.

Mi paje me habló extensamente de muchos asuntos que recuerdo muy bien. Su inteligencia me sorprendió mucho, pero acabé dándome cuenta de que trataba de que me entrara el sueño. Simulé que dormía profundamente, pero estaba muy despierto pues me era imposible olvidarme de los decapitados.

La habitación daba al lago de modo que desde la cama, colocada junto a la ventana, podía fácilmente recorrer con la vista toda su extensión. A medianoche, justo al sonar las doce campanadas, vi de pronto un gran fuego en el lago y muerto de miedo abrí rápidamente la ventana. A lo lejos vi acercarse siete naves llenas de luz. Por encima de cada una de ellas brillaba una llama que revoloteaba por doquier, descendiendo incluso de cuando en cuando. Fácilmente comprendí que eran los espíritus de los decapitados.

---

[23] Para los alquimistas, la vida no es la parodia que "vivimos", o sea, en la que morirnos poco a poco, sino la vida pura y regenerada que comienza con la resurrección. No hay que olvidar, sin embargo, que para resucitar hay que morir primero, y que esta muerte es una experiencia que puede darse en vida. "Muere antes de morir" declara un *hadith* sufí.

Los navíos se aproximaron lentamente a la orilla con su único piloto. Cuando abordaron vi que nuestra virgen se acercó a ellos portando una antorcha, y detrás de ella traían los siete ataúdes cerrados y la caja, que fueron depositados en los siete barcos.

Desperté al paje, que me lo agradeció vivamente; había andado mucho durante el día, incluso estando prevenido, y podría haberse quedado dormido mientras sucedían estos acontecimientos.

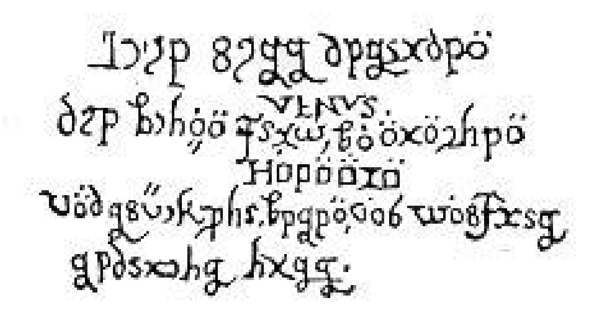
Una vez los ataúdes fueron depositados en los barcos, se apagaron todas las luces. Las seis *llamas* navegaron más allá del lago y en cada barco sólo se veía una lucecita que hacía de vigía. Entonces se instalaron junto al lago como unos cien guardianes que enviaron a la virgen al castillo. Ésta pasó los cerrojos cuidadosamente, de lo que inferí que no habría más acontecimientos antes del día. Así pues, tratamos de descansar.

De todos mis compañeros, ninguno, salvo yo, tenía el aposento sobre el lago y yo era el único que había presenciado la escena. Pero estaba tan fatigado que me dormí pese a las grandes precauciones que tomé para no hacerlo.

JORNADA QUINTA

Deseoso de saber cómo continuaban los hechos, me levanté al despuntar el alba sin haber disfrutado de un descanso suficiente. Cuando ya me había vestido bajé a la sala, aunque no encontré a nadie en ella a esa hora tan temprana. Así pues, pedí a mi paje que me acompañase otra vez al castillo y que me enseñara los parajes más interesantes. Como siempre, se prestó gustoso a mis deseos.

Bajando algunos peldaños subterráneos, nos topamos con una gran puerta de hierro sobre la que destacaba una inscripción en grandes letras de cobre:[1]



Reproduzco la inscripción exactamente como la copié en mi tablilla.

El paje abrió la puerta y me guió a un corredor completamente oscuro, llevándome de la mano. Llegamos a una puerta pequeña que estaba entreabierta, según mi paje porque había sido abierta para sacar los ataúdes la víspera y todavía no la habían cerrado.

Entramos: ante mis maravillados ojos apareció la cosa más preciosa que jamás haya realizado la naturaleza. La sala abovedada no recibía otra luz más que el resplandor radiante de algunos carbunclos enormes;[2] me dijeron que era el tesoro del Rey. Pero en el centro fue donde vi la maravilla más admirable: un precioso sepulcro. No pude menos que sorprenderme al verlo tan descuidado. El paje me indicó que debía dar gracias a mi planeta,[3] cuya influencia me permitía contemplar algunas cosas que ningún ojo humano había visto[4] hasta entonces, salvo el séquito real.

---

[1] El Cobre es el metal de Venus, el planeta del amor.

[2] La luz del carbunclo es fosforescente; es curioso observar que la palabra "Phosphoros" es la traducción griega exacta del término latino *Lucifer Luciferis,* el portador de la luz, el lucero del alba, uno de los nombres dados a Venus. Ver nota 25 de la Jornada tercera.

3 Se trata de nuevo del planeta Venus, la estrella de la mañana, que recibía también la denominación de "el pequeño benéfico". Regente de la Casa VII, la Casa del Matrimonio, su simbolismo aparece a lo largo de todas las "Bodas Alquímicas". Por otra parte, siendo la Casa V la Casa del Amor, es lógico que la visión de Venus tenga lugar en la Quinta jornada.

[4] Ver *Corintios* II-9. En otro bellísimo relato onírico del rosacruz Enrique Madathan, leemos "La revelación sobrenatural es una: divino, admirable y santo es el don; abarca a todo el universo; se basta a sí mismo; es la *verdad* y domina verdaderamente a todos los elementos; es su Quintaesencia. Los ojos no lo han percibido, ninguna oreja lo ha oído, ningún corazón humano se le ha acercado y nadie sabe lo que el cielo ha puesto sobre este espíritu de verdad". (Ver el *Saeculum Aureum Redivivum,* Hamburgo 1631, cuya traducción íntegra dimos en nuestros *Cuatro Tratados de Alquimia,* Ed. Visión Libros, Barcelona 1979.*)*

El sepulcro era triangular y sostenía en su centro un vaso de cobre pulido; el resto era de oro y de piedras preciosas. Un ángel, de pie en el vaso, tenía en sus brazos un árbol desconocido que dejaba caer incesantemente gotas en el recipiente; a veces se despegaba de él un fruto que se hacía agua en cuanto tocaba el vaso y se derramaba en tres pequeñas vasijas de oro. Tres animales, sobre una peana preciosa, un águila, un buey y un león,[5] servía de soporte a este pequeño altar.

Le pregunté al paje el significado de todo aquello.

“Aquí yace Venus -dijo-, la hermosa que ha hecho perder felicidad, salud y fortuna, a tantos grandes.” Después me enseñó una trampilla de cobre que había en el suelo. “Si es vuestro deseo podemos continuar bajando por aquí.”

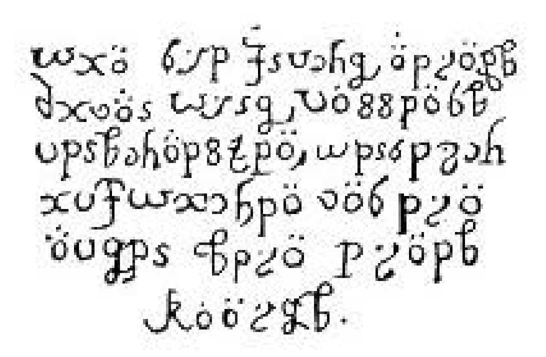
“Os sigo», le contesté; y bajé por la escalera en la que la oscuridad era completa. El paje abrió con presteza una cajita que contenía una luz eterna con la que prendió una de las numerosas teas colocadas en este sitio. Lleno de aprensión le pregunté si le estaba permitido hacerlo.

“Como ahora las personas reales reposan, no tengo que temer”, me respondió.

Entonces descubrí un lecho de riqueza inimaginable y de colores admirables. El paje lo entreabrió y vi acostada en él a Venus completamente desnuda -el paje había levantado la manta-, con tanta gracia y belleza que me quedé inmóvil de tanta admiración y aún ignoro si contemplé una estatua o a muerta, ya que se hallaba completamente quieta y me estaba prohibido tocarla.

Luego el paje la cubrió otra vez y cerró la cortina; pero su imagen ha quedado grabada en mis ojos.

Tras el lecho vi un tablero con la inscripción siguiente:



Pregunté al paje el significado de estos caracteres y, riéndose, me prometió que lo sabría. Después apagó la llama y subimos. Cuando miré a los animales con más detenimiento me di cuenta de que en cada rincón ardía una antorcha resinosa. No

[5] Tres animales que, junto con el ángel, corresponden a los cuatro evangelistas, o las cuatro figuras del apocalipsis.

había visto antes esas luces pues su fuego era tan claro que más bien semejaba el brillo de una piedra y no una llama. El árbol, expuesto a este calor, no dejaba de fundirse mientras que continuaba produciendo nuevos frutos.

"Escuchad -dijo el paje- lo que he oído decir a Atlas hablando con el Rey. Aseveraba que cuando el árbol se funda por completo, Venus despertará y será madre de un rey."

Aún seguía hablando y posiblemente me hubiera dicho más cosas cuando Cupido entró en la sala. A primera vista, pareció asombrado al comprobar nuestra presencia en ella; pero cuando notó que ambos estábamos más muertos que vivos, acabó por reír y me preguntó qué espíritu me había empujado allí. Temblando, le contesté que me había perdido en el castillo, y que el azar me había conducido a esta sala y que mi paje, después de haberme buscado por todas partes, acabó encontrándome en ella; en fin, que esperaba no se tomase la cosa a mal.

"Así tiene un pase, abuelo temerario -me indicó--. Pero me habría visto ultrajado groseramente si hubieses visto esta puerta. Ya va siendo hora de que tome precauciones."

Al decir esto, cerró con un candado la trampilla de cobre por la que habíamos bajado. Di gracias a Dios por no haber sido sorprendido antes y mi paje me quedó agradecido por haberlo ayudado a salir de aquel apurado trance.

"No obstante -continuó Cupido-, no puedo dejaros impunes por haber casi sorprendido a mi madre." Calentó la punta de una de sus flechas en una de las luces y me pinchó en la mano. Apenas me di cuenta del pinchazo, pues estaba muy contento por haber resuelto tan simplemente la situación y haber salido tan bien librado.

Entretanto, mis compañeros se habían levantado y se habían reunido en la sala; me uní a ellos fingiendo que me acababa de levantar en ese momento. Cupido, que había cerrado cuidadosamente la puerta tras él, me pidió que le enseñase la mano. Una gota de sangre permanecía aún. Cupido se rió de ello y avisó a los demás para que desconfiaran de mí pues cambiaría en breve. Nos quedamos estupefactos al comprobar la alegría de Cupido; se diría que los tristes sucesos del día anterior le traían completamente sin cuidado y no manifestaba signo alguno de dolor.

Nuestra presidente se había preparado para salir; iba completamente vestida de negro y llevaba la rama de laurel en la mano. Cuando se hubieron acabado los preparativos la virgen nos dijo que nos refrescáramos y que nos preparásemos a continuación para la procesión. Lo cual hicimos sin perder un momento siguiéndola enseguida al patio.

Allí estaban colocados seis ataúdes. Mis compañeros estaban convencidos de que allí estaban los cuerpos de las seis personas reales, pero yo sabía a qué atenerme, aunque ignoraba qué iba a pasar con los otros ataúdes.

Al lado de cada uno de los ataúdes había ocho enmascarados. Cuando se puso a tocar la música -con un son tan triste y grave que me estremeció- cargaron los ataúdes y seguimos hasta el jardín en el orden que se nos indicó. Allí, en medio del jardín, habían levantado un mausoleo de coronas admirables; siete columnas soportaban su cúpula. Habían cavado seis tumbas y junto a cada una de ellas había una piedra; en el centro se hallaba otra piedra redonda, hueca y más alta. Los ataúdes fueron depositados en estas tumbas ceremoniosamente y con el mayor silencio, y acto, seguido pusieron encima las piedras y las sellaron sólidamente.

La caja pequeña fue colocada en medio. Así fueron engañados mis compañeros, los cuales estaban convencidos de que allí reposaban los cuerpos. En lo alto flotaba un gran estandarte decorado con la imagen del fénix,[6] sin duda para desorientarnos todavía más. En ese momento di gracias a Dios por haberme dejado ver más que a los otros.

Una vez concluidos los funerales, la virgen subió a la, piedra central y nos dirigió un breve discurso. Nos exhortó a mantener nuestra promesa., a no regatear esfuerzos y a ayudar a las personas reales enterradas allí para que pudiesen volver a encontrar la vida. De esta forma teníamos que ponernos en camino sin demora y navegar con ella hacia la torre del Olimpo[7] para buscar en este lugar el remedio apropiado e indispensable.

Dimos por bueno su discurso, así que la seguimos por otra puerta pequeña hasta la orilla, en la que vimos los siete barcos, que ya he mencionado antes, todos vacíos. Las vírgenes ataron a ellos sus ramas de laurel y, después de embarcarnos, nos dejaron marchar a la gracia de Dios. Nos acompañaron con la vista mientras estuvimos visibles, y luego entraron en el castillo acompañadas por los guardianes.

Cada uno de nuestros barcos enarbolaba una enorme bandera y un blasón distintivo. En cinco barcos se veían los cinco *Corpora Regalia;*[8] además todos, y particularmente el mío en el que se había embarcado la virgen, llevaban un globo.[9]

De esta forma navegamos en un orden determinado llevando cada barco dos pilotos.[10]

---

[6] Ya nos hemos referido a este ave fabulosa que según la leyenda renacía de sus cenizas. (Ver nota 22 de la Jornada tercera.) Corresponde al Benu del *Libro de los Muertos* (XVI-89), quien es el “autoengendrador del alma de Ra”.

[7] La Torre del Olimpo, *Turris Olympi*, es uno de los símbolos del atanor en el que va a nacer la Piedra.

8 Se trata de los cinco poliedros regulares, los “cuerpos reales” de Pitágoras: el tetraedro, el hexaedro, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro.

9 Seguramente para simbolizar a la esfera, el cuerpo más regular. Recordemos que muchas de las vírgenes negras medievales sostenían, al 1ado del niño, una esfera o bola.

A, la cabeza iba el pequeño barco *a* en el que me parecía que iba el negro; transportaba doce músicos, y su insignia representaba una gran pirámide. Lo seguían los tres barcos *b-c-d* en los que estábamos distribuidos; yo iba en el *c*. En tercera línea marchaban los barcos *e* y *f* los más grandes y más hermosos, adornados con gran cantidad de ramas de laurel, sin transportar a nadie, y enarbolaban el pabellón de la Luna y el Sol. El barco *g* cerraba la última línea y transportaba cuarenta vírgenes.

A
||
B|| C|| D||
E|| F||
G||

Navegamos en esta formación hasta más allá del lago, luego atravesamos un estrecho y salimos al verdadero mar. Allí nos aguardaban Sirenas, Ninfas y Diosas marítimas; fuimos abordados por una joven ninfa encargada de traernos su regalo de bodas así como de dejarnos un presente. Consistía éste en una preciosa perla[11] engastada como no habíamos visto nunca ni en nuestro mundo ni en éste. Era redonda y brillante. Cuando la virgen la aceptó amistosamente, la ninfa preguntó si queríamos parar un instante y conceder audiencia a sus compañeras. La virgen consintió ordenó que los dos grandes barcos maniobraran hacia el centro y que junto con los otros formaran un pentágono:

C
||

BE|| ||DF

|| ||
G A

A continuación las ninfas se colocaron alrededor formando un círculo y cantaron con dulce voz:

I

Nada hay mejor en la Tierra
que el noble y precioso amor;

---

[10] Alusión a *Sa*, el piloto delantero de la Barca Solar de los egipcios *y Hu,* el piloto trasero. *Sa* es la inteligencia de *Ra*, el dios del Sol y *Hu* su Palabra Creadora. Ver el artículo “La Tradición escrita de los egipcios” en “La Puerta”, n.° 5.

[11] La perla, en latín *margarita,* es uno de los nombres más usuales del tesoro mitohermético. Para Dom Pernety *(Diccionario Mitohermético)* sería uno de los nombres de la materia. En lo que a su sentido místico se refiere, ver “El Canto de la perla”.

por él igualamos a Dios,
por él nadie aflige a nadie.
Dejadnos, pues, cantar al Rey
y que retumbe toda la mar
nosotras preguntamos, dadnos contestación.

II

¿Quién nos ha transmitido la vida?
El amor.
¿Quién nos devolvió la gracia?
El amor.
¿Por quién hemos nacido?
Por el amor.
¿Sin qué estaríamos perdidos?
Sin el amor.

III

¿Quién nos ha engendrado?
El amor.
¿Por qué nos han alimentado?
Por amor.
¿Qué les debemos a los padres?
El amor.
¿Por qué son tan pacientes?
Por amor.

IV

¿Quién ha sido el vencedor?
El amor.
¿Se puede hallar el amor?
Por el amor.
¿Quién puede unir a los dos?.
El amor.

V

Cantad pues todos vosotros
y haced que resuene el canto

que enaltezca el amor.
Que se digne crecer
en nuestros Señores, el Rey y la Reina;
sus cuerpos están aquí, el alma allá.

VI

Si todavía vivimos,
Dios hará
que al igual que el amor y la gran gracia
los han separado con fuerte potencia,
de igual manera la llama del amor
los reunirá otra vez con felicidad.

VII

Esta pena,
en gran alegría
será transmutada por siempre,
aunque hubiera sufrimientos sin cuento.

Al oír este canto melodioso comprendí perfectamente que Ulises[12] tapara los oídos a sus compañeros, pues tuve la sensación de ser el más miserable de los hombres en comparación con esas criaturas tan adorables.

La virgen se despidió enseguida y dio orden de que prosiguiéramos el camino. De esta forma las ninfas rompieron el círculo y se alejaron por la mar después de haber recibido como recompensa una larga cinta roja.

En aquel momento sentí cómo Cupido comenzaba a operar en mí, lo cual dice poco en mi honor; de cualquier forma como mi embeleso no puede servir al lector para nada, me conformo con dejar de paso constancia de él. Respondía precisamente a la herida que, soñando, recibí en la cabeza, como dije en mi primer libro; y si alguien quiere un buen consejo, que se abstenga de ir a contemplar a Venus en el lecho, pues Cupido no lo acepta.

Algunas horas más tarde, después de haber recorrido un largo camino conversando amistosamente, divisamos la torre del Olimpo. La virgen ordenó que se hicieran

[12] Ver la *Odisea* de Homero, Canto XII.

diversas señales para anunciar nuestra llegada, lo cual fue cumplido. En seguida vimos desplegarse una gran bandera blanca y un barco dorado salió a nuestro encuentro. Cuando se nos acercó pudimos ver en él a un anciano rodeado de algunos satélites vestidos de blanco; nos acogió amistosamente y nos condujo a la torre.

Ésta estaba edificada sobre una isla exactamente cuadrada y rodeada de una muralla tan sólida y ancha que pude contar doscientos sesenta pasos atravesándola. Detrás del recinto se extendía una hermosa pradera engalanada con algunos jardines en los que fructificaban plantas singulares y que yo desconocía; la pradera terminaba en el muro que protegía la torre. Esta última, en sí misma, parecía formada por la secuencia de siete torres redondas, siendo la del centro un poco más alta que las demás. Interiormente se penetraban mutuamente y había siete pisos superpuestos.[13]

Cuando llegamos a la puerta nos colocaron a lo largo del muro que contorneaba la torre, con la idea, como comprendí rápidamente aunque mis compañeros no lo sabían, de transportar los ataúdes a la torre sin saberlo.

Inmediatamente después nos llevaron a la sala interior de la torre que estaba decorada con arte; en ella encontramos pocas distracciones, ya que no contenía más que un laboratorio. Allí tuvimos que triturar y lavar hierbas, piedras preciosas y otras materias, extraerles la esencia y la savia y llenar con ellas frascos de cristal que ordenaron muy cuidadosamente. Nuestra ágil y activa virgen no nos dejó ni un instante desocupados: tuvimos que trabajar sistemáticamente y sin descanso en esta isla hasta que terminamos los preparativos necesarios para la resurrección de los decapitados.

Como supe después, durante todo este tiempo, las vírgenes estaban lavando cuidadosamente los cuerpos en la primera sala.

Finalmente, cuando hubimos casi terminado el trabajo, nos trajeron un poco de sopa y un poco de vino, lo cual significaba claramente que no estábamos allí para pasarlo bien. Y cuando terminamos nuestra tarea tuvimos que contentarnos con dormir en una estera que pusieron en el suelo para cada uno de nosotros.

Yo no tenía sueño, así que paseé por el jardín acercándome hasta el recinto. Como la noche era clara, aproveché el tiempo mirando las estrellas. Descubrí casualmente que unas grandes escaleras llevaban a lo alto de la muralla y, como la luna desparramaba una claridad tan grande, subí temerariamente. Contemplé el mar que estaba en absoluta calma y, aprovechando tan excelente oportunidad para reflexionar sobre la astronomía, descubrí que esta noche incluso los planetas se presentaban de una forma particular que no se repetiría antes de pasado largo tiempo.[14]

---

[13] Si la torre es cuadrada, es porque representa a los cuatro elementos mientras que los siete pisos corresponden a los siete metales.

[14] La Obra no puede realizarse más que cuando se presentan unas condiciones astrales raras y precisas.

Miraba fijamente al cielo que estaba encima del mar cuando, a medianoche, al dar las doce, vi que las siete llamas recorrían el mar y se posaban alto en el cielo, justo encima de la punta de la torre. Me sobrecogió un miedo intenso, pues en cuanto las llamas se pararon, los vientos sacudieron furiosamente el mar. Luego, la luna se cubrió de nubes de forma que mi primera alegría terminó en un terror tal que apenas pude volver a encontrar la escalera de piedra para volver a entrar en la torre. No puedo decir si las llamas siguieron mucho tiempo sobre la torre o si se marcharon, pues con aquella oscuridad me era imposible arriesgarme a salir de nuevo.

Me acosté encima de la estera y me dormí sosegadamente acunado por el murmullo sereno y agradable de la fuente del laboratorio.

De esta forma, también la quinta jornada terminó con un milagro.

JORNADA SEXTA

Al día siguiente, el primero que abrió los ojos nos despertó a todos e inmediatamente nos pusimos a discurrir sobre el posible desarrollo de los acontecimientos. Unos decían que los decapitados revivirían todos juntos; otros afirmaban que la desaparición de los ancianos debería dar a los jóvenes no solo la vida, sino también la facultad de reproducirse. Algunos aseveraban que no podían haber matado a las personas reales sino que eran otros los que habían sido decapitados en lugar de ellos.

Después de estar hablando así durante un rato, entró el anciano, nos saludó y comprobó que nuestros trabajos estuviesen terminados y de forma correcta; habíamos puesto tanto celo y cuidado en ello que se mostró satisfecho. Cogió los frascos y los colocó en un joyero.

Luego entraron algunos pajes que traían escaleras, cuerdas y grandes alas; las depositaron frente a nosotros y se fueron. Entonces dijo el anciano:

"Hijos queridos, cada uno de vosotros tiene que encargarse de una de estas cosas durante todo el día, así que podéis escogerlas o echarlas a suerte."

Le dijimos que preferíamos escoger.

"No -rectificó el anciano-, las echaremos a suerte."

Entonces hizo tres fichas: en la primera puso escalera; en la segunda, cuerda; y en la tercera, alas.[1] Las mezcló en un sombrero y cada cual sacó una ficha, por lo que tuvo que encargarse del objeto recibido. A quienes les tocaron las cuerdas se creyeron favorecidos por el azar; a mí, que me tocó una escalera, me pareció fastidioso pues tenía doce pies de largo y era bastante pesada. Tuve que llevarla mientras que los otros podían enrollar fácilmente las cuerdas alrededor suyo. Luego, el anciano ató las alas a los últimos con tanta destreza que parecía que les habían crecido de forma natural. Finalmente, cerró un grifo y la fuente dejó de manar y tuvimos que quitarla del centro de la sala. Cuando todo estuvo ordenado, el anciano cogió el joyero con los frascos, nos saludó y cerró cuidadosamente la puerta a sus espaldas, tan bien, que nos pareció estar prisioneros en esa torre.

No había transcurrido ni un cuarto de hora cuando se abrió en la bóveda un agujero redondo; por él vimos a nuestra virgen, que se nos dirigió para desearnos un buen, día y nos pidió que subiéramos. Los que tenían las alas volaron fácilmente por el agujero; los que llevábamos las escaleras comprendimos de forma inmediata su utilidad. Pero' los que tenían las cuerdas estaban confusos pues cuando subió uno de nosotros, le dijeron que quitara la escalera. Por fin, cada una de las cuerdas fue atada a un gancho de hierro y dijeron a los que las llevaban que subieran como pudieran lo

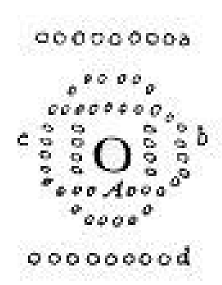
[1] La escalera, la cuerda o las alas, se trata de tres medios para alcanzar el mismo fin. Los tres denotan la posibilidad de una elevación, de una ascensión.

que, verdaderamente, no sucedió sin que se hicieran algunas ampollas en las manos. Cuando todos estuvimos arriba, cerraron el agujero y la virgen nos acogió amablemente.

Este piso de la torre estaba formado por una sala única, flanqueada por siete hermosas capillas un poco más altas que la sala. Se ascendía a ellas por tres peldaños. Nos distribuyeron en las capillas y se nos conminó a rezar por la vida de los reyes y las reinas. Entretanto, la virgen entraba y salía. alternativamente por la puerta pequeña *a* y así siguió hasta que terminamos.

Cuando concluimos nuestra oración, doce personas -las que anteriormente habían hecho de músicos- depositaron en el centro de la sala, trayéndolo precisamente por puerta, un curioso objeto alargado que a mis compañeros pareció que no podía ser más que una fuente. Pero inmediatamente comprendí que allí estaban los cuerpos, ya la caja inferior era cuadrada y lo suficientemente grande como para contener fácilmente a seis personas. Los doce salieron para volver enseguida con sus instrumentos y acompañar a nuestra virgen y a sus servidoras con una bellísima armonía.

Nuestra virgen tenía un cofrecito; las otras llevaban ramas y lámparas y, algunas, teas encendidas. Nos pusieron las antorchas en la mano y tuvimos que ponemos alrededor de la fuente en el siguiente orden:



Nuestra virgen se colocó en *A*; sus servidoras, con las lámparas y las ramas, se dispusieron en círculo en *c*; nosotros estábamos con nuestras teas en *b*; y los músicos, en línea recta, en *a*; finalmente, también en línea recta, las vírgenes estaban en *d*. No sé de dónde venían las vírgenes; ¿vivían en la torre o habían llegado a ella por la noche? Sus rostros aparecían cubiertos con velos blancos y leves de forma que no reconocía a ninguna.

La virgen abrió el cofrecillo que contenía una cosa esférica envuelta en una doble tela de tafetán verde; la sacó y, aproximándose a la fuente, la colocó en la pequeña caldera superior que cubrió luego con una tapadera perforada por agujeritos y con un reborde. Después vertió en ella varias de las aguas que habíamos preparado la víspera con lo que la fuente empezó a manar. Estas aguas volvían a entrar ininterrumpidamente en la caldera a través de cuatro tubitos.

Bajo la caldera inferior habían dispuesto un gran número de clavos en los que las vírgenes habían colgado sus lámparas, con cuyo calor el agua no tardó en hervir. El agua hirviente caía sobre los cadáveres por una gran cantidad de agujeros perforados en *a*; estaba tan caliente que los disolvió haciendo con ellos un licor.

Mis compañeros no sabían aún qué era la bola forrada; yo intuí que se trataba de la cabeza del negro y que era ella la que comunicaba a las aguas la intensidad de su calor.

En *b*, alrededor de la caldera grande, había también una buena cantidad de agujeros en los que las vírgenes depositaron sus ramas. No sé si era necesario para la operación o únicamente exigido por el ceremonial; la cuestión es que las ramas se encontraban de continuo regadas por la fuente, y el agua que manaba de ella para volver a la caldera era algo más amarillenta.

Esta operación duró casi dos horas; la fuente fluía constantemente de sí misma, aunque el chorro iba disminuyendo lentamente.

Mientras, los músicos fueron saliendo y nosotros nos paseamos por la sala. Sus adornos bastaban para distraernos cumplidamente pues en cuestión de imágenes, cuadros, relojes, órganos, fuentes y otras cosas semejantes, no habían olvidado nada.

Finalmente terminó la operación y la fuente cesó de manar. La virgen, entonces, hizo que trajeran una esfera hueca de oro. En la base de la fuente había un grifo; lo abrió e hizo correr las materias disueltas por el calor de las gotas recogiendo varias medidas de una materia de un rojo intenso. Se vació el agua que quedaba en la caldera superior y, después de esto, la fuente, ya bastante ligera, fue sacada fuera. No sé si la abrieron después y si todavía contenía algún residuo útil procedente de los cadáveres. Lo que sí sé es que el agua recogida en la fuente pesaba mucho, hasta el extremo de no poder transportarla entre seis, cuando a juzgar por su volumen un solo hombre hubiera podido cargarla.

Por lo tanto, transportamos fuera con muchas dificultades esta esfera y nos dejaron solos de nuevo.

Como oí que caminaban encima de nosotros, busqué mi escalera con los ojos. En esos momentos se podían escuchar las opiniones que sobre la fuente iban expresando mis compañeros; convencidos de que los cuerpos descansaban en el jardín del castillo, no sabían cómo interpretar estas operaciones. Yo di gracias a Dios por haber velado en tiempo oportuno y por haber visto fenómenos que me ayudaban a comprender mejor las acciones de la virgen.

Pasaron quince minutos; después se abrió el centro de la bóveda y nos instaron a subir. Se hizo igual que antes, con ayuda de las alas, las escaleras y las cuerdas. Me sentía un tanto humillado viendo que las vírgenes subían por un camino fácil mientras que nosotros teníamos que esforzarnos tanto. No obstante, entendía que si se hacía

así era con algún fin prefijado. De cualquier forma, estábamos muy contentos con las previsoras atenciones del anciano pues los objetos que nos había dispensado servían, cuando menos, para alcanzar la abertura.

Al pasar al piso superior el agujero se volvió a cerrar; entonces vi que la esfera estaba colgada en medio de la sala con una fuerte cadena. Había ventanas alrededor de la sala y otras tantas puertas alternaban con las ventanas. Cada puerta tapaba un enorme espejo pulido. La disposición *óptica* de puertas y espejos era tal que, cuando se abrían las ventanas del lado del sol y se destapaban los espejos tirando de las puertas, brillaban soles en toda la circunferencia de la sala, y esto pese a que este astro, que ahora brillaba por encima de toda medida, no diera más que en una puerta. Estos soles esplendorosos flechaban sus rayos, por medio de reflexiones artificiales, sobre la esfera que estaba suspendida en el centro, y como además la esfera era pulida, despedía un fulgor tan intenso que ninguno de nosotros pudo abrir los ojos. Tuvimos que mirar por las ventanas hasta que la esfera tuvo el calor justo y se obtuvo el efecto apetecido. De esta manera vi la mayor maravilla que nunca ha producido la naturaleza: los espejos reflejaban soles por doquier, pero la esfera del centro resplandecía con mucha más fuerza, de modo que nadie de nosotros pudo aguantar ni por un instante su resplandor, igual al del mismísimo sol.

Finalmente la virgen hizo cubrir los espejos y cerrar las ventanas para dejar que la esfera se enfriase un poco; eso ocurrió a las siete.

Nos alegrarnos al percibir que la operación, llegado a éste punto, nos daba suficiente libertad para reconfortarnos con un desayuno. Pero, otra vez, el menú era verdaderamente filosófico y, aunque no nos faltó lo necesario, no había peligro de que nos insistieran para incitarnos a cometer abusos. Además, la promesa de la dicha futura -con la que la virgen nos animaba sin cesar-, nos ponía tan contentos que ni el trabajo ni la incomodidad nos parecían mal. También asevero que nunca mis compañeros pensaron en su cocina o en su mesa; bien al contrario, eran felices por poder asistir a una física[2] tan maravillosa y meditar así sobre la sabiduría y omnipotencia del Creador.

Después del esfuerzo nos preparamos nuevamente para el trabajo, pues la esfera se había enfriado lo suficiente. La tuvimos que desatar de su cadena, lo cual nos costó no pocos pesares, y la depositamos en el suelo.

Luego, discutimos cómo la partiríamos, pues se nos ordenó que la cortáramos en dos por la mitad; por fin hicimos lo más difícil del trabajo con un puntiagudo diamante.

Cuando abrimos la esfera vimos que ya no contenía nada rojo sino solamente un enorme y hermoso huevo, blanco como la nieve. Y nuestra alegría llegó al máximo

---

[2] La palabra "física" no significa originariamente lo mismo que hoy en día. Este término procede del griego φυσιζ (fisis), naturaleza, nacimiento, producción, palabra derivada a su vez del verbo φυω (fio), yo nazco, yo produzco.

cuando nos convencimos de que había salido bien a conciencia, pues la virgen temía que la cáscara estuviera aún un poco blanda. Estábamos tan contentos alrededor del huevo como si lo hubiésemos puesto nosotros mismos. Pero rápidamente la virgen hizo que se lo llevaran; luego nos dejó también y, como ya era costumbre, cerró la puerta. No sé qué ha hecho con el huevo tras su marcha, no sé si lo ha sometido a una operación secreta, aunque no lo creo.

Tuvimos que descansar de nuevo durante quince minutos hasta que otro agujero nos abrió al cuarto piso al que llegamos gracias a nuestros instrumentos.

En esta sala vimos una enorme caldera de cobre llena de arena amarilla a la que calentaba un fuego despreciable. El huevo fue enterrado en ella para que acabara de *madurar.* La caldera era cuadrada, y en una de sus paredes estaban grabados con letras grandes los versos siguientes:

O. BLI. TO. BIT. MI. LI
KANT. I. VOLT. BIT. TO. GOLT.

En la segunda se leían estas palabras:

SANITAS, NIX, HASTA.[3]

La tercera llevaba únicamente la palabra:

F.I.A.T.[4]

Pero en la cara posterior había toda la inscripción siguiente:

QUOD:
Ignis, Aer, Aqua, Terra:
SANCTIS REGUM ET REGINARUM NOSTRUM CINERIBUS
Erripere non potuerunt.
FIDELIS CHYMICORUM TURBA
IN HANC URNAM
CONTULIT[5]

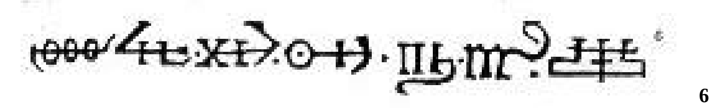
---

[3] Salud, Nieve, Lanza.
La lanza evoca la muerte, o sea, el color negro; la nieve, la pureza, o sea, el blanco; y la salud la vida regenerada o sea, el rojo. Nos encontramos, pues, con un resumen de la Obra y de sus tres colores.

[4] Alusión al "Fiat" (Hágase) bíblico del *Génesis* 1-3. El *Génesis* habla, en el fondo, de la Obra Hermética que, según los alquimistas, es comparable a la Creación del mundo. (Ver *La Entrada Abierta al Palacio Cerrado del Rey,* cap. V-1 y nota l.) Podría verse también aquí una evocación de los cuatro elementos: F=*fumus,* vapor de agua, I= *ignis,* fuego, A= *aer,* aire, T= *terra,* tierra.

[5] Lo que el Fuego, el Aire, el Agua, la Tierra,
no pudieron arrancar
a las santas cenizas de nuestro Rey y nuestra Reina,
la fiel turba de los químicos

AÒ

[6]

A los sabios dejo el cuidado de averiguar si la inscripción se refería a la arena o bien al huevo; a mí me basta con cumplir mi tarea no omitiendo nada.

Se terminó la incubación y el huevo fue desenterrado. No fue preciso romper la cáscara pues el pájaro se libró en seguida por sí mismo y empezó a retozar, aunque era disforme y estaba ensangrentado. Primeramente lo pusimos encima de la arena caliente, después la virgen nos pidió que lo atásemos antes de darle alimentos si no queríamos tener incontables complicaciones. Lo hicimos así. El pájaro creció tan rápidamente frente a nuestros ojos que comprendimos muy bien por qué la virgen nos había avisado. Mordía y arañaba rabiosamente a su alrededor y si se hubiera adueñado de uno de nosotros hubiera dado rápidamente buena cuenta de él. Ya que el pájaro -negro como las tinieblas- estaba completamente furioso, le trajeron un alimento distinto, posiblemente la sangre de otra persona real. Entonces le cayeron las plumas negras y en su lugar aparecieron otras blancas como la nieve. Inmediatamente, el pájaro se apaciguó un poco y dejó que nos acercáramos a él con más facilidad; no obstante, lo mirábamos con desconfianza. Con el tercer alimento sus plumas adquirieron tonalidades, tan brillantes como no he visto en toda mi vida, y se mostró tan dulce y se familiarizó de tal forma con nosotros que, con el consentimiento de la virgen, lo liberamos de sus ataduras.

“Ahora -dijo la virgen-, para agradecer vuestra aplicación, la vida y una perfección sin parangón han sido dadas a este pájaro; conviene que, con la aprobación de nuestro anciano, festejemos este acontecimiento alegremente.”

Luego ordenó que sirvieran comida y nos convidó a reconfortarnos ya que la parte más difícil y delicada de la obra se había terminado y que, con todo derecho, podíamos empezar a saborear el goce de la labor cumplida.

Todavía llevábamos nuestros vestidos de luto lo que, con tal festividad, parecía ridículo; los unos nos reíamos de los otros.

No obstante, la virgen no dejó de interrogamos, posiblemente para descubrir a aquellos que le serían más útiles en sus proyectos. La fusión era la operación que más la atormentaba y se sintió más tranquila cuando descubrió que uno de nosotros había adquirido la destreza manual que poseen los artistas.

---

lo depositaron
en esta urna
AO.

[6] 1459. Paracelso de Hohenlieim. Doctor en Medicina. Jesús es todo para mí.

La comida no duró más que cuarenta y cinco minutos y la mayor parte de ella la pasamos con el pájaro, al que era preciso alimentar sin descanso. Aunque ahora ya había alcanzado su completo desarrollo.

Después de la comida no se nos permitió un descanso largo; la virgen salió con el pájaro y nos abrieron la quinta sala a la que subimos de la misma forma que anteriormente, preparándonos enseguida para el trabajo.

En esta sala se había dispuesto un baño para el pájaro. Lo tiñeron con un polvo blanco y tomó el aspecto de la leche. Al principio estaba frío y el pájaro, una vez metido en él, pareció encontrarse a gusto y empezó a retozar. Pero cuando el calor de las lámparas empezó a entibiar el agua tuvimos mucho trabajo para mantenerlo en ella. Así que pusimos una tapadera en la caldera dejándole que sacara la cabeza por un agujero. El pájaro perdió todo su plumaje en el baño y se le quedó la piel tan lisa como la de un hombre, aunque el calor no le causó ningún otro daño. De forma sorprendente, las plumas se disolvieron por completo en el baño al que tiñeron de azul. Por fin dejamos que el pájaro escapara de la caldera; estaba tan liso y tan brillante que daba gozo verlo; como era un poco arisco tuvimos que ponerle un collar con cadena alrededor del cuello. Entonces lo paseamos un poco por la sala. Entretanto, encendieron un fuego enorme bajo la caldera y evaporaron el baño hasta que se secó. Quedó entonces una materia azulada; la despegamos de la caldera, la trituramos, la hicimos polvo y la preparamos sobre una piedra y con ella pintamos toda la piel del pájaro.

Este tomó entonces un aspecto si cabe más curioso pues, aparte de la cabeza, que permaneció blanca, era enteramente azul.

Así terminó nuestro trabajo en esta sala y, cuando la virgen nos abandonó con su pájaro azul, nos llamaron al sexto piso, al que subimos, como siempre, por una abertura en la bóveda.

Allí asistimos a un espectáculo que nos apenó. En el centro de la sala colocaron un pequeño altar parecido en todo al que habíamos visto en la sala del Rey; los seis objetos ya descritos se encontraban sobre él y el propio pájaro era el séptimo.

En primer lugar, presentaron la fuentecilla al pájaro, que sació su sed en ella; después, el pájaro vio la serpiente y la picó hasta hacerla sangrar. Tuvimos que recoger esta sangre en una copa de oro y verterla en la garganta del pájaro, que se debatía fieramente; luego introducimos la cabeza de la serpiente en la fuente, lo que le devolvió la vida, trepó enseguida a la cabeza de muerto, en la que penetró, y no la volví a ver durante mucho tiempo.

Mientras sucedía esto, la esfera continuaba efectuando sus revoluciones hasta que tuvo lugar la conjunción deseada, momento en que en el reloj sonó una campanada; cuando poco después se realizó la segunda conjunción, la campana sonó dos veces. Finalmente, cuando vimos la tercera conjunción y la campana la señaló, el mismo

pájaro puso su cuello sobre el libro y se dejó decapitar humildemente, sin resistirse, por aquel de nosotros al que la suerte había designado para ello. Sin embargo, no brotó de él ni una sola gota de sangre hasta que no se le abrió el pecho; entonces corrió fresca y clara como una fuente de rubíes.

Su muerte nos dejó tristes, pero como pensábamos que el pájaro por sí solo no servía para gran cosa, nos resignamos enseguida.

Más tarde, desocupamos el altar y ayudamos a la virgen a que quemara sobre él, con fuego cogido de la lucecita, el cuerpo, así como la tablilla que llevaba colgada.

Las cenizas[7] fueron purificadas varias veces y guardadas en un cofrecito de madera de ciprés.

En este momento tengo que narrar el incidente que nos ocurrió a mí y a tres compañeros míos. Cuando habíamos recogido la ceniza con sumo cuidado, la virgen habló en los términos siguientes:

"Queridos señores: estamos en la sexta sala y por encima nuestro no hay más que otra. En ella llegaremos al fin de nuestra labor y podremos pensar en vuestra vuelta al castillo para resucitar a nuestros muy graciosos Señores y Damas. Hubiera deseado que todos los aquí presentes se hubieran comportado de forma que pudiese proclamar sus méritos y obtener para ellos de nuestros Muy Altos Rey y Reina una recompensa digna. Pero como muy a mi pesar he descubierto que entre vosotros estos cuatro -y me designó junto con otros tres más- son operadores perezosos, aunque mi amor por todos me impide señalarlos para un castigo bien merecido, querría, sin embargo, para que no quede impune una pereza semejante, ordenar lo siguiente: serán excluidos de la séptima operación, la más admirable de todas, aunque, más tarde, cuando estemos en presencia de Su Majestad Real, no sufrirán ningún otro correctivo."

¡Es de imaginar en qué estado de ánimo me dejó este discurso! La virgen habló con una gravedad tal que las lágrimas resbalaban por nuestras mejillas y nos considerábamos como los más desdichados de los hombres. Después, la virgen hizo llamar a los músicos por uno de los numerosos sirvientes que siempre la acompañaban y, con música, nos pusieron en la puerta, acompañados de tales risas que hasta a los músicos se les hacía difícil soplar en sus instrumentos de la risa que les entraba. Y lo que nos apenó especialmente fue ver que la virgen se burlaba de nuestros lloros, de nuestra ira y de nuestra indignación; además, algunos de nuestros compañeros se alegraban de verdad de nuestra desgracia.

[7] Numerosos son los autores herméticos que declaran que "las cenizas son la diadema del Rey". No hay que despreciarlas, pues en ella se encuentra una sal. El ciclo litúrgico y los cuentos populares nos lo recuerdan con el "miércoles de ceniza" (recordemos que éste es el día de Mercurio) y con "La Cenicienta".

Lo que sucedió a continuación fue inesperado. Apenas hubimos franqueado la puerta cuando los músicos nos instaron a cesar en nuestras lágrimas y a seguirlos alegremente por la escalera y, para colmo, nos condujeron al tejado, por encima del séptimo piso.

Allí volvimos a encontrarnos al anciano, al que no habíamos visto desde la mañana, que estaba de pie frente a una pequeña buhardilla redonda. Nos acogió amigablemente y nos felicitó de todo corazón por haber sido elegidos por la virgen; por poco se muere de la risa cuando se enteró de nuestra tristeza precisamente en el momento en que lográbamos una felicidad tal.

"Que esto nos sirva para aprender, queridos hijos -nos indicó-, *que el hombre no conoce nunca los bienes que Dios le otorga."*
Estábamos hablando cuando la virgen llegó corriendo con el cofrecito, después de burlarse de nosotros, vació sus cenizas en otro cofre y llenó el suyo con una materia diferente diciendo que ahora estaba obligada a engañar a nuestros compañeros. Nos instó a obedecer al anciano en todo lo que nos mandara y a no menguar nuestra diligencia. Luego, volvió a la séptima sala donde llamó a nuestros compañeros. Desconozco el principio de la operación que inició con ellos pues les habían prohibido de manera tajante hablar de ella y nosotros no podíamos verlos desde el tejado a causa de nuestras ocupaciones.

Nuestro trabajo era el que sigue: primero, tuvimos que humidificar las cenizas con el agua que habíamos preparado con anterioridad, para obtener una pasta clara; luego colocamos esta materia sobre el fuego hasta que estuvo muy caliente. Más caliente todavía la vaciamos en dos matrices que inmediatamente dejamos enfriar un poco.[8]

Nos solazamos un momento mirando a nuestros compañeros a través de algunas hendiduras practicadas con este fin. Estaban muy atareados alrededor de un horno y todos soplaban en el fuego, cada uno por un tubo. Allí estaban, pues, reunidos alrededor del brasero, soplando hasta perder el aliento, convencidos de que les había tocado mejor parte que a nosotros; aún soplaban cuando nuestro anciano nos llamó de nuevo al trabajo, así que no puedo saber lo que hicieron luego.

Abrimos los moldes y vimos dentro dos hermosas figuritas casi transparentes como nunca han visto ojos humanos. Eran un niño y una niña. Cada uno no tenía más que cuatro pulgadas de largo y lo que me sorprendió en gran medida es que no eran duras, sino de carne blanda como la de las personas. No obstante, no tenían vida; en aquel instante pensé que Venus había sido hecha también así.

Dejamos estos adorables niños en dos cojines de raso y, sumidos en la contemplación de este gracioso espectáculo, no cesábamos de mirarlos, pero el anciano nos hizo volver a la realidad; nos dio la sangre del pájaro que había sido recogida en la copa

---

[8] He aquí una operación perfectamente resumida por el autor del *Mensaje de nuevo encontrado:* "rehaz el barro y cuécelo" (XV-68).

de oro y nos mandó que la virtiésemos gota a gota y sin interrupción en la boca de las figurillas. En cuanto se la dimos, crecieron a ojos vistas y, según iban creciendo, se tornaban aún más hermosas. Hubiera deseado que estuvieran presentes todos los pintores para que ante esta creación de la naturaleza se ruborizaran de sus obras.

Fueron creciendo de tal manera que se hizo preciso sacarlas de los cojines y acostarlas en una larga mesa engalanada de terciopelo blanco; luego, el anciano nos ordenó que las cubriésemos hasta por encima del pecho con un tafetán doble y blanco, muy suave, lo cual hicimos de mala gana a causa de su indescriptible belleza.

Pero, abreviemos: antes de que les hubiésemos dado toda la sangre habían alcanzado el tamaño de adultos. Tenían los cabellos rizados, rubios como el oro y, comparada con ellos, la imagen de Venus que había visto anteriormente, valía bien poco.

Sin embargo, todavía no se notaba ni calor natural ni sensibilidad; eran estatuas inertes con el tinte de los vivos. El anciano, ante el temor de que crecieran demasiado, paró su alimentación, después les cubrió el rostro con la sábana y colocó antorchas alrededor de la mesa.

Ahora debo prevenir al lector para que no considere estas luces como indispensables, ya que la intención del anciano era la de atraer hacia ellas nuestra atención para que no nos diéramos cuenta del descenso de las almas. De hecho, ninguno de nosotros lo habría notado si yo no hubiese visto antes las llamas dos veces; no obstante, no saqué a mis compañeros de su error y dejé que el anciano ignorase lo que yo sabía.

Aquél hizo que tomáramos asiento en un banco delante de la mesa y poco después llegó la virgen acompañada de sus músicos. Trajo dos preciosos vestidos blancos como hasta entonces no había visto en el castillo y que desafían cualquier descripción; efectivamente, parecía que estuvieran hechos de cristal puro y, sin embargo, eran flexibles y opacos; imposible describirlos de otra manera. Dejó los vestidos sobre una mesa y, después de haber colocado a las vírgenes alrededor del banco, comenzó la ceremonia asistida por el anciano, todo lo cual no estaba destinado más que a confundirnos.

El techo bajo el que sucedían estos hechos tenía una forma verdaderamente especial. En el interior estaba formado por siete grandes semiesferas abovedadas, estando la mayor, la del centro, agujereada en su parte superior por una pequeña abertura redonda que en estos momentos se hallaba cerrada y que mis compañeros no vieron. Después de largas ceremonias, entraron seis vírgenes que llevaban cada una de ellas una gran trompeta, envuelta por una sustancia verde fluorescente como si lo estuviera por una corona. El anciano cogió una trompeta, retiró algunas luces de un extremo de la mesa y descubrió los rostros. Luego colocó la trompeta sobre la boca de uno de los cuerpos de forma que la parte ancha, vuelta hacía arriba, cayó justo enfrente de la abertura del techo que acabo de reseñar.

Todos mis compañeros miraban los cuerpos en ese momento, pero debido a mis sospechas, yo dirigía la mirada hacia otro lugar completamente distinto. De esta forma, cuando encendieron las hojas de la corona que rodeaba a la trompeta, vi que se abría el orificio del techo para dejar paso a un rayo de fuego que se abatió en la habitación y penetró en los cuerpos; la abertura se cerró de inmediato y se llevaron la trompeta.

El escenario engañó a mis compañeros que creyeron que la vida había sido comunicada a los cuerpos a través del fuego de las coronas y de las hojas.

Cuando el alma penetró en el cuerpo, éste abrió y cerró los ojos sin hacer ningún otro movimiento.

Después aplicaron una segunda trompeta sobre su boca; encendieron la corona y otra alma descendió de la misma forma que anteriormente; la operación se repitió tres veces para cada uno de los cuerpos.

Apagaron las luces y se las llevaron; el terciopelo que recubría la mesa fue replegado sobre los cuerpos y, después, trajeron y prepararon un lecho de viaje. Pusieron en él los cuerpos completamente envueltos, después los sacaron de las telas y los acostaron el uno junto al otro. Con las cortinas bajadas, durmieron durante cierto tiempo.

Ciertamente, era hora de que la virgen se ocupara de los otros artistas, ya que como me dijo más adelante, estaban muy contentos ya que habían fabricado oro. Esto también es una parte del arte, pero no la más noble ni la más necesaria, ni la mejor.[9] También ellos tenían un poco de cenizas, de tal forma que creyeron que el pájaro servía sólo para producir oro y que sería de ese modo como se devolvería la vida a los decapitados.

En lo que se refiere a nosotros quedamos en silencio esperando el momento en que los esposos se despertaran; así pasamos casi treinta minutos. Entonces apareció el malicioso Cupido y, después de saludarnos, voló hacia ellos y los incordió bajo las cortinas hasta que se despertaron. Cuando lo hicieron. su sorpresa fue enorme pues pensaban que habían dormido desde que los decapitaron. Cupido hizo que se conocieran mutuamente y después se retiró un instante para que pudieran recuperarse. Mientras esperaba vino a jugar con nosotros y, por fin, hubo que buscarle la música y dejar que la alegría se manifestara.

Vino también la virgen, saludó respetuosamente al joven Rey y a la Reina -a los que encontró un poco débiles-, les besó la mano y les dio dos hermosos vestidos; ambos se cubrieron con ellos y se adelantaron. Dos asientos preciosos estaban a punto para

---

[9] La alquimia metálica es solamente una de las facetas del Gran Arte, desgraciadamente la única conocida a nivel popular, pero que no puede separarse de la Obra de Regeneración. Ver a este respecto nuestro artículo “El Gran Arte de los Poetas”, publicado en *Mundo Desconocido*, n.° 6, pág. 41.

recibirlos; en ellos se sentaron y recibieron nuestro respetuoso homenaje por el cual el propio Rey nos dio las gracias; luego se dignó otorgarnos de nuevo su merced.

Como ya eran casi las cinco, las personas reales no podían retrasarse más; así que reunimos deprisa los objetos más preciosos y tuvimos que conducir a las personas reales hasta el barco, a través de las escaleras y de todos los pasadizos y cuerpos de guardia. Se instalaron en la nave acompañados de algunas vírgenes y de Cupido, y se alejaron tan aprisa que los perdimos de vista inmediatamente; según lo que me han contado, vinieron a buscarlos con varios barcos de forma que cruzaron una gran distancia de mar en cuatro horas.

Daban las cinco cuando ordenaron a los músicos que cargaran los barcos y que se dispusiesen para partir. Como eran un poco lentos, el anciano hizo salir una parte de los soldados que no habíamos visto hasta entonces ya que se hallaban ocultos en el recinto. De esta forma fue como supimos que la torre estaba siempre a punto para resistir a los ataques. Estos soldados terminaron de embarcar nuestros equipajes con rapidez y ya no nos restó más que pensar en la cena.

Cuando se sirvieron las mesas, la virgen nos reunió junto a nuestros compañeros; tuvimos que adoptar un aire compungido, conteniendo la risa que nos embargaba. Ellos murmuraban entre sí, aunque había algunos que nos compadecían. El anciano asistió a esta comida. Era un maestro severo; no hubo razonamiento, por inteligente que fuese, que no supiera contradecir, completar o desarrollar, con el fin de instruirnos. Con él he aprendido gran cantidad de cosas y sería maravilloso que cada cual se le acercara para instruirse; muchos obtendrían ventaja con ello.

Terminada la comida, el anciano nos condujo en primer lugar a sus museos, que estaban edificados circularmente sobre los bastiones; en ellos contemplamos creaciones naturales muy singulares, así como imitaciones de la naturaleza realizadas por la inteligencia humana; para verlo completo se hubiese requerido pasar en ellos todo un año.

Alargamos esta visita diurna hasta bien entrada la noche. Finalmente, el sueño venció a la curiosidad y nos condujeron a nuestros aposentos, muy elegantes en contraste con lo poco con que nos habíamos tenido que contentar la víspera. Me dispuse a deleitarme con un buen reposo y como no estaba nada inquieto y sí muy cansado por el trabajo ininterrumpido, el murmullo suave del mar me hizo dormir profunda y dulcemente sin soñar,[10] desde las once hasta las ocho de la mañana.

[10] Observemos que, a pesar de la profundidad de su sueño, Christian Rosacruz no puede ya soñar, ha llegado a un punto en el que sus sueños se realizarían.

JORNADA SÉPTIMA

Desperté poco después de las ocho. Me vestí con rapidez para volver a entrar en la torre pero eran tantos los caminos que se iban entrecruzando en la muralla que estuve perdido durante bastante rato antes de encontrar la salida. Los otros tuvieron el mismo problema, pero finalmente nos reunimos en la sala inferior. Obtuvimos nuestros Vellocinos de Oro y nos vistieron por completo con ropaje amarillo.[1] La Virgen nos dijo que éramos caballeros de la *Piedra de Oro,* cosa que desconocíamos hasta el momento.

Desayunamos ataviados de esta manera; luego, el anciano nos dio a cada uno una medalla de oro. Podíamos leer en el anverso estas palabras:

AR. NAT. MI[2]

Mientras que en el reverso se leía:

TEM. NA. F.[3]

Nos pidió que nunca nos comportáramos de forma distinta a lo que indicaban las normas de esta medalla conmemorativa.

Los barcos zarparon. Estaban preparados admirablemente. Al verlos se diría que las cosas maravillosas que contemplábamos en ellos habían sido colocadas allí de forma expresa para nosotros.

---

[1] Notemos que el color amarillo corresponde simbólicamente al Oro y al Sol, o sea, a la incorruptibilidad. El amarillo es el color de la eternidad en su aspecto abstracto, como el oro es el metal de la eternidad en su aspecto más concreto.

[2] *Ars Nature Ministra.* El Arte es Servidor de la Naturaleza. Esta máxima hermética aparece en casi todos los autores. El trabajo del Arte es proseguir el de la Naturaleza, ir más allá de los límites que ésta ha alcanzado y que por sí sola no podría superar. Recordemos solamente a Dom Belin que en su *Apologie du Grand Oeuvre* escribe: "La Gran Obra de los Sabios ocupa el primer lugar entre las cosas bellas; la Naturaleza sin el Arte no puede acabarla; el Arte sin la Naturaleza no osa comprenderla..."

[3] Tempore Natura Filia. La Naturaleza es hija del tiempo. Algunos autores atribuyen este adagio a Enrique Cornelio Agrippa. Como todos los hijos de Saturno-Cronos, el Tiempo, también la naturaleza es devorada por éste; esto lo vemos en que todas sus producciones están sometidas a la corrupción y no son eternas. Tal parece ser el significado de este dístico que, a la luz del anterior, nos recuerda que para trascender el tiempo, o sea, entrar en lo sobrenatural, lo natural precisa del Arte y, por lo tanto de la Gracia. Sin embargo, cabe otra interpretación algo más libre. La Naturaleza, además del conjunto de producciones naturales que conocemos y la fuerza o inteligencia que las forma, era, en el Hermetismo, lo que se conoce por "El Sol del Corazón". "El Guía personal suprasensible" o "La Naturaleza Perfecta". Un bellísimo tratado místico iraní declara que "lo primero que has de hacer para ti mismo, es meditar con antención tu entidad espiritual que te gobierna y que está asociada a tu astro, a saber, tu Naturaleza Perfecta, aquella que el sabio Hermes menciona en su libro cuando dice: cuando el microcosmos que es el hombre se vuelve perfecto de naturaleza, su alma se encuentra entonces homologada al sol fijo en el Cielo, y por sus rayos ilumina todos los horizontes" (Citado por Henry Corbin. *L'Homme de Lumiére*... op. Cit., pág. 34)

Eran doce barcos; seis de los nuestros y otros seis del anciano. Éste ocupó los suyos con gallardos soldados y vino al barco donde estábamos nosotros reunidos. Los músicos, de los que el anciano tenía en gran número, se pusieron a la cabeza de la flotilla para deleitarnos. Los pabellones enarbolaban los doce signos celestes[4]; el nuestro llevaba el signo de la Libra. Entre otras cosas maravillosas que había en el barco se hallaba un reloj que marcaba cada minuto.

Los navíos navegaban con una rapidez extraordinaria; apenas llevábamos viajando unas dos horas cuando el capitán nos avisó que veía tan gran número de barcos que casi cubrían el lago. Llegamos a la conclusión de que acudían a recibirnos, y así fue en efecto; cuando entramos en el lago por el canal ya mencionado, contamos alrededor de quinientas embarcaciones. Una de ellas refulgía de oro y pedrería; llevaba al Rey y a la Reina, además de a otros señores, damas y doncellas de noble cuna.

Las dos partes dispararon salvas cuando estuvimos próximas; el ruido producido por las trompetas y los tambores fue tan estrepitoso que los navíos retumbaban. Cuando finalmente estuvimos junto a ellos, rodearon nuestros barcos y se pararon.

El viejo Atlas se presentó de inmediato en nombre del Rey y nos habló brevemente, aunque con elegancia; además de darnos la bienvenida nos preguntó si estaba a punto el regalo real.

Algunos compañeros nuestros se sorprendieron al saber que el Rey había resucitado, ya que estaban convencidos de que eran ellos quienes tenían que despertarlo. No les quisimos sacar de su sorpresa y fingimos estar nosotros mismos muy extrañados.

Cuando Atlas terminó, fue nuestro anciano quien tomó la palabra, respondiendo un poco más extensamente; deseó felicidad y prosperidad al Rey y a la Reina y entregó luego un hermoso cofrecito.[5] No sé lo que contenía, pero vi que se confió su custodia a Cupido que jugueteaba entre ambos.

Terminados los saludos dispararon una nueva salva y seguimos avanzando todavía bastante tiempo hasta que arribamos a la orilla. Llegamos junto al primer pórtico por el que entré la primera vez. En él nos esperaban una gran cantidad de sirvientes del Rey con varios centenares de caballos.

---

[4] El simbolismo de los doce signos zodiacales y de los siete planetas se refería originariamente, a la Gran Obra de regeneración. Don Pernety, en su Diccionario Mitohermético (París 1787) asocia las doce fases de la Obra a los doce signos del Zodíaco. No es casual que en el estandarte de Christian Rosacruz aparezca el signo de Libra. Regido por Venus que, como hemos visto, es la diosa del Amor, este signo es el del Matrimonio, o sea, el de las "Bodas Alquímicas". Libra recibe en francés el nombre de "Le Balance", la Balanza; recordemos la curiosa ceremonia que aparece en la jornada tercera en la que los asistentes a las Bodas son pesados en una balanza.

[5] Para muchos autores el "Tesoro Hermético" está en un cofrecillo que, en cierto modo es su aspecto exterior. Se trataría de la "cajita" con que nos encontramos en un gran número de tratados, así como en muchos cuentos populares.

Al desembarcar, el Rey y la Reina nos estrecharon la mano muy amigablemente y tuvimos que montarnos en los caballos.

Desearía suplicar ahora al lector que no atribuya lo siguiente a mi orgullo ni al deseo de vanagloriarme; si no fuera completamente indispensable el narrarlo a buen seguro callaría con gusto los honores con los que fui agasajado.

Nos repartieron a todos, por turno, entre los distintos señores. Pero nuestro anciano y yo tuvimos que cabalgar al lado del Rey portando una bandera blanca como la nieve con una cruz roja. Me colocaron en ese sitio a causa de mi avanzada edad; los dos teníamos los cabellos grises y luengas barbas blancas. Como llevaba atadas mis insignias alrededor de mi sombrero, el joven Rey las observó rápidamente y me interrogó sobre si había sido yo quien había conseguido descifrar los signos grabados en el pórtico. Contesté de modo afirmativo, demostrando un profundo respeto. Se rió de mis maneras y me indicó que en adelante no había necesidad de tanto ceremonial: ***que yo era su padre.*** **Luego me preguntó cómo había logrado desempolvarlos, a lo que contesté: "Con agua y sal".[6] Entonces se sorprendió por mi sutileza. Le conté entusiasmado mi aventura con el pan, la paloma y el cuervo, me escuchó con benevolencia y afirmó que ésta era la prueba de que Dios me había destinado para una dicha singular.**

De esta forma, caminando, llegamos al primer pórtico y se nos presentó el guardián vestido de azul. Cuando me vio al lado del Rey me pidió respetuosamente que me acordara ahora de la amistad que me había manifestado. Interrogué al Rey sobre este guardián y me contestó que era un célebre y eminente astrólogo que había gozado siempre de una alta consideración junto al Señor, su padre. Mas había ocurrido que el guardián había ofendido a Venus sorprendiéndola y mirándola mientras descansaba en su lecho, y se le había castigado encargándole la guardia de la primera puerta hasta que alguien lo libertara. Le pregunté al Rey si ello era posible y me respondió:

"Sí; si descubrimos a alguien que haya cometido un pecado tan grande como el suyo, lo pondremos de guardián en la puerta y éste será liberado."

Al oír estas palabras quedé turbado profundamente ya que mi conciencia me decía que era yo mismo este delincuente. No obstante, nada dije y transmití la petición. Cuando el Rey supo de ella tuvo un sobresalto tan violento que la Reina, que cabalgaba detrás nuestro acompañada por las vírgenes y por la otra reina -la que habíamos visto cuando la suspensión de los pesos-, se dio cuenta y le preguntó a propósito de la carta. Nada quiso responder y, estrechando la carta contra él, habló

---

[6] El Agua y la Sal podrían simbolizar dos aspectos de la Materia Prima de la Gran Obra. En cierto modo, el Agua, de origen celeste, corresponde a la Rosa (recordemos la "Rosa de los Vientos") y la Sal, cuyo ideograma alquímico es una cruz dentro de un círculo, corresponde a la cruz. Notemos cómo en la vida de cada día la sal común queda impregnada por la humedad del medio ambiente. Antiguamente, tanto el agua como las cenizas, que contienen sales, servían para lavar.

de otra cosa hasta que llegamos a las tres al patio del Castillo. Nos apeamos de los caballos y acompañamos al Rey a la sala de la que ya he hablado.

El Rey se retiró de inmediato con Atlas a un apartamento y le hizo leer la demanda. Atlas se apresuró a subir al caballo para pedirle al guardián que completara la información. Luego el Rey se sentó en el trono y los demás señores, damas y doncellas hicieron lo propio. Nuestra virgen elogió entonces la dedicación que habíamos demostrado, nuestros esfuerzos y nuestras obras y le pidió al Rey y a la Reina que nos recompensaran sobradamente y que la dejaran disfrutar en el futuro de los frutos de su misión. El anciano se levantó también y aseveró que sería ecuánime satisfacer las dos demandas. Tuvimos que retirarnos un momento y nos fue concedido a cada uno el derecho de formular un deseo que sería escuchado, siempre y cuando fuera realizable, ya que se preveía con certeza que el más sabio formularía el deseo que más le conviniera; nos exhortaron a que pensáramos sobre la cuestión hasta pasada la hora de la comida.

El Rey y la Reina, para distraerse, decidieron jugar. El juego era parecido al ajedrez, pero tenía otras reglas.[7] Las virtudes estaban a un lado y los vicios enfrente; los movimientos mostraban la forma cómo los vicios tienden trampas a las virtudes y como éstas deben librarse de ellas. Sería interesante que nosotros tuviéramos un juego parecido.

Mientras, llegó Atlas y dio cuenta de su misión en voz baja. Me sonrojé, pues mi conciencia no me dejaba en paz. El Rey me tendió la petición e hizo que la leyera. Aproximadamente decía lo siguiente:

En primer lugar el guardián expresaba al Rey sus votos de dicha y prosperidad con la esperanza de que su descendencia fuera muy numerosa. Luego aseveraba que llegado era el día en que, según la promesa real, debía ser liberado, ya que, según sabía a ciencia cierta, Venus había sido descubierta y contemplada por uno de sus huéspedes. Le pedía, pues, a Su Majestad Real, que tuviera a bien realizar un interrogatorio minucioso; así confirmaría que estaba en lo cierto, y si no, se comprometía a permanecer en la puerta para toda su vida. Le pedía muy respetuosamente a Su Majestad que le permitiese asistir al banquete aun con riesgo de su vida, ya que esperaba descubrir así al malhechor y obtener la liberación tan ansiada.

Todo esto se exponía extensamente y con un arte inigualable. En verdad, yo estaba en una situación privilegiada para apreciar la perspicacia del guardián aunque era penosa para mí y hubiera preferido no conocerla nunca; no obstante, me consolé al pensar que quizá pudiera echarle una mano. Le pregunté al Rey si no había otro

---

[7] El sentido iniciático de este juego es poco conocido. Señalemos únicamente que en él aparecen los mismos elementos que en las “Bodas”: Rey, Reina, Caballeros, Soldados, Locos (en francés el Alfil recibe el nombre de Loco).

modo de liberarle. "No -me contestó el Rey-, pues estas cosas son muy graves, aunque por esta noche podemos acceder a sus deseos." Por lo tanto, le hizo llamar.

Mientras tanto, habían servido las mesas en una sala en la que no habíamos estado nunca; se llamaba el Completo. Estaba dispuesta de una manera tan maravillosa que me es imposible dar una descripción. Nos condujeron a ella con gran pompa y boato.

Esta vez estaba ausente Cupido pues, según se me informó, la afrenta hecha a su madre lo había indispuesto; así mi felonía, origen de la petición, fue causa de una gran tristeza. Al Rey le repugnaba tener que realizar un interrogatorio entre sus invitados, ya que habría revelado los hechos a quienes todavía los ignoraban. Por lo que, haciendo lo imposible por parecer alegre, permitió al guardián --que ya había llegado-- que ejerciera una estrecha vigilancia.

Terminamos animándonos y nos entretuvimos con toda clase de temas placenteros y útiles.

No recordaré aquí el menú y las ceremonias pues no hay necesidad de ello y tampoco es de utilidad a nuestro fin. Todo era perfecto, más allá de cualquier mesura, por encima de cualquier arte o destreza humana; y no es en las bebidas en lo que estoy pensando al escribir estas palabras. Esta comida fue la última y la más encomiable de cuantas he participado.

Después del ágape quitaron con rapidez las mesas y dispusieron en círculo unos preciosos asientos. Del mismo modo que el Rey y la Reina, nos sentamos en ellos junto al anciano, las damas y las vírgenes. Luego, un bello paje abrió el libro admirable que ya he mencionado. Atlas se colocó en el centro del círculo y nos habló de la siguiente manera:

Su Majestad Real no había olvidado en modo alguno ni nuestros méritos ni la diligencia con la que habíamos desempeñado nuestras funciones; para recompensarnos nos había hecho a todos, sin excepción alguna, *Caballeros de la Piedra de Oro.* Era indispensable, pues, que no sólo prestáramos juramento una vez más a Su Majestad Real, sino que nos comprometiéramos, además, a observar los puntos siguientes. De esta forma, Su Majestad Real podría decidir de nuevo de qué manera debería comportarse respecto a sus aliados.

En ese momento Atlas hizo que el paje leyera los puntos siguientes:

- **I. Señores Caballeros, tenéis que jurar que no someteréis vuestra Orden a ningún espíritu o demonio, sino que la colocaréis constantemente bajo la única custodia de Dios, vuestro creador, y de su servidora la Naturaleza.**
- **II. Debéis repudiar cualquier prostitución, vicio e impureza y nunca mancharéis vuestra orden con esta podredumbre.**
- **III. Socorreréis con vuestros dones a todos los necesitados y dignos de ellos.**

IV. No desearéis serviros del honor de pertenecer a la Orden para beneficiaros de la consideración mundana o el lujo.
V. No viviréis más tiempo que el que Dios disponga.

Este último artículo nos hizo sonreír largamente y sin lugar a dudas estaba para esto. Fuera lo que fuese, tuvimos que jurar sobre el cetro real.

Después fuimos recibidos Caballeros con la solemnidad acostumbrada; junto con otros privilegios se nos concedió poder actuar contra la *ignorancia,* la *pobreza* y la *enfermedad,* según creyéramos conveniente. Estos privilegios nos fueron confirmados a continuación en una pequeña capilla a la que nos llevaron en procesión. Allí dimos gracias a Dios y yo colgué mi Vellocino de Oro y mi sombrero para glorificar al Señor; los dejé allí en conmemoración eterna.
Y como se nos pidió la firma de cada uno de nosotros, escribí:

> ***Summa Scientia nihil scire***
> ***Fr.* Christian Rosacruz,**
> ***Eques aurei Lapidis***
> ***Anno 1459.*[8]**

Mis compañeros escribieron otras cosas, cada cual según su propia conveniencia.

Luego nos llevaron de nuevo a la sala y nos invitaron a sentamos y a decidir claramente los deseos que quemarnos formular. El Rey y los suyos se habían marchado a la sala; después, cada uno fue llamado a ella por separado para exponer allí su petición, por lo que desconozco las de mis compañeros.

Por lo que a mí se refiere, pensaba que lo más encomiable sería honrar mi Orden dando prueba de una virtud, y me pareció que la mejor sería la del *agradecimiento.* A pesar de que habría podido anhelar algo más agradable, dominé mis impulsos y resolví liberar a mi bienhechor, el guardián, aunque fuese peligroso para mi integridad. Cuando entré me preguntaron si no había reconocido o sospechado quién era el malhechor, ya que había leído la petición. Entonces, sin ningún miedo, relaté detalladamente lo que había pasado y de qué forma había pecado por ignorancia, y declarándome dispuesto a padecer la pena que por aquello había merecido.

---

[8] LA CIENCIA SUPREMA ES NO SABER NADA.
Hermano Christian Rosacruz
Caballero de la Piedra de Oro.
Año 1459.
Esta tradicional afirmación es la “docta ignorancia” de tantos místicos, parece haber sido tomada también de Enrique Cornelio Agrippa que escribía que “Nihil scire, est vita felicísima” (No saber nada, es la vida más feliz). Sin embargo, este “nada” que hay que saber, que conocer, es muy importante para los Filósofos Herméticos. Para Pernety (*Op. cit.*) esta “nada” es “la primera materia de todas las cosas, informe, como en el caos antes de la determinación que Dios le dio para que se convirtiera en tal o tal cosa existente...” Raimundo Lulio, en su *Teoría*, Cap. III, escribe que “Así hay que comprender esta materia, como si no hubiera nada que comprender".

El Rey y los demás señores se quedaron sorprendidos por esta inesperada confesión; me pidieron que me fuera unos instantes y cuando me llamaron de nuevo, Atlas me indicó que Su Majestad Real estaba muy apenado por verme en este infortunio, a mí, a quien Ella quería más que a todos; pero que Le era imposible quebrantar Su vieja costumbre y que por lo tanto no encontraba otra solución que liberar al guardián y transmitirme la carga, esperando al mismo tiempo que otro fuera apresado para que yo pudiera volver a entrar. No obstante, no se podía esperar ninguna liberación antes de las fiestas nupciales de su hijo por venir.

Anonadado con esta sentencia, maldije mil veces mi charlatana boca por no haber podido callar los hechos; por fin logré recobrar mi valentía y, resignado a la evidencia, expliqué cómo este guardián me había entregado una insignia y me había recomendado al guardián siguiente; que gracias a su ayuda fui sometido a la prueba de la balanza y de esta forma pude participar en todos los honores y en las alegrías; que por lo tanto, justo era mostrarme agradecido a mi bienhechor y que, ya que no podía cambiarse, le daba las gracias por la sentencia. Por lo demás, gustoso haría esa tarea desagradable en señal de agradecimiento para quien me había ayudado a conseguir el resultado. Pero, como me quedaba por formular todavía el deseo, quería volver a entrar, con lo que liberaría al guardián y mi deseo, a su vez, me liberaría.

Me contestaron que este deseo no era posible, ya que de lo contrario me hubiera bastado con solicitar la liberación del guardián. No obstante, Su Majestad Real estaba contenta al ver que todo se había resuelto con presteza; pero que Ella temía que ignorase todavía en qué miserable condición me había puesto mi audacia.

En aquel momento el buen hombre fue liberado y yo tuve que retirarme con tristeza.

Luego fueron llamados mis compañeros y todos regresaron alegres, lo cual me entristeció aún más si cabe, ya que estaba convencido de que terminaría mis días guardando la puerta. Medité sobre las ocupaciones que me ayudarían a pasar el tiempo en ella; finalmente pensé que, teniendo en cuenta mi avanzada edad, no me quedaban por vivir más que unos pocos años y que la pena y la aflicción acabarían con mi vida en breve espacio de tiempo con lo que también se terminaría pronto mi guardia; no tardaría mucho en poder disfrutar de un sueño placentero en mi tumba.

Pensamientos de este tipo agitaban mi cerebro; tan pronto estaba irritado pensando en las hermosas cosas que había visto y de las que iba a ser privado, como me alegraba de haber podido participar, pese a todo, en tantas dichas antes de mi fin, así como de no haber sido expulsado de forma vergonzosa.

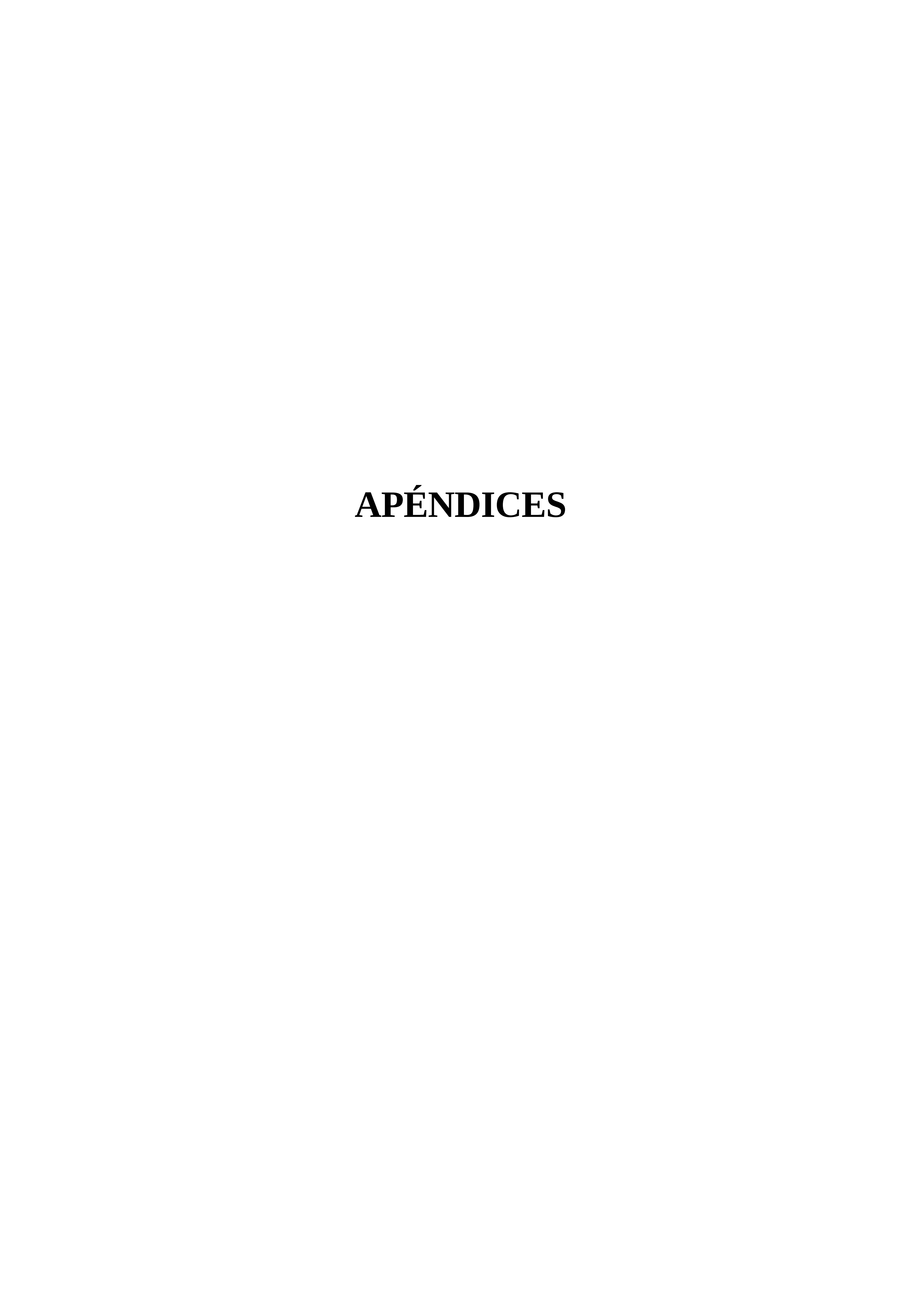
Entretanto, estando yo sumido en mis cavilaciones regresó de la habitación del Rey el último de mis compañeros; le habían deseado una buena noche al Rey y a los señores y fueron conducidos a sus aposentos.

Pero yo, pobre de mí, no tenía nadie que me acompañara; incluso se rieron de mí y, para que no quedara duda alguna de que su función me había sido asignada, me pusieron en el dedo el anillo que antes había llevado el guardián.

Por fin, y ya que no debía verlo más
en su forma actual, el Rey me instó a confor-
marme a mi vocación y a no actuar contra mi Orden.
Luego me abrazó y me besó, con lo que creí entender
que la guardia debía empezarla al día siguiente.
No obstante, cuando todos se hubieron dirigido a mí con
algunas palabras amigables y me hubieron tendido la
mano, recomendándome a la protección de Dios,
fui conducido por dos ancianos, Atlas y el
señor de la torre, a un alojamiento ma-
ravilloso[1], allí, nos esperaban tres
lechos y descansamos. Pasa-
mos todavía casi dos...
. . . .
. . . .
. . . .

Faltan aquí aproximadamente dos folios in-4°; creyendo ser guardián de la puerta al día siguiente, él (el *Autor de esto*) entró en su casa.

[1] Ver II Corintios –V- 1.



APÉNDICES

EL CANTO DE LA PERLA

A lo largo de todo este libro, tanto en la introducción como en las notas, nos hemos visto obligados a hacer alusión al "Canto de la Perla". Esta bellísima oda es un fragmento que parece haber sido añadido, a los Actos de Tomás, un texto cristiano del siglo* IV*, siendo una historia independiente del resto de la obra.

Se conocen dos versiones de los Actos de Tomás, una siríaca y otra griega. La traducción que ofrecemos al lector procede de la versión griega, cuya traducción publicó Bonnet (Acta Apostolarum Apocrypha) en 1883. El lector no dejará de relacionar tanto la perla que guarda el dragón devorador con el manto de oro con el Vellocino de la leyenda de los Argonautas.

IX 108.

Cuando yo era niño, en el palacio de mi Padre,
viviendo en la riqueza y el lujo de los que me alimentaban,
del Oriente, mi patria, mis padres me abastecieron de provisiones y me enviaron. Me impusieron un fardo tomado de las riquezas de sus tesoros,
precioso, pero ligero y que sólo yo podía llevar.
Fardo compuesto de oro y de lo que está en el cielo,
plata de grandes tesoros, gemas, calcedonias de la India, perlas de Kushan.
Me han armado de diamante,
me han dado un vestido tejido de oro y constelado de piedras preciosas que habían hecho para mí porque me amaban.
y un atavío dorado a mi medida.
Concluyeron un acuerdo conmigo y lo inscribieron en mi corazón para que no lo olvidara. Me dijeron:
"Si bajas a Egipto y traes de allí la perla que se encuentra en esta tierra junto a un dragón devorador,
revestirás de nuevo los vestidos de piedras preciosas y el atavío que los acompaña.
Y estarás con tu hermano, el heredero de nuestro reino que Vive junto a nosotros".

109.

Vine de Oriente con dos guías por un camino difícil y temible,
Y no fui puesto a prueba mientras lo recorría.
Pasé por las fronteras de Mosani donde se citan los mercaderes de Oriente,
y alcancé el país de los Babilonios.
Pero cuando entré en Egipto los guías que caminaban conmigo me abandonaron,
fui hacia el dragón por el camino más rápido y lo expulsé de su antro,
y como estaba solo, cambié mi aspecto y aparecí a mi pueblo como un extranjero.

Allí he visto un deudo de oriente, libre, niño lleno de gracia y de belleza,
hijo de príncipes.
Vino a mí y habitó conmigo.
He hecho de él mi compañero, mi amigo, anunciándole mi viaje.
Le advertí que se guardara de los egipcios y que no tomara
parte en las cosas impuras.
Me vestí como ellos para no parecer un extranjero venido de
otra parte y apoderarme de la perla sin que los egipcios
despertaran el dragón para combatirme.
Pero ignoro cómo supieron que no era de su país.
Me tendieron una trampa con malicia y gusté de su alimento.
Desde entonces olvidé que era hijo del rey y fui esclavo de su rey.
Olvidé la perla en busca de la cual mis padres me habían enviado,
y embrutecido por su comida caí en un profundo sueño.

110.

Pero cuando eso me ocurrió, mis padres penaron por mí y se inquietaron.
Una proclama se publicó en nuestro reino para que todos
pudieran verla sobre las puertas.
Y entonces el rey de los partos, los funcionarios y los
personajes de alto rango allá en Oriente,
tomaron una decisión respecto a mí, para que no fuera abandonado en Egipto.
Los príncipes me escribieron revelándome esto:
De parte de tu Padre, Rey de Reyes, y de tu madre que reina
en Oriente y de tu hermano, el segundo entre nosotros,
a nuestro Hijo que está en Egipto, paz;
despierta de tu sueño y levántate, escucha el contenido de nuestra carta;
tú que has aceptado el yugo de la esclavitud, recuerda que eres hijo de reyes,
recuerda la perla por la que has sido enviado a Egipto,
recuerda tu vestido tejido en oro.
El nombre que has recibido en nuestro reino está inscrito en
el libro de la vida junto con el de tu hermano.

111.

El rey selló la carta con la mano derecha,
a causa de los enemigos, hijos de Babilonia y de los demonios
tiránicos del Laberinto.
Y yo, escuchando lo que me decía esta voz, me desperté de mi sueño.
Cogí la carta, la besé y la leí.
Lo que allí estaba escrito era lo que estaba grabado en mi corazón;
recordé de pronto que era hijo de reyes,

que mi cuna exigía que estuviese en libertad.
Recordé también la perla por la cual había sido enviado a Egipto.
Fui con dones mágicos hacia el terrible dragón.
Y lo abatí pronunciando sobre él el nombre de mi Padre,
y el nombre del que es el segundo, y el nombre de mi madre, la reina de Oriente.
Me apoderé de la perla y me fui para llevarla a mis padres.
Me despojé del vestido inmundo y lo dejé en su país,
y tomé rápido la senda del Oriente luminoso, mi patria.
En el camino encontré la carta que me había despertado.
Como si tuviera voz, ella me alzaba cuando me dormía,
y me guiaba con la luz que de ella emanaba.
El real vestido de seda brillaba a veces ante mis ojos.
Arrebatado y empujado por su amor atravesé el Laberinto.
Dejé a mi izquierda Babilonia y llegué a Maishan, la grande,
junto a orillas del mar.

112.

Siendo todavía un niño había perdido el recuerdo de su esplendor
Cuando la dejé, en el reino de mi Padre.
Como si fuera un espejo, vi de repente el vestido sobre mí,
lo vi enteramente sobre mí, me vi y me reconocí a través suyo;
habíamos estado separados, de nuevo éramos lo mismo.
Vi que los intendentes que me traían el vestido eran dos,
pero tenían el mismo aspecto y una sola insignia real los cubría.
El vestido maravilloso estallaba de colores distintos,
constelados de oro, de piedras preciosas y de las más bellas perlas de Oriente.
La imagen del Rey de Reyes se reflejaba en todo él,
sus colores diferentes recordaban el zafiro.

113.

De nuevo vi que iban a ser dadas mociones para dar a conocer[1] que iban a hablar.
Escuché que se decía: “Vengo de aquel que es más valiente que todos los hombres,
en interés de quien he sido enviado por el mismo Padre”.
Vi que crecía mi estatura en concordancia con lo que él decía,
y que en su real movimiento se aproximaba a mí,
se precipitaba, extendiendo la mano hacia quien quisiera aferrarse a ella,
y mi deseo me lanzó a su encuentro para tomarla.
Yací para recibirla y ser engalanado con espléndidos colores,
y me cubrí enteramente con mi vestido real que supera cualquier belleza.
Cuando lo hube revestido me encontré en lugar de adoración y salvación,
incliné la cabeza y me prosterné ante el esplendor del Padre

[1] Aquí el texto original es ininteligible.

que me lo había enviado,
conforme a sus promesas, porque yo había cumplido sus mandamientos.
Y me introduje en las puertas del palacio que existe desde el principio.
Él se ha alegrado por mí y me acogió con él en su palacio,
donde todos sus servidores lo alaban con voces melodiosas,
me ha prometido que seré enviado con él a la puerta del rey,
para aparecer ante el rey con mis presentes y mi perla.

EL VELLOCINO DE ORO

La leyenda del Vellocino de Oro y el simbolismo mismo de este Toisón parecen haber atraído la mención de muchos Filósofos Herméticos. Sólo con citar a Miguel Maier, Dom Pernety o Salomon Trismosin, tenemos un buen ejemplo de autores alquímicos que han utilizado en sus obras un motivo tan sugestivo. En "Las Bodas Alquímicas" se menciona también este Vellocino, dando por sentado que el lector está familiarizado no sólo con la leyenda sino también con su significado hermético. Esto nos ha llevado a proponer al lector, a grandes rasgos, el tema de esta alegoría. Hemos añadido también una de las numerosas interpretaciones que la fábula del Vellocino de Oro ha recibido, con la intención de ilustrar, en lo posible, su sentido alquímico.

La leyenda cuenta que el rey Atamás tuvo de su esposa Nefele un hijo que fue llamado Frixos y una hija llamada Helle. Este rey contrajo segundas nupcias con una mujer, llamada Ino, que le dio dos hijos más, a los que pusieron de nombre Learcos y Melicertes. Celosa de sus hijastros, Ino planeó que murieran: convenció a las mujeres del país para que tostaran los granos que tenían que sembrarse, de tal forma que no hubo cosecha, por lo que el pueblo se moría de hambre. El rey envió mensajeros al Oráculo de Delfos para preguntar sobre la causa de la epidemia, pero la perversa mujer sobornó a los enviados para que explicaran como respuesta del Oráculo que la esterilidad de la tierra no acabaría hasta que los hijos de Nefele fueran sacrificados a Zeus. Cuando el rey obtuvo esta respuesta mandó buscar a Helle y Frixos, que estaban jugando con un rebaño. Entonces, un carnero, que tenía el vellón de oro, abrió los belfos y, hablando como un hombre, advirtió a los niños del peligro. Éstos montaron sobre el carnero, que voló con ellos por encima de la tierra y del mar. Cuando sobrevolaban el mar, en el lugar que hoy recibe el nombre de Hellesponto, Helles se inclinó y cayó, pero Frixos pudo llegar al país de la Cólquida, donde reinaba un hijo del Sol, Aetes. Frixos se casó con la hija de este rey, y tuvo un hijo, Cytisoro y sacrificó su carnero a Zeus.

Frixos regaló el vellón del carnero a su suegro, que lo colgó en un roble custodiado por un dragón dormido, hijo de Tifón, que arrojaba fuego por su boca.

Éste es el comienzo de la Leyenda de los Argonautas. Jasón, hijo de Esón, rey de Tolcos, se empeño en reconquistar el preciado vellocino y, con este fin armó la nave Argos, cuya construcción había presidido Minerva y cuyo mástil, que estaba hecho con una encina fatídica de Dodona, pronunciaba oráculos. Después de muchas tribulaciones y aventuras, Jasón llegó a la Cólquida, donde se ganó el afecto y la protección de Medea, una poderosa maga, hija del rey Aetes. Medea le reveló todos los peligros por los que se vería amenazado y le dio a conocer los medios que le harían triunfar en su empresa.

Gracias a las artes de Medea, Jasón pudo acercarse al dragón que custodiaba el vellocino. Lo durmió con un brebaje mágico, lo mató y le robó el tesoro. Antes de hacerse con él tuvo, pero, que labrar el campo de Marte y sembrar en él los dientes

del dragón, aunque ayudado nuevamente por el arte de la maga, consiguió domar a dos toros de pies y astas de bronce que vomitaban llamas y con ellos pudo labrar dos fanegas del campo consagrado a Marte. Luego sembró los dientes del dragón y de ellos nacieron hombres armados que te atacaron, pero Jasón arrojó una piedra en medio de ellos y éstos arrojaron sus armas contra sí mismos.

Jasón pudo realizar su hazaña gracias a cuatro presentes de Medea, a saber: un ungüento que lo preservaría del veneno del dragón y del fuego de los toros; un brebaje mágico con el que adormecería al dragón; un agua límpida con la que poder apagar el fuego de los toros; y una medalla mágica en la que se veían representados el Sol y la Luna.[1]

Según el lexicógrafo griego Suidas (siglo X), avalado tiempo después por el alquimista *Jacobus Tollius* (siglo XVIII), el Toisón de Oro sería un libro escrito en pergamino el cual encerraría todo el Arte Hermético, o sea el secreto de la fabricación del oro. Si tomamos esta afirmación al pie de la letra, esto sería inexacto, pero desde el punto de vista simbólico de estos autores podrían tener razón, aunque para la mayoría de los Filósofos Herméticos la leyenda de los Argonautas no es más que una alegoría de la Gran Obra, el fin de la cual es la obtención de la Medicina Hermética.

Empecemos señalando que la palabra "Jasón" significa "médico". Efectivamente, lason procede del verbo Isomai, que quiere decir curar, sanar. Según Dom Pernety,[2] Jasón tuvo dos maestros: Chitón y Medea. "El primero le dio las primeras instrucciones y la teoría; la segunda lo guió en la práctica con sus consejos. Sin su auxilio, un artista no triunfaría nunca e iría de error en error"... "la encina que se utilizó en la construcción de la nave es la misma con la que Cadmo mató a la serpiente".[3]

Cuando Jasón emprendió su viaje, hizo escala en Lemnos "para que Vulcano le fuera favorable". Ya sabemos quién es este dios.[4] Cuenta la leyenda que las mujeres de esta isla habían faltado al respeto a Venus y que ésta, para castigarlas, les había enviado "un olor insoportable que las hizo despreciables a los ojos de los hombres".

Para los alquimistas, Vulcano es el fuego de la corrupción y de la putrefacción tan necesario al principio de la Obra, mientras que el olor de las mujeres de Lemnos es el de la materia cuando está en putrefacción.

Jasón, que representa al obrante, tenía que pasar por allí para poder llegar al Vellocino, o sea la piedra al rojo.

---

[1] Ver la Cuarta Jornada, nota 4.

[2] Ver Dom Pernety, *Fables Egyptiennes et Grecques dévoilées...* Tomo I. pág. 457. París 1786.

[3] Ver *La Entrada Abierta... op. cit.*, pág. 38 y 39.

[4] Ver Tercera Jornada, nota 4.

Por lo que respecta al dragón que defendía el preciado Vellocino, ¿no es el mismo que guardaba la perla preciosa del Canto de la Perla?

Pocos son los Filósofos Herméticos que no han utilizado la leyenda del dragón en sus escritos. Según una expresión de Raimundo Lulio, este dragón es un fuego que recibe denominaciones como “Dragón Ígneo” o “Dragón Apaciguado”, dependiendo de en qué estado se encuentre. No es raro, pues, que el dragón de la leyenda vomite fuego por la boca. Sus dientes son la semilla del Oro Filosófico, que han de ser sembrados en el campo de Marte, el cual ha de ser labrado con la ayuda de dos toros que también arrojan fuego.

Algunos autores opinan que el Vellocino era blanco; otros, púrpura. Los dos son colores de la materia en dos estados diferentes de la Obra. Se ha de recordar que toda la aventura comienza gracias a la nave Argos (Argoa procede de Argennoa, blanco, cándido), símbolo de la materia purificada y acaba con el purpúreo Vellocino, que representa a la materia completamente fijada.

LA ALEGORÍA DE MERLÍN[1]

Que contiene por completo el profundísimo Arcano de la Piedra Filosofal.

Cierto rey que quería superar a otros poderosos se preparó para guerrear contra ellos. Cuando se disponía a montar a caballo le pidió a uno de sus soldados que le diera a beber el agua que él amaba tanto. El soldado le dijo: "Señor, ¿qué agua es la que deseáis?" Y el rey le contestó: "El agua que yo busco es la que más deseo, y esta misma agua me desea más que cualquier otra". El soldado, meditando alternativamente, marchó enseguida y la trajo al rey. El rey la tomó, la bebió y la volvió a beber hasta que todos sus miembros se saciaron de ella, hasta que se llenaron de ella todas sus venas, y entonces, su cuerpo cambió fuertemente de color.

Después de esto, sus soldados le dijeron: "Señor, he aquí un caballo, montad si así lo deseáis". Y el rey contestó: "Ya sabéis que no puedo montar". Los soldados inquirieron: "¿Por qué no podéis montar?" El rey respondió: "Porque me siento pesado y la cabeza me zumba, me siento como si se me quebrasen todos los miembros, uno tras otro. Os ordeno que me pongáis en una habitación luminosa y situada en un lugar caliente y seco, y que esté a la misma temperatura durante un día y una noche; así sudaré y se secará en mí el agua que he bebido, con lo cual seré liberado". Los soldados hicieron lo que les había ordenado el rey. Cuando transcurrió un cierto tiempo abrieron la habitación y lo hallaron casi muerto.

Los parientes fueron enseguida a ver a los más afamados médicos egipcios y de Alejandría y, de inmediato, los llevaron junto al rey y les contaron lo sucedido. Los médicos, después de haberlo examinado, dijeron que podría ser liberado con toda seguridad.

Los padres preguntaron: "¿Cuál de vosotros será el maestro?" Los Alejandrinos dijeron: "Nosotros, si así lo deseáis". Los Egipcios contestaron: "Nosotros no lo deseamos, pero queremos ser los maestros. Puesto que aunque parezcamos más jóvenes, somos más viejos que vosotros". Los Alejandrinos fueron del mismo parecer.

Se dice entonces que los maestros lavaron al rey y lo despedazaron en trozos pequeños, y que lo molieron y mezclaron con gran cantidad de sus remedios húmedos, disponiéndolo así en su habitación, en un lugar cálido y seco como antes, durante un día y una noche. Pasado este tiempo lo retiraron casi medio muerto aunque poseyendo aún un poco de vida.

---

[1] *MERLIN, Allegoria. Profondissimum Philosophici Lapidis Arcanum perfecte continens.*
in Johann Jacobi MANGET Bibliotheca Chemica curiosa, seu rerum ad Alchimiam pertinentium Thesaurus instructissimus; in-folio. Colonia 1702, 2 Volúmenes. (2°Volumen - sectio prima- X. pág. 191.) *MERLIN, Allegoria. Profondissimum Philosophici Lapidis Arcanum perfecte continens.*
in Johann Jacobi MANGET Bibliotheca Chemica curiosa, seu rerum ad Alchimiam pertinentium Thesaurus instructissimus; in-folio. Colonia 1702, 2 Volúmenes. (2°Volumen - sectio prima- X. pág. 191.)

Cuando lo vieron sus parientes gritaron: "¡Ay!, el rey está muerto". Los médicos dijeron a los parientes que no estaba muerto. Y por esta razón lo cogieron y se lo llevaron de nuevo para lavarlo con agua dulce hasta que se desvaneció el olor de los medicamentos.

Entonces sus parientes gritaron más fuerte diciendo: "¡Ay! El Rey está muerto".

Los médicos, al contestarles, les dijeron, para explicar estos hechos: "Lo hemos matado para que en el día del juicio, después de la resurrección, sea mejor y mas fuerte de lo que había sido en este mundo". Mas hasta sus padres creyeron que eran unos charlatanes cuando así les oyeron y les quitaron sus medicinas y les echaron del reino.

Luego hablaron uno y otro considerando qué es lo que se debía hacer con este cuerpo envenenado y mortal. Y se reunieron para enterrarlo, para que no se pudriese y para que su mal olor no dañara.

Cuando se enteraron, los médicos de Alejandría se dirigieron a ellos y les dijeron: "Dadnos la gracia de no enterrarlo porque nosotros lo volveremos más sano y más hermoso y más poderoso que antes".

Los parientes comenzaron a reír, diciendo: "¿Queréis no engañarnos como los otros? Debéis saber que, a menos que cumpláis vuestra promesa, no podréis escapar de nuestras manos".

Y, como se comprometieron a ello, los médicos lavaron al rey muerto. Le trituraron como los otros, lo abandonaron y no se ocuparon de él hasta que no quedó nada de las medicinas anteriores. Entonces lo disecaron.

Luego lavaron una parte de sal amoníaco y dos de nitro de Alejandría y las mezclaron con las cenizas del muerto, impregnaron la mezcla con un poco de aceite de lino y la pusieron en una cámara hecha en forma de crisol por debajo de lo que ha sido cavado. Y sin el otro agujero, pusieron el otro vaso hecho como un crisol, y los dejaron allí durante una hora. Luego lo recubrieron con fuego y soplaron hasta que se desagregó completamente cayendo en otro crisol colocado en un agujero más abajo.

Después, volviendo así el rey de la muerte a la vida, gritó con voz fuerte y dijo: "¿Dónde están los enemigos? Que sepan que los mataré a todos si no acuden inmediatamente ante mí para obedecerme". Mientras escuchaban esto, vinieron junto al rey diciendo: "Señor, aquí estamos dispuestos a todo por vos, habéis ordenado que se os obedezca". Por esto es por lo que desde ese momento, igual que anteriormente, le honraron y le temieron todos los poderosos de las otras regiones. Y cuando querían verle sorprendido, ponían una onza de extracto de mercurio benéfico en un crisol y arrojaban también encima una medida de uñas o de cabellos, o de su sangre, y la ahumaban con carbón, y la abandonaban con el carbón una vez enfriada,

y encontraban la piedra tal como yo sé. Tiraban un poco de esta piedra sobre Saturno purificado y rápidamente su aspecto se transformaba como yo sé. A continuación ponían una parte de esta piedra sobre diez de Venus y era enteramente de un color, y bueno. Lo mismo en el otro caso. Recogían triturada la piedra de la que se ha hablado, la mezclaban con la sal y, como antes, la fundían al sol, y arrojaban sales de las llamadas disueltas sobre un suero de roble, que se volvía mejor para todo. Este padre era llevado a un guardián y era todo preservado porque la charlatanería es mejor entre los tontos que entre los sabios. Efectivamente, es el camino de los reyes de tres días que desean obtener mucho provecho sin soportar muchos esfuerzos.

Pongamos nuestra confianza en las loanzas del Creador que inspiró e insinuó a sus fieles un gran sentido de la gratuidad; los actos se alejan transformados en sustancias, en tanto que en la potencia se ocultan las cosas; el hombre muy sabio es fuerte para que se le llame a actuar.

LA CONFESSIO

Uno de los hechos más curiosos que aparece algunas veces a lo largo de las "Bodas Alquímicas" es la repulsión de su autor hacia los malos libros, causa de desorientación para muchos buscadores. No se podía dejar de agregar a la presente edición el duodécimo capítulo de la* Confessio*, en el que este tema recibe un tratamiento parecido.

"Acabando nuestra confesión, se ha de recordar diligentemente que es necesario proscribir la mayoría, si no la totalidad, de las obras de los falsos alquimistas que se deleitan abusando de forma inútil de la santa y gloriosa Trinidad, engañando a las personas con figuras maravillosas y oscuros y ocultos propósitos, y sacando dinero de las gentes simples.

En esta época sufrimos de una proliferación de obras de este tipo. El enemigo del bien del hombre las mezcla con el buen grano con la esperanza de disminuir el crédito a la verdad: la verdad es simple, limpia y llana, mientras que la mentira es imponente, fastuosa y majestuosa, rodeada de la rara aureola que le prestan la sabiduría divina y la sabiduría humana.

Hombres sutiles, rechazad estas obras, evitadlas, dirigios hacia nosotros que no deseamos vuestro dinero y que, bien al contrario, os ofrecemos con gentileza nuestros grandes tesoros. No corremos tras vuestros bienes inventando tintes de charlatán, anhelamos haceros participar de nuestros bienes. No os hablamos de forma sentenciosa, sino que queremos iniciaros en una interpretación, una explicación, una ciencia de los secretos, que sea simple y limpia, enteramente comprensible, pero os invitamos a nuestras moradas, mejores que hoteles o palacios reales. Sabed que no obramos según nuestra voluntad propia; es el espíritu divino el que nos incita e insta a hacerlo así, y nuestro padre amado lo ha dispuesto de esta forma en el testamento inviolable que nos ha legado; las condiciones e intenciones de este siglo nos obligan a así hacerlo.